

De la autora de *Llévame allí*

SUSANE COLASANTI

El novio de mi mejor amiga



LABERINTO

SUSANE COLASANTI

nació en Nueva Jersey. Antes de ser escritora, fue profesora de Física y Ciencias Naturales en un instituto durante diez años. En la actualidad combina la escritura con la docencia privada. Es autora de *When It Happens*, *Waiting For You*, *So Much Closer* y *Keep Holding On*, éxitos de ventas en Estados Unidos. Actualmente Susane Colasanti reside y trabaja en Nueva York.

El novio de mi mejor amiga

Dirección editorial: Ana Belén Valverde Elices Traducción: Sara Cano
Fernández Diseño de cubierta: Jim Hoover

© del texto: Susane Colasanti, 2010 © de la fotografía de cubierta: Barbara
Colé, 2010 © de la edición original: VIKING, una marca del grupo
PENGUIN, 2010 © de la edición mundial en castellano: EDICIONES DEL
LABERINTO, 2012

ISBN: 978-84-8483-661-2 Depósito legal: M-14726-2012 Imprime: Top
Printer Plus Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de
reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta
obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (arts. 279 y sigs., Código Penal). El Centro
Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de
los citados derechos.

EDICIONES DEL LABERINTO, S. L. www.edicioneslaberinto.es

*Para Shanwn
inventor de las notas en código,
aunque esté lejos.*

El novio
de mi mejor amiga
SUSANE COLASANTI

Primera parte

abril-mayo

«Si crees en las coincidencias, entonces es que no estás prestando atención.»

David Life

«El placer de disfrutar se empaña cuando deseamos más.»

Galleta de la fortuna

1

Nunca quise que esto saliera así. Pero, si tuviera la oportunidad, no lo cambiaría por nada del mundo.

2

—¿Por qué te pasas la vida leyendo el horóscopo? — me acusa Blake.

—¿Y tú por qué no lo lees? — replico.

Leer el horóscopo los lunes es parte fundamental de mi vida. Si tuviera una lista, sería algo así: ducharme, hecho. Ir al instituto, hecho. Hacer los deberes, medio hecho (depende de la cantidad de trabajo que tenga que hacer y de su nivel de dificultad). Hoy es lunes así que, leer el horóscopo, definitivamente, hecho.

—Mmm... Pues, no sé... ¿quizá porque es una patraña? — contesta Blake.

Suelto un gritito. Es un gritito medio en broma medio en serio.

—¡Retira eso!

—No.

—¡Retíralo!

—No hasta que me pruebes que el horóscopo no es una verdadera patraña y una completa pérdida de tiempo.

—Ni que eso fuera difícil.

Abro el portátil, que está apoyado sobre la almohada. Cuando me conecto, me gusta sentarme en la cama. Pero, cuando hago deberes, me siento siempre en el escritorio. La cama es un lugar reservado exclusivamente para la relajación.

—Pues venga, demuéstalo — me reta Blake.

—De acuerdo, lo haré.

Me meto en la mejor *web* de horóscopos semanales que conozco. No sé cómo lo hace esta astróloga, pero da tanto en el clavo que casi da miedo. Es como si siempre supiera lo que va a pasar. En serio, llevo leyendo esta página desde que empezó el instituto y ya es abril... eso son unos treinta horóscopos semanales. Suficiente para darme cuenta de que mi horóscopo es algo de lo que me puedo fiar. Me ayuda a prepararme para lo que está por venir. Más o menos.

No soy una gran fan de lo Desconocido. Lo Desconocido puede cambiar tu vida en un segundo. Lo Desconocido puede arrebátártela y no devolvértela nunca.

Tu existencia puede terminar antes incluso de que te des cuenta de que se ha acabado.

La certeza no existe. El control no existe.

Paso la página hacia abajo rápidamente con la barra lateral.

—¡Ah! ¡Aquí está! —Sigo bajando un poco más —. «Marte y el creativo Urano unen sinérgicamente sus energías en la novena casa, abriendo ante ti un emocionante abanico de posibilidades. Marte, que gobierna sobre la ambición, dará la vuelta a tu vida y te llevará a nuevas situaciones y lugares. Si te empeñas en aterrarte a tu cómoda rutina, perderás la oportunidad de conocer gente nueva, ideas interesantes y... sí».

—¿Y sí qué? — dijo Blake.

—Y nada. Lo demás no concuerda.

—¡Ajá!

—Ese no es el tema. El resto concuerda completamente.

—¿Y entonces por qué esa parte no concuerda?

—Porque habla de posibilidades profesionales. Es para gente que tiene trabajo.

—¿Lo ves? ¡Tú no tienes trabajo!

—¡Porque estoy en el instituto!

—¡Exactamente!

—A ver, ¿qué pasa, que soy la única tauro de dieciséis años? Hay tauros de todas las edades.

—Ajá.

—Pero, ¿qué me dices del resto? ¿Cómo explicas lo acertado que era el resto?

—Vaaaleee. Claro, es verdad, se me olvidaba que el emocionante abanico de posibilidades solo se abre para ti.

—Eso no es... da igual, olvídalo.

No solo creo en lo que mi horóscopo dice, creo en la astrología en general. Creo firmemente que el signo del zodiaco determina los rasgos inherentes a la personalidad. Yo soy la viva descripción de los tauro: aman la naturaleza, buscan comodidad y placer, conectan con la Tierra, son serenos, cabezotas, apasionados y suelen ser muy maternos. Es una especie de control de calidad.

—Bueno — Blake se sienta en mi cama —: no te enfades.

—No estoy enfadada — respondo.

Pero lo estoy. Me afecta mucho que la gente intente desmoronar de un

soplido las cosas que me importan, como si no significaran nada. Me da la sensación de que insinúan que confundo la realidad con la fantasía.

La gente que no comprende la astrología se pasa la vida diciendo: «¿Por qué te preocupas por lo que diga el horóscopo? ¿Por qué no te limitas a vivir tu vida?». Pero yo opino que, si sabes qué esperar, puedes estar preparado para cualquier cosa, bueno, quizá no para cualquier cosa, pero sí que puedes estar preparado para cosas para las que normalmente no lo estarías i no te hubieran prevenido sobre ellas. Me ayuda a lidiar con lo desconocido.

Blake se acurruca a mi lado.

—¿Qué pone en el mío? —me dice.

Hay pocas personas en mi vida con las que pueda contar in- > omnicionalmente. Blake es una de ellas. Hace dos años que somos amigos y nunca nos hemos peleado. La única persona a la que estoy más unida que a Blake es Erin. Es mi mejor amiga desde hace muchísimo tiempo. Erin es leo, y eso implica que su temperamento en ocasiones puede ser un problema. También es valiente y segura de sí misma, lo que a veces me da un poco de envidia. No diría que soy introvertida, pero me gustaría ser tan abierta como Erin. Y daría lo que fuera por saber lo que se siente al ser valiente.

Blake es genial, es super divertido, una persona totalmente de fiar. Nunca me ha dejado en la estacada, ni una sola vez. Además, es super mono, pero no es que me sienta atraída hacia él. Bueno, quizá si no fuera gay, sí que me gustaría.

Solo lo sé yo. Si Blake estuviera un poco más en el armario, tendría un uniforme de acampada de *boyscout* y un montón de polos de cuando iba a Primaria cuidadosamente doblados encima. El padre de Blake lo mataría si supiera que es gay. En serio. Así que no tiene intención de salir del armario hasta que empiece la universidad y, con ella, su verdadera vida. Se esfuerza muchísimo en el instituto para que sus notas le abran las puertas a donde sea que quiera ir. Siempre está hablando de lo alucinante que será la universidad... donde finalmente podrá ser él mismo, sin tener que preocuparse por una muerte inminente a manos de un padre desquiciado.

Quizá las cosas fueran distintas si su madre estuviera con él, pero se casó con otro hombre cuando Blake tenía trece años y se mudó a California. Al principio lo llamaba a menudo. Ahora, solo tiene noticias de ella por su cumpleaños.

Todo el mundo da por hecho que Blake es hetero. A él le gusta pasar desapercibido. Así es más fácil. Solo sale con un par de amigos más aparte de conmigo. Los chicos del instituto siempre nos ven juntos y hasta he oído rumores de que estamos saliendo. Blake piensa que es un halago porque insiste en que soy «una tía buena». Cada vez que lo dice, me echo a reír. No estoy buena, para nada, a no ser que te parezca que ser bajita y flacucha es estar buena. Ojalá fuera más alta y tuviera más curvas, como Erin. Mis ojos, azules con un toque de avellana, no me aportan atractivo. Ni tampoco mi pelo negro, liso y lacio, aunque lo tengo bastante largo. Llevo flequillo para ocultar la cicatriz que tengo en la frente. En serio: tener la cara partida no es ni un poquito sexy.

Estoy completamente convencida de que Blake estaría fuera del armario si no fuera por su padre. No es que quiera ocultar quién es. Ni siquiera le preocupa qué pensaría la gente en el instituto, es que no quiere tener que lidiar con su padre si se entera. Las broncas que tienen dan mucho miedo. El padre de Blake nunca le ha pegado, ni nada (aunque creo que eso cambiaría si supiera que es gay), pero yo le he oído gritarle. Algunas de las cosas que le ha dicho seguramente duelen más que ningún golpe físico.

El pasado verano pasamos muchísimo tiempo juntos y Blake me confió la verdad. Era obvio que le pasaba algo. Le juré que no se lo contraría a nadie. Ni siquiera Erin lo sabe.

Hago *clic* en Capricornio para leer el horóscopo de Blake.

—¡Ahí lo tienes! — grito —. ¿Qué dice el segundo párrafo?

—Sí, sí...

—No era una pregunta retórica.

—Estás muy mandona hoy.

—Te encanta que sea mandona. Venga, lee.

—«Refugiarte tras tu escudo protector te está consumiendo.

La luna en la casa del dramático Leo te llevará a embarcarte en

Una cruzada personal para alcanzar tus ambiciones futuras. No pierdas de vista el precio a pagar y sigue manejando las situaciones ingratas con calma y determinación. Cuando las cosas se asienten, triunfarás en una transacción personal o familiar» lee Blake.

— Bueno, ¿qué hemos aprendido hoy? —pregunto.

—Mmm...

Me doy cuenta de que a Blake le va a costar admitir que hay algo de verdad en lo que acaba de leer.

—¿No te hace sentir un poco mejor?

—No me siento particularmente motivado para embarcarme en una cruzada personal todavía. Quizá esté hablando de aquí a un año.

—El horóscopo vale para cuando tú quieras.

—Vamos a preguntarle a la Bola Mágica — dice Blake.

Tengo una bola mágica: es una bola de billar negra, el número 8, con purpurina y una ventanita en la que se leen diferentes respuestas cuando la agitas después de hacerle una pregunta.

—¿Es momento de que me embarque en una cruzada personal? — pregunta. Después agita la Bola Mágica y le da la vuelta—. «Mis fuentes no lo recomiendan».

—¡No dice eso!

—Me temo que sí — Blake me tiende la Bola Mágica.

—Bueno, de acuerdo... pero, como te he dicho antes, vale para cuando sea.

Solo espero que «cuando sea» llegue pronto. Blake debería poder vivir la vida con la que sueña.

3

Erin está enamorada

—¿Quién es el chico? — pregunto.

—¿Qué chico? — dice ella.

No sé por qué se molesta en mentir. Sabe que sé que hay un chico. Siempre me doy cuenta.

—El chico del que te has enamorado — digo.

Ahora que Erin ha conseguido el escarabajo descapotable que lleva toda la vida queriendo tener (en azul celeste, que es un color realmente precioso) ya no tengo que esperar a que mi madre venga a recogerme al instituto. Me encanta la sensación de conducir de vuelta a casa con Erin, como si fuéramos completamente libres, como si pudiéramos ir a cualquier parte. Su escarabajo consume unos cuatro litros por cada cuarenta kilómetros. Podría ser mejor, así que solo apruebo parcialmente la eficacia del nuevo vehículo. Pero lo que sí apruebo completamente es el soporte para flores, en el que siempre hay alguna de mi jardín.

Desde que a Erin le compraron el coche, se ha portado genial [rayéndome a casa todos los días. En nuestra ciudad todo está muy desperdigado. Hay gente a la que le gusta dar paseos, pero a pie no se puede ir a ninguna parte. A veces voy en bicicleta

a lugares que queden cerca de mi casa pero, para ir a los sitios «de verdad», hay que tener coche. Erin pierde un montón de tiempo en ir de mi casa a la suya por llevarme. Menos mal que está encantada con el coche: cualquier excusa le viene bien para conducir.

—No hay ningún chico — dice Erin.

Tiene esa sonrisilla que se le pone cuando guarda un secreto y la mirada perdida. Es evidente que hay un chico.

—Ah — respondo — , o sea, que hay un chico.

—Bueno — Más miradas perdidas —. Puede que haya un chico.

—Si hubiera un chico, ¿cómo se llamaría?

—Jason.

He coincidido en unas cuantas asignaturas con Jason, pero la verdad es

que nunca he hablado con él. Está con Erin en la optativa de Multimedia. Lleva detrás de él desde que empezó el segundo trimestre, pero no se le ocurría cómo abordarlo. Después los pusieron juntos para un trabajo de grupo y empezaron a hablar.

En realidad, empezaron a hablar un poco antes. Tienen un grupo de amigos en común. Yo lo llamo el Círculo de Oro. Es el mismo grupo con el que yo solía salir, pero eso fue antes de que Jason y otros cuantos chicos que no conozco se unieran. Aún saldría con ellos si fuera tan cómoda como solía ser. Y si Bianca no hubiera tenido su crisis nerviosa, claro.

No sé qué le pasó. Supongo que se dio cuenta de que estaba empezando a apartarme de ellos. No fue una decisión consciente, ni nada por el estilo, es solo que me dejó de apetecer hacer cosas en grupo. Sobre todo porque eran siempre las mismas fiestas, en las mismas casas con las mismas cien personas. Mis lazos con ellos me estaban empezando a parecer superficiales.

Bianca se ofendió.

—¿Por qué eres así? — me soltó un día.

Unos cuantos estábamos en Green Pond, bromeando y pasando el rato. Yo me estaba empezando a aburrir. Me fijé en una gran roca que sobresalía del estanque y fui a sentarme allí sola. Bianca me siguió.

—¿Ser cómo? — pregunté.

—Te comportas como si te creyeras mejor que nosotros.

—No, para nada.

—Entonces, ¿por qué no quisiste salir con nosotros el fin de semana pasado?

—No me apetecía.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No sabía que fuera una actividad obligatoria.

No tenía ni idea de por qué Bianca me acosaba. Cada día me resultaba más molesta.

—¿Desde cuándo no tienes ganas de salir con tus amigos? — siguió acosándome.

—No es eso. Ahora estoy aquí, ¿o no?

—Sí pero... ¿te lo estás pasando bien?

—¿A qué viene esto? ¿He hecho algo?

—Te crees demasiado buena como para estar rodeada de gente que no está comprometida con la causa ni nada de eso.

—¡Que no!

—Solo porque no vayamos por ahí salvando el medio ambiente no quiere decir que seamos unos fracasados —me espetó, rabiosa—. Hacemos mucho por el instituto, por si no lo sabes.

Los Chicos de Oro tienen reputación de ser simpáticos y amables. Hacen un millón de actividades escolares. Tienen control total sobre el consejo de estudiantes. Unos cuantos incluso dan tutorías en Primaria, una actividad que Erin ha estado considerando empezar a hacer este año. Todos son populares, aunque no tan populares como los deportistas. Pertenecen a esa clase de chicos que son suficientemente afortunados, suficien-

temente guapos y tienen unas vidas familiares suficientemente decentes como para disponer de una cantidad suficiente de dinero con el que jugar. Y yo prefiero que mis padres ahorren para ayudarme a pagar la universidad, así que las aficiones materialistas de los Chicos de Oro no me interesan demasiado.

Pero tiene sentido que Erin siga saliendo con ellos. A ella le encanta hacer voluntariado, sobre todo con niños. Trabajó como voluntaria en el área de pediatría del hospital durante mucho tiempo y es la mejor canguro del mundo. Hasta tiene una bolsa con juegos que lleva con ella cada vez que va a cuidar un niño. No le da ninguna vergüenza que le siga gustando divertirse con las mismas cosas que cuando tenía ocho años. Y los niños adoran a Erin casi tanto como ella los adora a ellos.

Recapitulando. La pelea con Bianca. Básicamente, dejé de hacer cosas con el grupo, a excepción de con Erin. Durante un tiempo, hablaba con ellos si se dirigían a mí, pero tardaron poco en dejar de hacerlo.

Es curioso cómo puedes conocer a alguien durante mucho tiempo y, de repente un día, empiezas a ver a esa persona de una manera completamente distinta. Eso es claramente lo que le pasó a Erin con Jason.

—Creo que le gusto —dice de carrerilla.

—Guay.

—Todos parecen confabulados para que pasemos tiempo juntos, así que debe de ser por algo.

—Quizá le haya dicho a alguien que le gustas.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Claro, nos pusieron juntos en Multimedia. La Energía quiere que estemos juntos.

Creo que todo sucede por un motivo, aunque no estoy segura de que la Energía tenga nada que ver con que a Erin y Jason los pusieran juntos en clase.

—Jason se quedó ayer para preguntarme una cosa que le podría haber preguntado a cualquiera. ¡Pero me la preguntó a mí! — explica Erin.

—Porque está claro que le gustas.

—¿En serio?

—Claro. ¿Por qué si no te lo preguntaría a ti?

—¡Lo sabía! —Se le sonrojan las mejillas — . Es que es tan mono...

Sí.

—¿Te parece mono?

Erin piensa que yo podría estar con el chico que quisiera, pero delira. Los únicos chicos que se acercan a mí son tipos odiosos que dedican su vida a meterse con la gente que es remotamente diferente a ellos.

Como si eso resultara atractivo.

—Es muy mono para ti, quiero decir —aclaro.

—¿En serio?

—De verdad.

—Todo indica que deberíamos estar juntos. He soñado que nos comíamos un cono enorme de helado. ¿Sabes qué representa el helado?

Siempre interpretamos nuestros sueños. Erin cree que el simbolismo onírico predice el futuro. Yo soy más del tipo analítico y pienso que hay que interpretar la simbología de los sueños en relación al presente.

Las dos estamos obsesionadas con el destino. Cualquier cosa que nos ayude a encontrarle sentido a esta vida nos resulta fascinante. Al principio del año hicimos un cuadro de temas que tenían que ver con el destino en los que queríamos ampliar nuestros conocimientos. A cada tema le asignamos un mes. Durante ese mes, investigamos todo lo que podemos y debatimos sobre las cosas que encontramos. Afinales de año, seremos expertas en el destino.

Este es el cuadro:

Cuadro de Estudio
de Erin y Lani sobre el Destino: 3er año

Septiembre	Numerología
Octubre	Grafología
Noviembre	Cartas astrales / Signos lunares
Diciembre	Visualización creativa
Enero	Budismo / Taoismo
Febrero	Chamanismo

Marzo	Interpretación de sueños
Abril	Tarot
Mayo	Quiromancia
Junio	Gemología

Aunque acabamos de estudiar la interpretación de sueños, no me acuerdo de qué representa el helado. Quizá ni siquiera lo aprendiera; solo me dio tiempo a memorizar unos pocos significados. Finalmente decidimos que la clave de la interpretación de sueños era consultar con una web de confianza o con algún libro después de cada sueño.

—No me acuerdo — digo.

—Simboliza la compensación de una insatisfacción y augura que lo mejor está por venir. ¡Ah! Y el helado era color naranja óxido. Y, al día siguiente, Jason llevaba una camiseta exactamente del mismo color.

—¡Venga ya!

—Bueno, era casi del mismo color.

Erin me sigue contando cosas de Jason. Piensa que le gusta, aunque no está segura, así que va a esperar a ver si él se decide a pedirle salir.

—¿Te parece buena idea? — quiere saber.

—Sí. Aunque siempre puedes ser tú la que dé el primer paso.

—¿Pero no es mejor que espere a que él me pida salir?

—Sí, pero no esperes mucho. ¿Qué pasa si se lo pide a otra persona porque piensa que a ti no te gusta él?

—Si le gusto, no debería pedirle salir a nadie más.

—Ya lo sé. Solo digo que si no da el paso pronto, igual no pasaría nada porque lo dieras tú.

Si no fuéramos tan amigas, me daría envidia que a Erin le guste un chico y a mí no. Pero me alegro por ella. Erin y yo estaremos unidas de por vida. Y estar unidas de por vida no es lo mismo que ser mejores amigas. Es decir, somos mejores amigas, pero va más allá de eso. ¿Cómo se llama cuando dos personas comparten una historia muy intensa? ¿Cuándo no hay nada que pueda separarlas? Amigas del alma. Eso es lo que hemos sido desde el accidente.

Aunque, últimamente, siento que las cosas están cambiando. Es como si nos estuviéramos distanciando o algo así. Lo raro es que parece que esto ha pasado sin que me diera cuenta. No hay nada concreto que pueda decir que nos distancie pero... no sé, supongo que son cosas que pasan cuando creces. Mis padres apenas se relacionan con la gente con la que fueron al instituto. ¿Cómo puede ser? ¿Te gradúas y tus amistades simplemente se

desvanecen? ¿Incluso cuando esas amistades son todo tu mundo?

Sé que eso no me pasará con Erin. Me encanta estar tan unida a otra persona, saber que nuestro vínculo siempre existirá. Me da seguridad. Solo que... para ser sincera conmigo misma, tengo que admitir que no somos las que éramos. No sé si seguimos siendo amigas por las cosas que todavía tenemos en común o por lo que hizo que estemos unidas de por vida.

Pero, a pesar de todo, sé que puedo contar con Erin para lo que sea. Y ella sabe que haría cualquier cosa por ella.

4

Estoy intentado no salpicar más. Hasta ahora, he dibujado cuatro carteles y he salpicado todo el suelo de mi habitación de pintura azul. Y los suelos de mi casa son de madera maciza, imposibles de limpiar...

Para hacer estos carteles que colgaré en los contenedores de reciclaje de la cafetería, estoy usando colores lisos y letras grandes. También voy a ponerles purpurina y voy a repasar las letras con rotuladores metalizados. Quiero que a la gente le resulte imposible no fijarse en el contenedor que pone Latas y botellas. Estoy harta de que los alumnos sigan usando la excusa de que no han visto el cartel cada vez que tiran las botellas de agua en el cubo de la basura orgánica.

Se suponía que Marnie y Bianca me iban a ayudar con los carteles pero, a última hora, me dijeron que no podían. Ojalá no estuvieran en la asociación. Es evidente que se apuntaron solo para ponerlo en sus solicitudes universitarias. Aunque Danielle ha venido a ayudarme un par de horas. Nos hicimos muy amigas cuando yo rompí con el Círculo de Oro. Últimamente tengo más cosas en común con Danielle que con Erin. Es la única persona del instituto a la que le interesa salvar el planeta tanto como a mí.

Soy la presidenta de One World, la asociación para la defensa del medio ambiente del instituto. Los estudiantes de tercer curso pueden ejercer como presidentes durante dos años, así que a finales del curso que viene se votará al nuevo presidente. Supongo que mi amor por la Madre Tierra es genético: mi madre es especialista en salud medioambiental y mi padre construye invernaderos. El medio ambiente es lo que los une, pero mi madre es quince años más joven que mi padre, así que ahí es donde se terminan sus cosas en común. Para mi padre, una noche ideal consiste en quedarse en el sofá haciendo crucigramas o leyendo novelas de misterio mientras que a mi madre le encanta salir, conocer gente nueva e instruirlos sobre cómo vivir de manera ecológica. Hasta tenemos un huerto en el jardín trasero. Mi madre vende las hortalizas que cultivamos en el mercado ecológico todos los veranos.

Todo el mundo en la ciudad la conoce. Vivimos en una de esas pequeñas

ciudades de Nueva Jersey que se parece a tantas otras pequeñas ciudades de Nueva Jersey con nombres como Tranquility, Peapack o Gladstone.

En estas ciudades, todo el mundo se conoce. Por eso, mis amigos están familiarizados con las normas que mi madre impone en casa. Cuando vienen a verme, tienen que apagar las luces cuando salen de una habitación y no pueden dejar los grifos abiertos si no van a usar el agua. También tenemos que desenchufar la tele o el ordenador cuando dejamos de usarlos porque, si se dejan enchufados, aunque no estén funcionando, consumen electricidad.

Una de las cosas que me gustan de mi casa es que tenemos muchísima luz natural, así que no tenemos que usar bombillas durante el día. Está llena de cristaleras, techos altos y espacios abiertos. Tenemos dos tragaluces y dos puertas correderas de cristal (una para el balcón del piso de arriba y la otra para el porche trasero). El porche trasero da a un embarcadero en el que mi

padre guarda un bote de remos. A veces rema al centro del lago y hace allí sus crucigramas.

Se me acaba de derramar un bote entero de purpurina por el suelo. Educar a las masas nunca fue tarea fácil. No sé cómo, pero consigo terminar el cartel sin tirar nada más. Lo apoyo contra la pared para que se seque. Suena un aviso en el ordenador: tengo un mensaje de chat. Es de Erin.

asdebastos: ay, dios! no t lo us a creer!!!

berrygirl: q?

asdebastos: jason m ha llamado!!!

berrygirl: no m dígs!

asdebastos: I he dado mi moult hoy n clase, acabmos d colgar el tlfono.

berrygirl: dtalls x favor.

asdebastos: qria saber si ya hbía heno Is dbrs. m ha dixo q qría preguntrm I cosa, uams, I código uniuersal xa dcirme q I gusto.

berrygirl: xo t ha hexo 1 pregunta d uerdad o no? asdebastos: claro q no! xo la cosa no termina ahí. creo q m ua a pdir salir.

berrygirl: cmo lo sabs?

asdebastos: no s. tngo 1 presntimiento. y le he dixo q m gusta,

berrygirl: xo no ibas a sperar a q diera el primr paso?

asdebastos: y lo he hexo! m ha llamado él, no? he pensado q si él daba I primr paso, podía ponerl Is cosas fácils.

berrygirl: y q I has dixo?

asdebastos: nada, q m parece mono, y diuertido.: -)

berrygirl: y?

asdebastos: m ha dixo q no sabía q pnsaba eso d él.

berrygirl: Is xicos no s nteran d nda.

asdebastos: q m uas a contar, xo ahora ya lo sab, así q es cuestión d tiempo.

berrygirl: has hexo bien.

asdebastos: gracias, y tú q?

berrygirl: ¿?

asdebastos: con greg!

berrygirl: no cuántas ueces tengo q decírtlo! Q NO M GUSTA GREG!!

asdebastos: xq no?

berrygirl: *cabezazos contra la pared* pues... no sé... xq no tenemos nda n común, quizá? NDR D NDR?

asdebastos: ah, x eso.

berrygirl: xq te haces siempre la sorprendida? como si no t lo hubiera dixo nunca.

asdebastos: no sé. quizá x la misma razón x la q tú fings q no s el tío + bueno q t hs cruzad n tu uida.

berrygirl: ni q eso fuera lo + important.

asdebastos: bueno, xo tmpoco hac daño.

berrygirl: no, xo no ayuda si no tnemos nda d q hablr.

asdebastos: xo quién sta hablndo de hablr!

berrygirl: perra.

asdebastos: dja de hablr mal d ti!

berrygirl: tngo q irm. tngo q trminar Is cartles.

asdebastos: hast ahora.

No me sorprende nada que Erin se haya lanzado y le haya dicho a Jason que le gusta antes de saber si él estaba interesado en ella. Cuando quiere algo, no para hasta que lo consigue. Es súper valiente.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mí.

5

En un centro tan pequeño como el nuestro, te sabes el nombre de todos los alumnos de tu curso. En tercer año, somos setenta y tres alumnos y la mayoría vamos a clase juntos desde Primaria. Pero eso no significa que nos conozcamos. Nos hacemos una idea de cómo es la gente por la reputación que tiene, o por con quien sale o por cómo le va en clase. Estos juicios no están basados en hechos reales. Prácticamente, no nos conocemos a no ser que seamos amigos. Y, a veces, ni siquiera entonces.

La verdad es que yo no pertenezco a ningún grupo. Ya no. Me gusta ir por libre. Bueno, me relaciono con los chicos de One World y, evidentemente, me han colgado la etiqueta de «abraza- árboles». Creo que es una definición demasiado simple. No soy popular, pero tampoco una marginada. No soy de las más deportistas, aunque no se me dan mal los deportes. No soy empollona, pero nunca suspendo. Supongo que parece que soy bastante del montón. Pero eso tampoco es verdad.

Siempre me ha costado encontrar gente con la que me sintiera a gusto. Los chicos de One World son geniales, pero Danielle es mi única amiga de verdad. Cuando intento hacerme amiga de gente con la que no conecto demasiado, siempre sale mal.

Me parece que no merece la pena esforzarse por mantener una amistad con gente de la que, tarde o temprano, te vas a terminar distanciando.

Erin quiere que Blake y yo nos hagamos amigos de Jason. No deja de decir lo guay que va a ser el año que viene, cuando los cuatro hagamos cosas juntos. Es como si quisiera que saliéramos en pareja o algo así. El entusiasmo que tiene Erin porque llegue el año que viene asusta un poco. Yo también estoy emocionada, porque es nuestro último año de instituto, pero Erin se comporta como si el último año fuera a ser una fiesta constante y ella la invitada de honor. Aunque no me sorprende. Le encanta ser el centro de atención. También le encanta hablar de los chicos que le gustan, particularmente, sobre si esos chicos están o no interesados en ella. Estoy segura de que, en parte, ese es el motivo por el que hoy quiere que quedemos: para que podamos hablar de Jason.

Así que vamos a tomar pizza. Blake se muere de ganas de conocer a

Jason para poder criticarlo. Jason todavía no ha llegado. Solo llevamos esperando diez minutos, pero Erin se está volviendo loca.

—¿Dónde se ha metido?

Se asoma sobre el respaldo del asiento y estira el cuello para tener mejores vistas de la acera. Me está poniendo nerviosa. Mide un metro setenta y cinco y parece que esté a punto de dar una voltereta sobre el sofá de escay.

—No te preocupes —le digo.

—Ya debería estar aquí.

—Solo llega diez minutos tarde.

—Por eso. Nunca llega tarde.

Me callo lo que tengo ganas de decirle: que es la tercera vez que salen. No puedes saber que una persona nunca hace algo si solo has salido con ella dos veces.

—Yo solo sé que si no pedimos pronto, me voy a comer una pierna. Y no garantizo que sea la mía — informa Blake.

—¿No has comido a mediodía? —pregunto.

—No mucho, la verdad.

—¿Por qué?

—Porque no tenía hambre.

—Eres un poco anoréxico.

—Sí, por eso ahora me comería tres pizzas.

—Podemos ir pidiendo para que nos sirvan cuando llegue Jason — digo, mirando a Erin—. ¿Te parece?

Erin vuelve con nosotros.

-¿Qué?

—¿Podemos pedir, por favor? —ruega Blake—. Me voy a desmayar y, desmayado, no soy una compañía demasiado agradable.

A Erin no le gusta la idea.

—No sabemos qué quiere Jason.

—Estamos en una pizzería —replica Blake— : querrá pizza.

—Sí, pero...

—Nada de peleas en la mesa, niños — les advierto.

Erin debe de estar muy nerviosa. Blake y ella no se suelen comportar así: Blake normalmente idolatra lo fabulosa que es Erin y ella se deja mimar por el calor de sus atenciones. Al principio, Erin pensaba que Blake

estaba colado por ella. Lo pasó fatal porque a ella Blake no le gustaba nada. Tuve que decirle que no estaba interesado en ella de esa manera y todo volvió a la normalidad. Pero hoy no han jugado a adularse ni una sola vez desde que estamos aquí.

—Bueno —dijo Erin—, pedid. Pero no me echéis a mí la culpa si luego a Jason no le gusta.

—¿Pedimos extra de queso? — pregunta Blake —. ¿A quién no le gusta la extra de queso?

Erin se asoma otra vez por el respaldo. No deja de toquetearse los anillos. Lleva un millón de anillos y siempre los hace girar cuando está nerviosa.

—Si no le gusta la extra de queso, es que no merece la pena — murmura Blake.

Acto seguido, intenta abordar al camarero, que está en una mesa, al fondo, bebiendo café.

—¡Ahí está! —chilla Erin.

Jason está cruzando la calle, pero no la ve. Lleva unas zapatillas muy chulas. Todos lo observamos acercarse, mirándolo sin disimulo. Espero que no le estemos haciendo sentir incómodo.

—¡Hola! — dice Jason—. Siento llegar tarde.

—¿Llegas tarde? —dice Erin—, No nos habíamos dado cuenta.

Blake pone los ojos en blanco.

Jason nos mira.

—¡Ah! ¿Conoces a Blake y Lani, verdad? — dice Erin.

—Más o menos. Hola.

Le devolvemos el saludo.

Jason se sienta en el mismo asiento que Erin. Me fijo en que son de la misma altura.

—¿Te gusta la extra de queso, verdad? — pregunta Blake.

—Me encanta — confirma Jason.

—¿Lo ves? — le dice Blake a Erin mientras agita los brazos violentamente para llamar la atención del camarero despistado —. Te lo dije.

—¿Creías que no me gustaba? —le pregunta Jason a Erin, poniendo cara de: «¿Pero a quién narices no le gusta la extra de queso?».

—No, es que pensé que igual te apetecía de otra cosa.

—Soy un minimalista de la pizza —dice Jason—. Cuantas menos cosas

le pongas, mejor sabe.

Erin, a quien le encantan las pizzas a rebosar de ingredientes, dice:

—Totalmente de acuerdo.

Jason me mira:

—Tuvimos Álgebra juntos, ¿verdad?

—Sí — Eso fue hace dos años. Lo recuerdo vagamente. Algo relacionado con circunferencias —. ¿Eras tú el que dibujaba circunferencias perfectas?

—Soy famoso por ello.

—¿En serio? — interviene Erin, mostrando un repentino interés por la geometría.

—No... Bueno, es que una vez tuve que salir a la pizarra a dibujar una circunferencia y... me salió muy redonda — explica Jason.

—Que siempre es bueno cuando se trata de dibujar círculos —bromeo.

—Exacto — Jason me sonrío.

—Pero te pasó más de una vez —le recuerdo. Por algún motivo, ahora me está volviendo todo a la memoria —. Creo que fueron tres o cuatro veces.

—Mmm... bueno vale — se disculpa —. Me has pillado.

Ahora ambos sonreímos.

Blake nos mira.

—Bueno — dice Erin—. ¿Qué queremos beber?

Mientras comemos, Blake acribilla a Jason a preguntas. Es el método infalible de Blake para comprobar que Jason es merecedor de la magnificencia de Erin. Si Jason siente que está en el punto de mira, lo disimula muy bien.

Cuando Blake se termina el segundo trozo y se dispone a devorar un tercero, le pregunto:

—¿Estás mejor?

Me guiña un ojo.

—Mucho mejor.

Me inclino hacia él y le quito una miguita del labio. A Blake siempre le pasa lo mismo: come tan deprisa que, sea lo que sea que esté engullendo, se termina pringando toda la cara.

Cuando nos despedimos, descubro que Jason y yo vamos en la misma dirección. Blake y Erin viven justo en la dirección contraria. Jason se ofrece a llevarme a casa para que Erin no tenga que desviarse. Nos

separamos y monto en el coche de Jason. Sé que a Erin le ha encantado este giro de los acontecimientos. Estoy segura de que se muere de ganas de llamarme luego y preguntarme qué me ha dicho Jason de ella.

Lo raro es que me siento muy a gusto con Jason. Es como si lo conociera desde hace mucho. Como si ya fuéramos amigos.

—¿No tenemos la hora del almuerzo a la vez? — me pregunta.

—¿Vas a comer a quinta hora?

-Sí.

—Entonces sí.

—Guay.

Jason juguetea con las emisoras de radio.

—¿Dónde te sientas? — pregunto.

—Con el resto de pardillos y perdedores.

Me río. Jason es un Chico de Oro: popular, simpático y mono.

—Sí, claro. Como si no fueras justo lo contrario.

—¿Cómo estás tan segura? Nos conocimos oficialmente hace una hora.

—Sé lo que me digo.

—Sabes lo que te dices.

—Completamente. Se me da muy bien intuir a las personas.

—Vaya.

—¿A que no sabías eso de mí?

—¿Cómo iba a saberlo? Nos conocimos oficialmente...

—.. .hace una hora. Sí, me acuerdo.

Jason me mira y sonrío. Está pasando algo muy intenso. Es tan distinto de todo lo que he sentido hasta ahora que ni siquiera sé qué es.

—Bueno, ¿dónde vives? —me pregunta Jason.

—En Lake End Road.

—¿Eso está cerca de lago Eco?

—Sí. El jardín trasero de mi casa es... el lago.

—¿Por qué lo llaman así?

—Mi padre dice que es porque, si gritas desde el otro lado, se escucha el eco.

—¿Lo has intentado?

—Sí, pero no hubo eco.

—Vaya... El paisaje probablemente fuera diferente cuando le pusieron el nombre al lago.

—Eso dice mi padre.

Jason conduce. Durante un rato, ninguno dice nada.

—Erin es fantástica — suelto de repente.

—Es divertida — dice él.

Me callo para ver si dice algo más de Erin, pero parece que no tiene nada que añadir.

Siento la necesidad de hablar de ella. No es que esté haciendo nada malo: Jason solo me está llevando a casa, no pasa nada, pero hay algo que me preocupa.

Así que digo:

—Somos amigas desde hace mucho.

—Sí, me ha contado que tuvisteis un accidente de tráfico juntas.

No me puedo creer que le haya contado eso. Solo llevan hablando... ¿cuánto? ¿Dos semanas? Ni siquiera. Bueno, vale, todo el mundo sabe lo del accidente. Acontecimiento fuera de lo común más ciudad pequeña igual a que todo el mundo se entera de cosas que no son de su incumbencia dos segundos después de que dicho acontecimiento ocurra. Pero eso fue hace años. La gente del instituto no recuerda los detalles. Estoy segura de que la mayoría incluso ha olvidado lo que pasó. Jason proba- I 'lómente lo escuchara en su día, pero seguramente se le olvidó con el tiempo.

No puede ser que conozca toda la historia... a menos que Erin se la haya contado.

—Fue hace mucho tiempo — digo—. La verdad es que no me gusta hablar de eso.

—No, claro. No debería haberlo mencionado.

—No, no pasa nada.

Cuando llegamos a mi casa, le digo:

—Gracias por traerme.

—De nada. Bonita casa, por cierto.

—Gracias.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Sí. Era de mis abuelos, pero se mudaron a Florida.

—Los míos también. Creo que hay una conspiración para que todos los ancianos del país se muden a Florida.

—Yo creía que era el clima cálido lo que los atraía.

—No te dejes engañar: hay motivos ocultos. Créeme.

Me gusta el humor raro de Jason, pero no siempre sé qué responder, así que me limito a decir:

—Seguro que tienes razón.

Normalmente me doy cuenta de si le gusto a un chico. Ha habido unos cuantos. Pero el motivo de que no tenga novio es que todos me parecían muy inmaduros. Bueno, he salido con algunos chicos, pero nada serio. Nunca he sentido el tipo de conexión que siempre he querido sentir.

Hasta ahora.

Esto es un desastre.

Cuando, más tarde, Blake me llama, lo primero que me dice es:

—Nunca he visto a un chico mirarte así.

—¿Cómo?

—Como si quisiera lamerte entera.

—Ya vale.

—Lamerte entera como un delicioso y dulce cono de helado.

—¿Puedes dejarlo, por favor?

—Como si estuviera perdido en el desierto.

—Esto está mal.

No eliges quién te gusta.

—¡A mí no me gusta!

—Pero está claro que tú le gustas a él.

—Lo dudo mucho. Y, aunque le gustara, no hay nada que hacer.

—¿Por qué?

—¡Porque está saliendo con Erin!

—Erin tendrá que aguantarse. No le va a quedar más remedio. Además, no son oficialmente novios, ni nada por el estilo.

—Estás muy equivocado.

—Un helado con guinda en lo alto.

—Voy a preguntar a la Bola Mágica.

Voy a por ella y pregunto: «¿Le gusto a Jason?». A continuación, la agito.

—¿Qué dice?

La giro:

—«Definitivamente, sí».

—Tenemos una exclusiva.

—No le gusto.

—No puedes negar la realidad. Y la realidad es asquerosamente dura. Tú y yo sabemos que la vida no es precisamente fácil.

No puede ser que Jason se sienta atraído por mí. Y, aunque lo hiciera, yo nunca podría sentirme atraída hacia él. ¿Qué tipo de persona le haría algo así a su mejor amiga?

6

Esta semana estamos haciendo cerámica en clase de Arte. Se me da fatal.

Y, claro, a Connor se le da estupendamente. Se queda de pie junto a mi torno para observarme sufrir.

—Intenta no apretar tanto — me dice.

Estoy envolviendo con las manos un bulto de arcilla mientras le doy vueltas al torno. Mi capacidad de coordinación mano-pie parece seriamente dañada hoy: cada vez que trato de que el torno vaya más lento, presiono el pedal con más fuerza. Y sí, ya he aceptado que mi talento artístico se reduce a pintar carteles.

Aprieto demasiado la arcilla. Me rebosa entre las manos y se desmorona sobre el torno.

—Oh, vaya — dice Connor en tono meloso. Un alivio instantáneo para el estrés—. Inténtalo otra vez.

Me encanta Connor. Tiene un efecto calmante sobre mí en momentos de crisis. El año pasado también estábamos juntos en clase de Arte. No es que yo quisiera volver a cursar la asignatura, pero tenemos que hacer una optativa artística durante al menos tres años. Cada vez que me atasco con un proyecto, Connor corre a socorrerme, calmado y solícito. A él nunca le preocupan las cosas que a los demás nos desquician. Quizá sea porque es canadiense. Se mudó el primer año de instituto desde Montreal. Todavía tiene un acento raro y usa palabras que nos resultan extrañas. Hubo un día que estaba hablando de chándales y no me estaba enterando de nada de lo que me estaba contando. Estaba intentando decirme algo de sus pantalones.

—¿Tus qué? — le preguntaba yo.

—él:

—Me he olvidado los *joggings*.

—yo:

—¿Te refieres a los pantalones del chándal?

Pero Connor no entendía de qué le estaba hablando.

Vuelvo a hacer un pegote con la arcilla y lo dejo caer en el torno. Esta arcilla necesita saber quién manda aquí.

—Presiona el pedal solo un poquito — me aconseja Connor.

—Ya, ya. Eso intento.

—Veamos.

Lo intento de nuevo. Esta vez, no espachurro la taza que estoy intentando modelar.

—¿Está quedando bien, eh?

-Sí, ¿eh?

Esa es otra de las cosas que me gustan de Connor. Siempre se ríe cuando imitamos sus muletillas canadienses, como cuando dice «eh» después de cada frase.

Junto los dedos y envuelvo la arcilla con las manos. Luego, presiono la parte superior lentamente con los pulgares.

—Un poco más deprisa es mejor.

Piso suavemente el pedal con el pie. Noto cómo el torno empieza a ir a la velocidad que yo quiero. Parece que le estoy pillando el tranquilo. Separo un poco los pulgares hacia los lados, aún haciendo fuerza en la parte superior del pegote. A medida que la arcilla gira, el lugar en el que presiono con los pulgares se ensancha. Ya se empieza a vislumbrar el interior de la taza.

Cuando, al día siguiente, la arcilla parece una taza de verdad, me emociono muchísimo. La llevo a nuestra mesa y se la enseño a Connor.

—¡Mira lo que he hecho! —alardeo.

—¡Eres la mejor! — me dice él.

Está barnizando su pieza. Cuando terminemos de barnizarlas, las meteremos en el horno. Mañana estarán listas para que nos las llevemos a casa.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto.

Connor ha hecho un jarrón precioso. Es muy alto, y para eso hay que saber manejar muy bien el torno. La única vez que intenté hacer algo la mitad de alto que su jarrón, terminó desmoronándose.

—Con paciencia — dice —, y práctica.

—Hablas como mi madre.

—Tu madre debe de ser una mujer muy inteligente.

—Más bien una mujer muy pesada, porque siempre tiene razón.

Empiezo a barnizar mi taza.

—¿Te he dado permiso para que te sientes aquí? —le gruñe Ryan a Sophie en la mesa de al lado.

Sophie busca otro sitio libre, pero no hay ninguno.

—Te puedes sentar aquí — le digo.

Sophie me mira con tanta gratitud en los ojos que se me encoje la garganta. No soporto que Ryan se meta así con ella. Ryan es una de esas personas que captan la debilidad y, entonces, atacan. Cada vez que coincide en una clase con Sophie, es como si se hubiera planteado como propósito vital dejarla en ridículo frente a todo el mundo. Ella no es su único objetivo. Ryan y sus prepotentes amigos se meten con cualquiera que no encaje en sus perversos estándares, por ejemplo, los empollones y los gorditos. Sophie tiene la mala suerte de ser ambas cosas.

Ryan también odia a Blake con pasión. No sé por qué. Blake no destaca demasiado y se esfuerza muchísimo por encajar. Pero cada vez que Ryan se encuentra con él por los pasillos, le lanza unas miradas terribles.

El año pasado, Ryan rompió un trabajo de Literatura de Blake sin motivo aparente. Blake estaba sentado en clase, esperando a que el profesor entrara y los recogiera. Ryan fue hasta su mesa, le quitó el trabajo y lo hizo cachitos. Eran quince páginas (quince páginas de verdad, no quince páginas con tipografía gigante y márgenes enormes) que iban a suponer la mayor parte de su nota en la asignatura. Un montón de alumnos vieron cómo Ryan se lo rompía, pero nadie lo delató y se fue de rositas. A Blake le pusieron un cero. Pensó recoger los cachitos, entregárselos al profesor y explicarle lo que había pasado, pero prefirió quedarse con el cero, por mucho que le doliera perjudicar así sus notas. Creo que Blake sospechaba de dónde provenía el odio de Ryan y lo último que quería hacer era presionarlo para que explotara.

—Gracias, Lani — dice Sophie mientras coloca su bol junto a mi taza.

—No te preocupes —le digo—. Ryan es un imbécil.

Miro a Ryan, que me está poniendo morritos desde la otra mesa.

Imbécil.

Algunos chicos miran cómo Sophie levanta una pierna para pasar sobre la silla. No estoy segura de que vaya a caber en el espacio que queda entre mí y la alumna hostil de segundo año que hay al otro lado. Ojalá quepa. Yo me he apartado todo lo que he podido, estoy casi en el borde del banco.

Sophie consigue estrujarse entre nosotras. La chica de segundo chasquea la lengua para dejar constancia de su disconformidad.

—Me gusta tu bol — digo.

— Gracias — Sophie lo levanta — . Es para mi hermana. Está en la universidad.

—Qué detalle.

Nos quedamos embobadas contemplando el brillo del barniz.

Cuando vuelvo a levantar los ojos, Ryan me lanza una mirada lasciva. Me niego a dejarme provocar por él. Creo que no es bueno pagar el odio con odio cuando alguien proyecta malas energías hacia ti. Estoy convencida de que eso afecta al destino, y un exceso de malas vibraciones puede ser muy perjudicial.

Por ejemplo: le pides a la Energía una señal de que todo va a ir bien y, de repente, te encuentras con una pintada que dice OK. Ese tipo de mensajes son difíciles de detectar cuando estás atrapado en una enorme bola de negatividad.

Ignoro a Ryan. Me molesta que se dedique a hacer la vida imposible a los demás. Yo creo que el propósito vital de la gente debería ser intentar hacer del mundo un lugar mejor y no que las cosas sean aún peores. Me pregunto qué haría falta para que se diera cuenta. Es triste pensar que va a ser así toda su vida.

Sophie se queda boquiabierta con el jarrón de Connor.

—¡Tu jarrón es altísimo!

—Gracias.

—¿Cómo lo has hecho?

—Paciencia —le informo—, y práctica.

—Síii, Lani —dice Connor—. Exactamente. ¿Cómo lo has adivinado?

—Tengo buena intuición.

Me dedica una sonrisilla traviesa. Yo se la devuelvo.

—Gracias por dejar que me sienta con vosotros, chicos — dice Sophie.

—No hace falta que te invitemos —dice Connor — , puedes sentarte con nosotros siempre que quieras.

El karma de Connor no me preocupa en absoluto. Ojalá mi karma sea tan bueno como el suyo. Si el futuro me depara algo grande, no quiero estropearlo cargándome mi destino.

No sé nadar

Sé lo que estás pensando: «¿Cómo puede ser que tengas casi diecisiete años y no sepas nadar?». Pues resulta que nadie me ha enseñado. Cuando era pequeña, nunca fui a un campamento, ni a la piscina, ni a ninguno de los lugares donde normalmente se aprende a nadar. Mis padres nunca me motivaron para que me interesara por la natación y a mí nunca se me ocurrió aprender por iniciativa propia.

Hasta ahora. Tenemos una reunión familiar en Hawai en verano, después de que me gradúe (tengo un cuarto de sangre hawaiana por parte de madre). Tengo ganas de nadar en el océano cuando estemos allí. Me encantan los peces tropicales. En mi habitación tengo un acuario enorme con neones y arcoíris y dos peces ángel. Mi pez ángel francés se llama Wallace y mi pez ángel reina se llama Gromit. Es el pez ángel reina más bonito del mundo. También es mi favorito. Ya sé que no debería tener una mascota favorita, teniendo en cuenta que tengo varias, pero no creo que los peces se den cuenta.

Sería fantástico nadar con peces tropicales. Me molesta ser una inepta en una cosa tan básica, en algo que todo el mundo sabe hacer. Así que me he apuntado a clases de natación.

En muchos sentidos, soy una persona de agua. El agua es un elemento terrestre, así que casa bastante bien con mis tendencias tauro. Si estoy muy cansada y necesito espabilarme un poco, una ducha me resulta una experiencia de lo más refrescante y terapéutica. Mi cuarto de baño parece un spa. Tengo montones de geles de ducha y de perlas de baño y me encantan los aceites esenciales, sobre todo los de ylang-ylang, lavanda o lila. También me gusta mucho dejar que el pelo se me seque al aire, sobre todo en verano.

Así que soy bastante acuática, es solo que me da un poco de miedo el agua cuando se trata de un mar o un océano. O un estanque. O una piscina.

Me aterroriza la idea de ahogarme.

Ahogarse debe de ser una de las maneras más horribles de morir. Desde el accidente, tengo pesadillas en las que me hundo en agua, cada vez más

profundamente, y mis pulmones luchan hasta la extenuación. Espero que, cuando aprenda a nadar, las pesadillas desaparezcan.

Tengo clase de natación los miércoles después del instituto, en el polideportivo. De momento, lo único que hemos aprendido es a avanzar con las tablas y a nadar estilo perro. Un perro un poco ladeado y perjudicado, a decir verdad.

Soy la alumna mayor de la clase. Con diferencia. Hasta los niños de Primaria nadan mejor a estilo perro que yo.

Se supone que tenemos que hacer ejercicios en parejas. Mi compañero es el ayudante del profesor que, evidentemente, ya sabe nadar. Todos los demás están emparejados con alguien de su edad. Para este ejercicio, tengo que estirar los brazos hacia atrás. En cuanto mis pies se levantan del suelo de la piscina, siento como si me fuera a ahogar y empiezo a patlear.

Detesto que me dé tanto miedo. Quiero experimentar la increíble sensación de deslizarme suavemente en el agua, tal y

como me imagino que se siente la gente cuando la veo nadar. Pero parece que yo nunca voy a llegar a eso.

Mi compañero no está de acuerdo.

— Lo tienes controlado — dice —. Está todo en tu cabeza.

Tiende las manos hacia arriba para que me tumbe encima. Apoyo la tripa sobre ellas, estiro los brazos y, luego, levanto las piernas.

No. Puedo. Avanzar.

Mis pies patlean frenéticamente buscando el suelo de la piscina. Me incorporo, con el corazón latiéndome a mil por hora. Ni siquiera me atrevo a mirar al ayudante de la vergüenza que me da. No es que crea que vaya a dejar que me ahogue. Sé que nunca lo haría. Es que... bueno, quizá esta piscina sea segura pero, ¿quién me va a salvar cuando esté nadando sola en el mar, donde podría pasar cualquier cosa?

Estoy frustradísima por lo que pasó ayer en clase de natación. ¿Por qué no seré capaz de admitir que nunca voy a aprender a nadar? Y, claro, ya me puedo ir olvidando de bucear y todas esas cosas guays. Nunca lo voy a conseguir. Estoy destinada a morir ahogada en algún estúpido accidente en un bote de vela.

Debería aceptar mi destino y llamarlo vida.

En el bar de la cafetería han puesto un bufé de ensaladas. Eso debería alegrarme, pero es que da un poco de pena. Los muy idiotas solo tienen cuatro verduras mal puestas. La lechuga tiene pinta de llevar ahí mucho tiempo. Hasta las tiras de zanahoria parecen querer abandonar el barco. Así que paso de largo mientras deslizo mi bandeja por la barra de la cafetería. Frunzo el ceño ante la oferta del almuerzo. Mis opciones se reducen a dos: malo o peor.

La persona que viene detrás de mí choca su bandeja contra la mía. Me doy la vuelta, enfadada. Entonces me doy cuenta de que es Jason.

— —¡Hola! —exclama.

— —¡Ah! ¡No sabía que eras tú!

— —¿Estás bien?

— —Sí. Bueno, más o menos.

— —¿Quieres hablar de ello?

— —No tengo muchas ganas.

— —No pasa nada.

Empujamos nuestras bandejas.

— —Bueno, ¿con quién te sientas? — me pregunta.

— —Mmm — Miro hacia mi mesa —. Con unos amigos de One World.

— —Ah, guay.

Empujamos las bandejas un poco más.

— —Este mediodía tenemos un gran abanico de deliciosas variedades — Jason hace un gesto con la mano señalando el expositor de comidas —. Los entrantes incluyen unas cosas de patata con una pinta un poco sospechosa, una plasta de rodajas de manzana apelmazadas y por allí veo unas cosas verdes.

—Suenan deliciosos.

— —Totalmente. Si pasamos a los primeros platos... puaj... creo que no soy capaz de identificar ninguno. Pero hay una cosa de cuestionable consistencia gelatinosa de postre que quizá sea un acierto.

-Ay.

— —Eso es exactamente lo que he pensado cuando la he visto.

Hace cinco minutos, me sentía fatal. No tenía ganas de hablar con nadie. Ahora estoy riendo como si no me pasara nada.

Cuando llegamos al final de la cola, Jason me quita el vale de la cafetería.

— —Yo invito — dice mientras tiende ambas tarjetas a la cajera.

Ella las pasa, indiferente: no parece en absoluto sorprendida.

— —Muy generoso — le digo.

— —Sí, ¿verdad?

Y ahí estamos, cada uno con su bandeja.

— —En fin — dice Jason.

— Nos vemos — respondo.

— Sí.

De repente, me doy cuenta de que estoy mareada y nerviosa. Me siento en mi mesa.

— —Hola, Lani — me dice Danielle —. ¿Te ha llegado mi mensaje?

— —Sí. Casi me troncho.

Danielle sabe que llevo un poco depre todo el día. A veces, cuando me quiere animar, escribe notas graciosas y me las mete en la taquilla.

Normalmente son fragmentos de conversaciones que ha oído y que sabe que me van a hacer gracia. Esta en concreto va de un chico de último año que fuma tantos porros que solo le quedan seis neuronas vivas a las que se aferra con todas sus fuerzas.

No puedo comer, no me entra nada.

— —¿Puedes ejecutar acciones como lavarte los dientes solo con seis neuronas? — me pregunta Danielle.

— —No creo que seas capaz ni de identificar el cepillo de dientes — respondo.

La verdad es que no estoy prestando atención: no dejo de mirar hacia la mesa de Jason. Cada vez que miro, lo veo riendo con los Chicos de Oro.

— —Ah, y ya he colgado en el tablón lo de Ahorro Para Llevar.

Danielle y yo hemos estado trabajando en una iniciativa para convencer a las tiendas de comida preparada y los restaurantes de comida rápida de que dejen de meter servilletas y otras cosas en las bolsas para llevar. Ya hemos conseguido que unas cuantas tiendas entren en el programa y que, en vez de meter cosas directamente en la bolsa, pregunten antes si necesitas algo más que lo que estás comprando.

— —Genial —digo.

— —Sí, pero todavía tenemos que ponernos en contacto con un montón de sitios.

Cuando la hora de la comida está a punto de terminar, me levanto para tirar la basura. Jason se levanta con su bandeja exactamente al mismo tiempo. Yo me pongo a separar la basura orgánica de las cosas reciclables, pero Jason no. Él se limita a tirarlo todo al contenedor de la basura orgánica.

— —Eh..., ¿perdona? —le digo.

-Hola.

— —¿Qué estás haciendo?

— —Estoy tirando la basura. A no ser que tú la quieras o...

— —¡Ring, ring! Una llamada de Advertencias Medioambientales.
Jason se me queda mirando como si estuviera loca.

— —¡Advertencias Medioambientales te está llamando!

— —Eh, bueno. Mmm... ¿diga?

— —Hola. ¿Está Jason?

— —Jason al habla.

— —¿No sabías que tienes que meter la botella de agua vacía en el contenedor de reciclaje?

— —¿Este? —Jason señala el contenedor—. Ay, perdona, no me he dado cuenta de que no me estás viendo. Estoy señalando el contenedor azul de reciclaje.

— —¿Te refieres al que tiene un cartel que dice **LATAS Y BOTELLAS?**

— —Ese mismo, sí señora.

Hago una pausa.

— —Entonces, supongo que debería sacar la botella del contenedor de la basura — concluye.

— —Eso sería un buen comienzo.

Jason se asoma al asqueroso contenedor de basura.

— —Hay tallarines...

— —¿Quieres ser responsable de la destrucción del único planeta que tenemos para vivir?

Jason arruga la nariz. Estira lentamente el brazo por la boca del contenedor de basura.

Rescata la botella y sacude unos cuantos tallarines.

— —¿Lo ves? —le digo—. ¿No ha sido tan malo, no?

— —Un poco sí.

— —¿Por qué no reciclas?

— —Ah, sí que reciclo.

— —¿Sí? ¿Y la botella?

— —Bueno... Sí que reciclo. Solo que no todo, y no siempre.

— —¿Sabías que los vertederos producen el treinta y seis por ciento de las emisiones de metano a la atmósfera?

— —No lo sabía.

— —¿Y que el metano es un gas de efecto invernadero veinte veces más potente que el dióxido de carbono?

— —Eso sí lo sabía.

— —Entonces, sabrás que cada vez que tiras a la basura algo que puede

reciclarse y pasa a formar parte del contenido de un vertedero, estás contribuyendo al calentamiento global inducido por la actividad humana y, por tanto, a la destrucción del medio ambiente.

Jason se queda pensativo.

— —Vamos a hacer una cosa. Tú me convences de que reci- Har esta botella realmente marca una diferencia y yo te prometo que reciclaré todo lo que sea reciclable de aquí a final de curso.

— —¿De aquí a final de curso?

—Sí.

— —¡Pero eso son solo dos meses!

— —¡Exacto!

Me sonrío como si hubiera resuelto el problema del calentamiento global él solito.

— —¿Y qué tal el resto de tu vida?

—Guau. Eso es un poco extremista.

Menos extremista que destruir la Tierra.

Mmm. De acuerdo. Tú ganas.

— —Genial.

Apoyo la bandeja en el soporte y me dirijo de vuelta a mi mesa.

— —¡Eh!

Doy media vuelta.

-¿Sí?

— —¿No ibas a convencerme?

— —Tengo que prepararme antes. Tendré listos mis argumentos dentro de poco.

— —¿No me puedes convencer ahora?

— —Eso sería demasiado simple. No, voy a hacer gráficas y cuadros y cosas de esas. Te voy a preparar una argumentación de lo más convincente.

Esto va a ser divertido. Se me acaba de presentar una oportunidad estupenda de demostrarle a Jason todo lo que sé.

Y, quizá, de cambiar su vida para siempre

9

A veces Erin y yo vamos juntas a la ciudad. Es un ritual que tenemos desde hace mucho. Nuestras madres solían turnarse para llevarnos en coche. Ahora que Erin conduce, el ritual parece completamente distinto. Solía ser una ocasión especial que esperaba con ilusión. Pero, ahora, podemos ir a la ciudad cuando queramos. Supongo que se podría decir que está perdiendo la magia, aunque las cosas que hacemos cuando vamos a la ciudad siguen siendo las mismas:

- Ver si en Eye's Gallery han traído joyas nuevas (Erin nunca tiene suficientes anillos, a mí me gustan los collares).
- Comer gofre con helado en Ben & Jerry's (Cherry García para mí, Imagine Whirled Peace para ella).
- Ver qué cosas nuevas hay en la tienda de animales (yo busco complementos para acuario, ella cosas de gato).
- Asaltar la librería de segunda mano (ella normalmente sale de allí con un montón de libros, yo rara vez encuentro alguno que me guste).
- Pasear frente al escaparate de la tienda de la vidente. Cuando lo hacemos, yo finjo mirar a otro lado.

La vidente está sentada en una mesa pequeña y redonda junto a la ventana. Hay un cartel colgando del cristal que dice **VIDENTE: LECTURAS Y BUENAVENTURAS**. Tengo y no tengo ganas de mirar, así que, normalmente, termino poniéndola incómoda al lanzarle miraditas de soslayo. Estoy segura de que se da cuenta. Porque es vidente y eso.

A veces pienso que mi vida sería mucho más fácil si supiera lo que me va a pasar. Si pudiera eliminar lo Desconocido de mi existencia, no tendría que temerlo tanto. Por fin podría saber lo que es vivir sin miedo. Pero a veces la verdad no es agradable. ¿Qué pasaría si me entero de que va a volver a sucederme algo terrible? No sé si sería capaz de vivir sabiéndolo.

—Entremos —digo.

—¿Dónde? —pregunta Erin—. ¿Ahí?

—Sí. ¿Por qué no?

—Ya te leí la mano.

No habíamos programado estudiar Quiromancia en nuestro calendario hasta el mes que viene, pero Erin está tan fascinada con el tema que ya ha aprendido las nociones básicas. Nos leyó la buenaventura a las dos hace tiempo. No es que dude de sus capacidades y no quiero ofenderla, pero esta es nuestra oportunidad de comprobar con una profesional que lo hizo bien. Quizá incluso averigüemos algo más. Erin ha aprendido Quiromancia de un libro, no de haberla practicado. Creo que alguien que lleva leyendo manos mucho tiempo puede ver cosas más relevantes.

—Ya lo sé pero, ¿no sería guay que una vidente nos la volviera a leer? — opino —. Este es el mes del tarot. Y ella tiene cartas.

Miramos al escaparate. Hay una baraja de cartas y unas cuantas velas en la mesa. Las sillas desparejadas tienen dibujos de colores brillantes. La vidente no está sentada en su silla. Quizá esté en el almacén, almorzando.

—Ni siquiera está en la tienda — dice Erin.

Podemos esperar.

—Si no vuelve en cinco minutos, nos vamos.

—Hecho.

Erin añade:

—¡Anda! ¡Se me había olvidado contártelo! Jason y yo estamos destinados a estar juntos.

—¿Y eso es nuevo?

Nunca he visto a Erin tan emocionada con un chico. De lo único que habla es de Jason. Cuando intento cambiar de tema, la conversación siempre se redirige hacia él. Todo el mundo en el instituto dice que Erin y Jason hacen buenísima pareja, que son perfectos el uno para el otro y se preguntan por qué no empezaron a salir antes. El Círculo de Oro está encantado. El mundo entero está bastante de acuerdo en que estaban destinados a salir.

—Anoche probé algo nuevo —sigue Erin—. ¿Te acuerdas de esa práctica de Numerología que te enseñé, esa que se hace con las letras de tu nombre y las letras del nombre del chico que te gusta...?

—Sí.

—Pues la hice con mi nombre y el de Jason y salió que éramos altamente compatibles. Después nos hice las cartas astrales y decían que éramos la pieza que falta en la vida del otro.

—¿Las cartas astrales dicen esas cosas?

—Claro. Bueno, no literalmente pero si... si sabes interpretar los resultados y eso, el mensaje está claro.

De repente, la vidente aparece. Tiene un aspecto muy exótico, envuelta en capas de tejidos vaporosos.

—Es como si hubiera adivinado que estábamos aquí — susurro.

—O como si nos hubiera espiado.

La vidente sonrío cuando nos ve. Nos hace un gesto para que entremos. Me había imaginado que resultaría intimidante. En parte, es uno de los motivos por los que evitaba su mirada cada vez que pasaba frente al escaparate. Pero no es intimidante en absoluto. Parece simpática.

—Entonces..., ¿podemos entrar? —digo.

—Bueno, de acuerdo. Pero tú pagas.

—Hecho.

Unas campanillas repican cuando empujamos la puerta para abrirla. Dentro, todo es incienso, alfombras tejidas y composiciones de flores

secas. Hay una pared entera cubierta con un mosaico de espejos con forma de rombo. Todos son de diferentes tamaños y están bordeados con lacas de mil colores distintos.

—Me alegro mucho de que estéis aquí —dice la vidente. No da nada de miedo—. Soy Coral.

—Yo soy Lani y ella es Erin.

—Por favor — Coral nos indica con el brazo que nos acerquemos a la mesita. Es raro estar al otro lado del escaparate. Vamos hacia donde nos indica y nos sentamos en las dos sillas que hay enfrente de la suya—. ¿Las dos queréis que os lea el futuro?

—Sí — respondo, sintiéndome como si tuviera cuatro años y estuviera pidiendo una galleta—. Nos gustaría que nos leyera la mano.

—Leo la mano y también echo las cartas. Diez dólares cada una.

Hago inventario mental del contenido de mi cartera y decido que tengo suficiente dinero como para pagar la lectura de las dos y hasta para tomar gofre con helado después.

Erin dice que yo debería ser la primera, así que Coral se la lleva a una salita de espera. La vidente cierra la puerta tras ella y se sienta en la mesa frente a mí. Después me pide permiso para tomarme la mano y yo se la tiendo con la palma levantada sobre la mesa.

—La línea del corazón es marcada. Fuerte. Tendrás grandes amores en tu vida — me dice.

—¿Más de uno? —pregunto. Ni siquiera estaba segura de que fuera a tener un gran amor.

—Sí —Me barre la palma con los dedos—. No tienes línea de la salud, lo que significa que será buena. La línea de la vida es profunda. Tendrás una vida larga y plena —Mira un poco más—. Te casarás. Tendrás dos hijos.

¡Qué locura! Siempre he tenido la sensación de que así es como sería mi vida.

—Las líneas de la cabeza y de la vida se unen aquí — continúa Coral—. Piensas más que actúas.

Y, de nuevo, eso es cierto. Cuando Erin me leyó la mano, me dijo que tendría una vida amorosa feliz y que viviría mucho tiempo, pero Coral es más específica.

—Tu línea de la cabeza es muy profunda. Tienes buena memoria. Eres una persona lógica. Desarrollarás buenas habilidades mentales a lo largo de

tu vida.

Quiero preguntarle sobre el destino en conjunto, pero quizá sea una pregunta tonta. No creo que haya una línea específica del destino.

Pero, como es vidente, Coral dice:

—¿Tienes más preguntas?

—¿Hay... alguna manera de saber cuál será mi destino? ¿En general?

—La línea del destino. Hay una línea del destino — Me dobla los dedos un poco hacia atrás—. ¿Ves esta estrella de aquí? ¿Bajo el anular?

Asiento.

—Pues significa que alcanzarás el éxito después de diez años de duro trabajo.

Es alucinante que puedan contarte tantas cosas de tu vida con solo mirarte las líneas de la mano. Y que las de todas las personas sean tan diferentes. Tengo muchas líneas en las palmas de las manos y la mayoría son muy profundas, pero Erin solo tiene unas pocas. Le faltan algunas de las importantes.

—Veo una ruptura en la línea —dice Coral—. En esta época de tu vida, el destino te hará enfrentarte a un enorme conflicto.

—¿Ahora?

—Es difícil determinar cuándo sucederá algo concreto. Solo puedo ver partes de una vida. Aunque sí que puedo decirte que este conflicto se presentará pronto.

Coral empuja la baraja de cartas sobre la mesa hacia mí. Me dice que corte una vez. Después da la vuelta a unas cuantas cartas y las coloca sobre la mesa. Me gusta la predicción del nuevo chico que va a cambiar mi vida para siempre. Su interpretación del resto de las cartas no es demasiado sorprendente. Hasta que le da la vuelta a la última.

—Estás unida a alguien por un evento trágico, pero otra tragedia romperá el vínculo.

Espero a que Coral me lo explique, pero se limita a barajar las cartas.

—Mmm... ¿Qué significa eso exactamente?

—El tiempo lo dirá —responde ella.

A continuación, me manda a la salita de espera.

Es el turno de Erin.

El festival anual de cometas es una de las mejores cosas de la primavera, junto con el final del curso escolar, dentro de dos meses, y que empieza a hacer calorcito.

El festival de cometas tiene sus reglas. La verdad es que nunca me han interesado demasiado. Normalmente suelo ir a ver los diseños de las cometas nuevas. Después le pido a alguien prestada la suya para volarla un rato. Este año he venido con Erin y Jason. Jason presenta su cometa a la competición. La ha hecho él mismo.

Aparentemente, esa es una de las reglas, según el panfleto que estoy leyendo por primera vez en mi vida. La cometa que vuelas en el concurso tienes que haberla hecho tú mismo o alguien tiene que haberla hecho para ti. Mucha gente trae sus propias cometas para volarlas simplemente por diversión pero, a menos que sean artesanales, no puedes participar en la competición. Otra de las reglas es que las cometas no pueden pesar más de dos kilos. Algunas son tan enormes que me cuesta creer que pesen menos.

Los participantes pueden optar a los siguientes premios:

- —Cometa más grande.
- —Cometa más pequeña.
- —Cometa más original.
- —Carrera de cincuenta metros.
- —Cometa con mayor ángulo.
- —Cometa con mayor tirada.
- —Cometa más estable.

El parque se está llenando de participantes y curiosos. Mires donde mires, cometas de vivos colores flotan en la brisa. Es alucinante lo trabajadas que están algunas. Las hay que tienen forma de dragón, otras con forma de mariposa y unas con muchas espirales. En conjunto, resulta de lo más impresionante.

Extiendo una manta bajo un árbol. Erin abre su nevera portátil y me tiende una botella de agua. Siempre llevo una botella de acero inoxidable con agua porque bebo mucha. Me niego rotundamente a beber bebidas carbonatadas. Las bebidas carbonatadas te destrozan el aparato digestivo.

No quiero que me pase eso.

Jason está al otro lado del césped, mirándonos. Lo saludo con la mano. Nos sonrío cuando nos ve acercarnos. Tiene un dorsal con el número quince pegado a la camiseta.

—Es una pena que me hayan puesto en la competición de los adultos — dice Jason. En el panfleto dice que en la competición de adultos compiten los que tengan de dieciséis años en adelante —. Hubiera dejado a esos chicos por los suelos.

—Todo el mundo sabe que eres un as con las cometas — dice Erin —. Por eso te han puesto con los adultos. Los niños tenían miedo de ti.

Erin da un brinco y rodea a Jason con los brazos. El le devuelve el abrazo.

La cometa de Jason parece un lazo gigante, y tiene un montón de colores y estampados. Me encantaría que me contara cómo la ha hecho.

—¿Cómo decidiste qué forma darle a tu cometa? — pregunto.

—Pues... básicamente, por la aerodinámica. Y por una larguísima y aburrida historia que no voy a contar aquí.

—Oye —se queja Erin—, nunca me has contado esa historia.

—Seguramente porque es larguísima y aburrida.

—¿En qué categorías compites? —pregunto yo.

—En la carrera de cincuenta metros y en la cometa con mayor ángulo.

—Ah —asiento como si supiera qué significa «cometa de mayor ángulo».

La verdad es que el panfleto no lo explica.

Jason apoya su cometa en el suelo con cuidado. Después abre la nevera portátil y se pone a rebuscar.

—¿Hay refresco de uva?

—Lo siento —dice Erin—. No me quedaban.

En su lugar, toma agua. Erin se está poniendo protector solar, aunque solo es abril y aún no hace calor. El año pasado aprendimos lo importante que es echarse crema por la vía del sufrimiento. Era un día como hoy, frío y nublado. A Erin ni siquiera se le ocurrió traerse el protector solar. Al día siguiente, en el instituto, tenía los brazos tan quemados que todo el mundo la llamaba Pinzas de Langosta. Se sintió humilladísima. El color natural de mi piel es más oscuro y es como si siempre estuviera bronceada, así que nadie se dio cuenta de que también estaba un poquito quemada.

Jason se sienta con nosotras en la manta.

Retomo la conversación y digo:

—Bueno, y... ¿qué es eso de la cometa con mayor ángulo?

—Consiste en quedarse quieto en un punto y ver a qué distancia de tu cabeza consigues que vuele tu cometa.

—¡Anda! ¡Mola!

—Para esa competición, todos los participantes se ponen en fila y el jurado evalúa el ángulo que la cometa tiene respecto del horizonte.

—Me acuerdo de la carrera de los cincuenta metros del año pasado — dice Erin —. Tienes que hacer que la cometa vuele durante toda la carrera, ¿verdad?

—Exacto —Jason me mira—. ¿También vinisteis el año pasado?

—Vengo todos los años. Me encantan las cometas.

—¿En serio?

—Las cometas son geniales. También me encantan los globos aerostáticos.

—¿Alguna vez has montado en uno?

—No pero, ¿sabes que a veces aterrizan junto a Smoke Rise?

—¡Claro! ¡He estado allí muchísimas veces!

—De pequeña, cada vez que veía un globo aerostático, hacía que mi madre me montara en el coche y lo seguíamos. Después salíamos para contemplarlo aterrizar.

—Tu madre parece guay.

—¡Erin! —Un niño viene corriendo hacia nosotros. Debe de estar en quinto o sexto de Primaria—. ¡No sabía que ibas a venir!

—¿Y en qué otro sitio podría estar? —Erin se agacha para abrazarlo. Parece muy feliz de verla, como siempre que un niño se acerca a Erin. Ha sido la canguro de casi la mitad de los niños de la ciudad —, Chris —dice—, ¿conoces a Jason, verdad?

—Sí, claro —dice Chris—. Hola.

—Hola — responde él.

No parece que Chris esté muy dispuesto a darle un abrazo.

—Y esta es mi amiga Lani —dice Erin—. Soy la tutora de Chris — me informa.

Erin ha empezado a dar clases particulares con Jason en la Escuela Primaria. Él lo hace desde el año pasado y llevaba un tiempo intentando convencer a Erin de que le iba a encantar. Le viene como anillo al dedo. El único motivo por el que ha tardado un poco en decidirse era que no sabía

cómo encajarlo con el resto de su horario. Sobre todo desde que su horario consiste cada vez más en pasar tiempo con Jason.

—¿Cómo van esas mates? — pregunta Erin.

—A ninguna parte — protesta Chris —. Mi cerebro tiene la parte de las mates escacharrada.

—No, seguro que no. Te ayudaré. Ya verás.

—Espero que lleves razón.

—¿Dónde está tu familia? — pregunta Erin.

Chris señala hacia una zona abarrotada de niños pequeños. Su madre está intentando simultáneamente que un bebé pare de llorar, que dos niños no se maten y que una niña se deje poner un lazo en el pelo.

—¿Por qué no vas a ayudar a tu madre? —dice Erin—. Nos vemos el martes, ¿te parece?

—¡Sí! —responde Chris — , ¡Adiós, Erin!

El chaval se va corriendo con su madre.

—Voy a por un cono de helado — dice Erin —. ¿Alguien quiere? —Yo estoy bien —contesta Jason.

—Yo sí quiero — respondo.

—¿Cereza? — pregunta Erin.

—Por supuesto.

Y, entonces, nos quedamos solos.

Jason se rasca la rodilla.

—¿Habéis traído alguna manzana?

—Mmm... — Compruebo la nevera—. Queda una.

—Genial. ¿Puedo comérmela?

—Es mía.

—¿Es tuya?

—Sí. Me la pedí hace una hora. ¿No me has oído?

—La verdad es que no.

—Mala suerte.

- ¿Nos la jugamos a piedra, papel o tijera?

—Venga.

Preparamos los puños.

—¡Piedra, papel o tijera! — dice Jason.

Yo saco tijeras y él papel.

—Ohhh... Mala suerte.

—Dos de tres.

—Eso había que haberlo dicho antes.
—Pues lo estoy diciendo ahora.
—Ahora no cuenta. Tenías que haberlo dicho antes.
—¿Y eso dónde lo pone?
—Son las reglas. ¿No te sabes las reglas?
—Ah... —dice Jason—, es que yo soy las reglas.
Nos bebemos el agua.
—¿Cuándo es tu cumpleaños? —pregunto yo.
—El 1 de octubre.

Claro, Jason es libra. Es encantador, afable, tolerante e idealista. Tiene las características clásicas de los libras. Deseaba que fuera de un signo compatible con tauro e incompatible con leo. En realidad, es un signo incompatible con ambos.

Pero, a ver, ¿qué estoy pensando? Solo somos amigos. Me alegro por Erin. La vida es bella.

—¿Por qué? —pregunta Jason.

—Por saberlo. Mi cumpleaños es dentro de nada, así que... El reflejo del sol en los ojos de Jason hace que me cueste mirarlo. Los tiene de color verde azulado y son preciosos. Tengo-que-dejar-de-mirárselos.

—¿Dónde está Blake? — me pregunta Jason.

—A él no le gustan las cometas tanto como a mí.

Jason asiente contemplativamente con un gesto que ya le he visto hacer antes. Es como si dijera: «Alguien a quien no le gustan las cometas... alucinante».

—Entonces... ¿se ha quedado en casa o...?

—Supongo. No lo sé.

Jason bebe agua.

—Es guay que seáis una de esas parejas que no lo hacen todo juntos, ¿sabes a lo que me refiero?

Ay, dios. ¿Jason piensa que Blake es mi novio? ¿De dónde se ha sacado eso?

—Blake no es mi novio — digo rápidamente.

—¿No?

—No — me gustaría explicárselo pero, por supuesto, no puedo.

—Ah.

Jason sonrío ligeramente y bebe agua para disimular.

No sé mucho de chicos, pero hay algo que sí sé y es que cuando un chico

te pregunta si tienes novio (o afirma que lo tienes para que seas tú la que lo confirme o lo niegue), significa que le interesas y que están intentando averiguar si estás disponible. Aunque es imposible que Jason esté interesado en mí. A él le gusta Erin, y Erin y yo somos tan distintas que no puede ser que le gustemos las dos. Además, si yo le gustara, me habría pedido salir.

¿No?

11

Desde el festival me he estado sentando con Jason a la hora de comer toda la semana. Sentarnos juntos no debería ser para tanto. La gente debería poder sentarse con quien quisiera.

Pero claro, no es tan sencillo.

Mis amigos se comportan como si los hubiera ofendido. El Círculo de Oro nos mira mal. Bianca parece particularmente molesta; nos mira fijamente todo el rato, como si el suyo sí fuera un comportamiento aceptable. Y eso provoca que tenga todavía más ganas de hacer lo que me sale de las narices. Me niego a dejar que esta gente me controle con su negatividad.

En la mesa del Círculo de Oro, Greg se levanta, nos sonrío y nos saluda con la mano.

Jason lo ignora.

—Greg te está saludando — le digo.

—No, no me está saludando.

—Mmm... Yo creo que sí.

—Eso no es un saludo de verdad. Está siendo sarcástico.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no deja de meterse conmigo por haberme cambiado de mesa. Parece que hubiera cometido una ofensa federal o algo así.

A mis amigos tampoco les gusta. Creo que se sienten insultados pero... ¡no es que ya no seamos amigos, ni nada de eso! Es solo que me apetece sentarme en otro sitio. ¿Por qué tienen que armar este numerito?

No puedo evitar ver a Jason y querer sentarme con él. Creo que a él le pasa lo mismo, porque fue él quien me pidió que nos sentáramos juntos. Pero yo no podía ir a sentarme con él en la mesa del Círculo de Oro, y él no parecía dispuesto a venir a sentarse a mi mesa con un montón de chicas que no conoce. Así que buscamos territorio neutral.

—Esto da asco — opina Jason.

—Ya lo sé — digo yo —. Me muero de ganas de que llegue el año que viene — A los estudiantes de último curso les dejan salir del instituto a la hora de comer. Pueden irse a casa, al Lunch Counter o a cualquier pizzería.

Nosotros estamos condenados al infierno de la cafetería durante el resto del año —. Es super injusto. ¡Mira qué buen día hace fuera!

—Esto apesta.

—Pensaba que daba asco.

—Bueno, las dos cosas. Es que es demasiado.

—Al año que viene pienso comer todos los días en el Lunch Counter.

El Lunch Counter es un viejo bar en el que hacen sándwiches que debe de llevar abierto más o menos un siglo. No hay más que una barra en la que sentarse y unos cuantos asientos viejos de cafetería antigua. Los sándwiches son deliciosos y bastante baratos. Es divertido jugar a estar en 1960 un rato.

Bianca nos está atravesando con la mirada. Otra vez.

Proyecto un escudo protector imaginario contra sus energías negativas.

—Tengo algo para ti —me dice Jason.

Saca un cuaderno. Parece bastante limpio para ser de un chico: no tiene páginas sueltas y arrugadas saliendo de las tapas.

—Bonito cuaderno — le digo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no se está cayendo a cachos.

—Ah, eso. Es que suelo aplicar mis capacidades de organización de cuadernos cada vez que puedo — Jason arranca una página. Algunos pedacitos de papel se quedan enganchados en la espiral —. ¿Te gustan los códigos?

—Por supuesto.

—Buena respuesta.

—¿A qué te refieres con códigos?

Jason ríe.

—Me gusta inventarme códigos para que la gente no entienda lo que escribo.

—¿Para escribir notas secretas y cosas así?

—Exactamente.

—¡Me encanta!

No sé cómo lo hace, pero Jason siempre se inventa actividades divertidas de lo más extraño. Hasta ahora, en la semana que hemos pasado juntos, me ha enseñado a:

- Observar una conversación que está teniendo lugar en la otra punta de la cafetería e inventarnos un diálogo alternativo.
- Hacer un ábaco con uvas y palitos de queso.
- Usar el Almanaque del Granjero (un calendario que se publica todos los años para planear las cosechas según el tiempo que vaya a hacer) para predecir el humor de los profesores.

Miro hacia la que solía ser mi mesa. Danielle está hablando con otros chicos de One World, medio dándome la espalda, co-

miendo las zanahorias baby que siempre se trae de casa. Me doy cuenta de que se está ajustando las gafas. Siempre se ajusta las gafas cuando está estresada. Ojalá me mirara. Le sonreiría y así sabría que no la estoy ignorando, ni nada de eso. La verdad es que no se mostró muy comprensiva cuando dejé de comer con ellos. No se me ocurrió que le fuera a afectar tanto. Además, es que nos vemos todos los días. Seguimos siendo buenas amigas. Que me siente en otra mesa no cambia nada.

Bianca sigue mirándonos. No sé por qué el Círculo de Oro nos considera tan fascinantes, porque entre nosotros no pasa nada interesante. Erin sabe que nos sentamos juntos. Dice que así tengo oportunidad de averiguar qué piensa Jason de ella, así que le parece bien. No sé si piensa que esto de sentarnos juntos es una cosa temporal, pero el curso está a punto de terminar, así que supongo que da un poco igual.

—Así que con esto... —Jason saca un lapicero de su mochila—. La primera letra de cada palabra representa una letra de tu mensaje. Los signos de puntuación se usan igual que en la escritura normal. Entonces... —Escribe algo en un papel —. Aquí lo tienes.

Me tiende el trozo de folio:

Habas oscuras leen abejas, las abejas nos ignoran.

—¿Habas oscuras leen abejas? — digo yo.

Está claro que no se me da demasiado bien descifrar códigos.

—Lo que dice no es lo importante —explica Jason—. Las frases no tienen por qué tener sentido. Piensa en el código.

—De acuerdo...

—Entonces, ¿qué dice?

Escribo con lápiz la letra inicial de cada palabra que Jason ha escrito. Cuando por fin capto cómo va, escribo «Hola, Lani», y me avergüenzo de

haber tenido que escribirlo para descifrarlo.

La caligrafía de Jason es increíble. Estudiamos Grafología en octubre, pero aún me acuerdo de bastantes cosas. Su escritura tiende hacia adelante con una especie de inclinación sesgada. Eso indica expresividad emocional y optimismo. También me doy cuenta de que aprieta mucho al escribir, lo que significa que es una persona intensa.

—Mola — digo —. ¿Te lo has inventado tú?

—¿No te resulta increíble lo brillante que soy?

—La verdad es que no.

—Ahora te toca a ti.

Hay unas cuantas cosas que me gustaría decirle, pero no puedo. Así que escribo:

*Elefantes seniles usan narices cuando orgulloso duque
inglés galante osa golpear una anciana yegua.*

Le paso el folio.

— —Es un poco complicada — me disculpo.

—Ya veo, ya.

Jason se queda mirando el papel un minuto.

—Gracias, me contesta. Una más.

Escribe algo y me lo pasa.

Soy intenso.

—¡Oye! —exclamo —, ¡Esta sí que tiene sentido!

Es raro, porque no he analizado el código, sino el mensaje: interpretando su escritura, he deducido que es un chico muy intenso. Pero no quiero que piense que soy una rarita que va por ahí interpretando la caligrafía ajena.

—Sí, te da puntos extra.

—Ya sabes lo que dicen de los chicos intensos: suelen tener problemas.

¿Por qué piensas que se refiere a mí?

—Porque tú eres un chico muy intenso.

—¿De verdad soy un chico muy intenso?

—Salta a la vista.

—Este código funciona a diferentes niveles. Quizá, cada vez que digo «sí», lo que realmente significa es que soy muy intenso.

—Y muy astuto.

Es evidente que Jason es un chico intenso. Capta cosas que a la mayoría

de los chicos del montón les pasarían desapercibidas. Parece estar más alerta que el resto de la gente. Yo lo noto cada vez que me mira. Se le ve en los ojos. Sobre todo cuando le cambian de color. A veces estamos hablando, o riendo, y de repente pasa algo y se pone serio. Entonces, sus ojos dejan de ser de ese color verdoso de los océanos tropicales y adoptan un verde mucho más oscuro.

Cuando eso sucede, la verdad es que una experiencia muy intensa.

—¿Entonces puedes confirmar que todos los chicos intensos tienen problemas? — pregunto.

—Solo cuando están en situaciones complicadas.

—¿Cómo cuales?

A Jason se le pone la mirada seria. Sus ojos se tornan verde oscuro.

Aprieto los dedos en torno a mi cristal de turmalina. Cuelga de una cadenita de plata que siempre tengo al cuello, aunque lleve otros colgantes. El cristal de turmalina tiene poderes equilibradores. Me hace mantener los pies en el suelo cuando todo lo demás parece inestable.

El maldito cristal de turmalina me delata.

—Como cuando la pizza se te queda fría y ya no hay quien se la coma, ¿por ejemplo? — digo para aliviar la tensión.

Jason baja la mirada hacia su porción de pizza fría.

— Por ejemplo —responde—. Era justo en lo que estaba pensando.

Pero ambos sabemos que no es verdad.

O quizá yo sea la única que siento esto. Jason hizo su elección, y no fui yo. Así que tengo que aceptar que ser solo su amiga va a ser duro, pero mejor ser solo amigos que no ser nada de nada.

12

Hoy es mi cumpleaños. Es alucinante cómo la Astrología determina tu personalidad. Cuando aprendí lo que eran las cartas astrales, me enteré de cuáles eran mis atributos inherentes.

5 de mayo:

- Revolucionarios.
- Talentosos.
- Inteligentes.
- Progresistas.
- Originales.

También descubrí que mi signo lunar es acuario. Creo que las características de mi signo lunar son más acertadas.

Luna en Acuario:

- Atracción hacia la Astrología.
- Apoyo a las grandes causas.
- Fuertes ideales.
- Gran humanitarismo.
- Intereses excéntricos.

La luna y las estrellas nos conocen. Una prueba más de que todo está conectado.

Erin y Blake van a venir a mi casa esta noche. Erin quería traer a Jason, así que él también viene. No he invitado a nadie más. Odio las fiestas mastodónticas, sobre todo si son en mi honor. Pensé en invitar a Danielle, pero cuando se lo dije a Erin, me medio convenció para que no lo hiciera.

—Quizá invite a Danielle — comenté.

—Ah — respondió Erin, en ese tono que usa cuando algo la asquea.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, es que... ¿crees que es una buena idea? Quiero decir... que apenas nos conoce.

—Me conoce a mí.

Erin tiene problemas con Danielle. Le molesta que nos hayamos hecho tan amigas después de que yo rompiera con el Círculo de Oro. Si hubiera sido por Erin, nunca podría haberme ido del grupo. Danielle y diversión no

son precisamente sinónimos en su diccionario mental. Así que nunca las hago coincidir, algo con lo que Erin está completamente de acuerdo.

—No te enfades —siguió Erin—, pero es que creo que sería mejor que estuviéramos solo nosotros cuatro. Solo te conoce a ti. ¿No crees que igual se siente un poco desplazada?

Quizá Erin tuviera razón. Podía ser que, si invitaba a Danielle a mi cumpleaños, se sintiera incómoda.

Así que decidí no hacerlo. Cuando me preguntó qué iba a hacer para celebrarlo, le dije que me apetecía pasarlo sola, porque últimamente no estaba teniendo mucho tiempo para mí. No me gusta haberle mentado, pero es que no se me ocurría qué otra cosa decirle.

One World me organizó una fiesta durante la reunión de ayer. Danielle hasta hizo una pancarta. Ninguno parecía enfadado porque me haya cambiado de mesa. De hecho, con Danielle las cosas están un poco raras, pero solo a la hora de la comida; el resto del tiempo está como siempre. Mi madre ha preparado un descomunal desayuno de cumpleaños esta mañana. Como parte de su regalo, mis padres van a pasar la noche en la ciudad hoy para que podamos tener la casa para nosotros solos. A mí me parece que es más bien un regalo para ellos, pero bueno. El plan es pedir comida y ver pelis.

He estado pensando en lo que pasó el otro día a la hora del almuerzo con lo de los códigos y he decidido no darle importancia. A Jason no le gusto. No puedo gustarle.

Evidentemente, no fue nada.

Blake no está de acuerdo.

—¿Lo va a traer aquí?

Blake piensa que estoy loca por arriesgarme a estar en la misma habitación que Jason en presencia de Erin y que es imposible que no se diera cuenta de que le gusto en la competición de cometas. He intentado explicarle que Erin no se dio cuenta porque no hay nada de lo que darse cuenta, pero Blake cree que estoy en estado de negación. No solo de que yo le guste a Jason, sino de que él también me gusta a mí.

—¿Pero cuál es el problema de estar en la misma habitación que él? —digo yo.

—¿El problema? ¿En serio?

Estoy revolviendo un cajón de la cocina en el que guardamos trastos varios, buscando los menús de comida a domicilio. Apenas los usamos

porque mi madre cocina prácticamente todas las noches.

—Es obvio que le gustas —insiste Blake.

—¿Puedes dejarlo? — lo interrumpo.

—¿Me dejas terminar?

Sigo rebuscando en el cajón.

—Como iba diciendo —continúa Blake — , es obvio que le gustas. Y es obvio que a ti te gusta él.

—¿Por qué sigues insistiendo con eso?

—¿Y tú por qué sigues negándolo?

Dejo de buscar.

—¿Sabes que hay gente a la que se le leen los pensamientos en la cara?
— añade Blake.

-¿Sí?

—Deberías verte cuando estás con él. Es como si estuvierais en conexión constante.

—Solo porque dos personas conecten bien no quiere decir que se gusten.

—No. Pero vosotros os gustáis.

—¿Si es tan evidente, por qué Erin no ha dicho nada?

—Sabes perfectamente por qué. Porque vive en su propio mundo. Sí, en su mundo de luz y color, donde solo ve lo que quiere ver.

Que Blake bromeara con cómo me miraba Jason el día que fuimos a comer pizza es una cosa, pero que de verdad piense que esto va en serio es otra cosa muy distinta.

Probablemente está proyectando mis buenas vibraciones en Jason. Creo que está confundiendo el hecho de que tengamos cosas en común con la atracción. No es lo mismo.

—¿Llevo o no llevo razón? — dice Blake.

—No estoy negando ni aceptando mis sentimientos, pero créeme: a Jason le gusta Erin. Por eso sale con ella.

Hay muchísimas razones por las que no puedo gustarle a Jason. Pero no puedo dejar de pensar en la lectura de manos y de cartas que me hizo la vidente. Que tendré más de un gran amor en mi vida. Que mHínea del destino indica que un conflicto inmenso tendrá lugar dentro de poco.

Que puede que algo nos separe a Erin y a mí.

Suena el timbre.

—¿Puedo meter la cabeza en el cajón y cerrarlo de golpe? — pregunto.

—Ahora no. Tenemos compañía.

—De acuerdo —Inspiro profundamente — . Puedo hacer esto. No es tan grave.

—Todavía no —murmura Blake.

-¿Qué?

—Abre la puerta, nena. Haz las cosas de una en una.

-Ja, ja.

He conseguido picar a Blake con el horóscopo. Ahora lo leemos juntos todas las semanas. Esta semana, el mío decía que tendría que enfrentarme a un gran reto y que la manera de superarlo sería hacer las cosas de una en una.

No sé cómo, pero consigo abrir la puerta y sonreír ante el enorme ramillete de globos que Erin me ha traído. Consigo comportarme como si fuera yo misma (o, por lo menos, como creo que yo misma actuaría en condiciones normales). Pero me sigo preguntando por qué no he podido negarlo cuando Blake me ha preguntado si me gusta Jason. Tendría que haberle dicho que estaba equivocado. Que entre nosotros no hay nada.

Después de la cena, la tarta y una desternillante partida de Twister, Jason y yo salimos a sentarnos en el columpio-mecedora del porche trasero mientras Erin y Blake echan otra partida. No sé por qué nos hemos dividido en parejas. Quizá Blake haya tenido algo que ver. Me he reído tanto jugando que casi se me sale un pulmón del pecho. Así que he dicho que necesitaba tomarme un descanso y Jason se ha ofrecido a venir conmigo. Y, oportunamente, Blake ha picado a Erin para jugar de nuevo... y aquí estamos.

El porche trasero de mi casa está un poco elevado sobre el lago. Cuando estás en él, parece que flotara en el agua. Es un lugar realmente tranquilo. A lo lejos se escucha *Transatlanticism*, de Death Cab for Cutie, a través de una ventana abierta. Es una de las canciones que me llevaría a una isla desierta. Death Cab son geniales.

—Me gusta esto —dice Jason.

—A mí también.

—Desde aquí se ven las vías muertas entre esos árboles de allí.

—¿El qué?

—Vías de tren abandonadas. Hay recorridos que ya no se usan, pero las vías siguen ahí. El tren solía pasar justo por este lado del lago.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No lo sé. ¿Cincuenta años?

—¿Cómo sabes todo eso?

—Mi abuelo era ferroviario. Solíamos pasear por allí cuando yo era pequeño, recorríamos las vías de arriba abajo. Me mostró un montón de lugares secretos a los que ir.

—Qué guay.

Una brisa cálida sopla sobre el lago. Estas noches de mayo son estupendas. El aire es muy agradable. Pero en julio, un viento húmedo y sofocante te golpea en cuanto sales de la casa.

—Aún las recorro —continúa Jason—. Las vías.

-¿Sí?

—Sí. Mi abuelo solía decir que cualquier problema que tengas puede resolverse caminando por las vías. Decía que todas las respuestas estaban allí.

¿Acaso no sería eso perfecto? Un poquito de esa magia me vendría genial ahora mismo.

—¿Crees que es cierto? —pregunto.

—A mí me funciona. Cada vez que no me puedo sacar algo de la cabeza, doy un paseo por las vías. Así todo se aclara.

—Yo solía escribir un diario y me pasaba lo mismo: en cuanto escribía mis problemas, es como si ya no fueran tan malos.

—Exacto. Una vez que lo echas todo fuera, eres libre.

Jason me comprende. Comprende incluso las cosas que no digo.

—Igual un día puedes acompañarme — me pregunta.

—¿A dónde?

—A dar un paseo.

—Bueno... Quiero decir, quizá. No es que no quiera. Suena... suena genial. Es solo que no estoy segura de si... pero da igual. Los paseos son buenos.

¿Los paseos son buenos? ¿Pero cómo puedo ser tan pardilla? ¿Qué problema hay en ir a dar un paseo? Total, da igual, porque Jason y yo ya no iremos nunca a dar un paseo ahora que sabe que soy una imbécil total.

—¿Sigues teniendo un diario? — me pregunta.

—No. He pensado en abrirme un *blog*, pero creo que no va mucho conmigo.

—¿Y qué es lo que va contigo?

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo resuelves tus problemas?

—Ah —Hago inventario mental de las cosas que me hacen sentir mejor: usar mis perlas de baño favoritas, investigar sobre cosas relacionadas con el destino, plantar árboles. Aunque, por algún motivo, ninguna de mis técnicas habituales ha surtido efecto últimamente — . La verdad es que no los resuelvo. Mis problemas, quiero decir.

Lo de Jason y las vías es raro. Cuando era pequeña, me fascinaban los trenes: dónde iban, qué cosas habrían visto. Me preguntaba si alguien más los percibiría de esa manera. Hay algo en las vías de tren que me hace sentir en el centro del universo, como si tuviera la capacidad de ir a cualquier sitio. Desde las vías, el mundo parece un lugar lleno de posibilidades. Así que me resulta increíble que, durante todo este tiempo, haya habido alguien ahí fuera que se sintiera igual que yo respecto a ellas.

Y, ahora, ese alguien está justo aquí.

—Todo el mundo tiene sus trucos para afrontar dificultades — dice Jason—. Veamos... ¿Cuándo te cabreas le das puñetazos a la pared?

—No.

—¿No? Entonces... ¿comes helado y ves pelis de chicas? -No.

—¿Estás segura?

-Sí.

—¿Tienes cosquillas?

—¡No! —chillo, porque tengo tantas cosquillas que ni siquiera resulta divertido que me las hagan.

—Vamos a comprobarlo — Jason me hace cosquillas en un costado.

—¡Para! — me río a gritos —. ¡Para!

La puerta del porche se abre de repente.

—Hola — dice Erin.

Jason deja de hacerme cosquillas.

Yo dejo de reírme.

—Ah, hola — dice él —. Solo estábamos hablando.

—¿De qué?

La verdad es que no me acuerdo de qué estábamos hablando. Algo relacionado con diarios y vías de tren y... ¿cómo hemos llegado a las cosquillas?

Erin me mira.

—Pues... de cualquier cosa... — respondo yo.

—¿Qué tal el Twister? — dice Jason.

—Acabado.

Blake se asoma detrás de Erin. La levanta en brazos y la saca al porche.

—¡Bájame! — chilla ella.

—No hasta que admitas que soy el rey de los campeones del Twister de todos los tiempos habidos y por haber.

—De acuerdo.

—Eso no suena demasiado convincente —Blake la levanta más aún.

—¡Sí, sí! ¡Eres el mejor!

—Gracias.

Blake baja a Erin.

—¡Pero has hecho trampas en la mano al amarillo! — grita Erin, echándose a correr mientras Blake la persigue por el porche.

La atrapa y la levanta de nuevo.

—Se está haciendo tarde —le dice Erin a Jason—. Debería irme.

Me lanza una miradita cómplice. El resplandor de sus ojos parece decir: «¿Me cuentas luego lo que te ha dicho?».

Asiento levemente. Ojalá tuviera algo bueno que contarle.

—Sí, de acuerdo —Jason se levanta.

Yo me quedo en la mecedora. Me sorprenden las pocas ganas que tengo de que se marche.

—Entonces... —Jason dice—. Feliz cumpleaños. Gracias por invitarnos. Ha sido divertido.

—Claro. Cuando quieras.

¿Cuándo quieras? ¿De verdad he dicho eso? Suena a invitación para que venga y nos enrollemos o algo así.

Blake se sienta en la mecedora junto a mí después de que se vayan. Estoy completamente obnubilada. Ni siquiera me puedo levantar.

Escuchamos el coche de Jason arrancar en el sendero de grava de la entrada.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Blake.

—Ojalá lo supiera.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué ha pasado mientras estabais fuera?

—Nada.

Estoy segura de que eso es lo que le ha parecido a Jason: que no ha pasado nada. Ojalá yo sintiera lo mismo. Ojalá no tuviera la sensación de

que ha pasado algo.

En clase de Arte estamos haciendo puntillismo. Es una técnica pictórica en la que la imagen creada está formada por puntos pequeñísimos. Lo guay es que los puntos solo se ven si te acercas mucho. Cuando miras el cuadro de lejos, parece que lo hubieran pintado a la manera tradicional. El puntillismo es una técnica muy difícil porque se invierte muchísimo tiempo en hacer todos esos puntitos. Y usar los colores correctos en los lugares adecuados es fundamental. si los colores no combinan, aunque sea en una sección muy pequeña, se estropea el cuadro entero.

Como era de esperar, a Connor se le da genial el puntillismo.

—Se te da bien todo — le digo —. Yo soy un desastre.

—No, no lo eres —responde él, pero solo está tratando de ser amable.

Estoy intentando pintar una escena submarina, pero no funciona. Se supone que mi pez ángel reina debería tener los ojos color amarillo brillante y rayas azul eléctrico en el borde de la aleta y, en cambio, parece que estoy intentado dibujar un huevo frito con beicon azul. Igual lo puedo hacer pasar por puntillismo postmoderno.

—¿Estás seguro de que no soy un desastre? —pregunto.

—Completamente.

—Entonces, ¿qué se supone que es esto?

Deslizo mi obra de arte por la mesa hacia Connor.

Él le da la vuelta al folio y apenas le echa un vistazo antes de deslizarlo de vuelta hacia mí.

—Un pez.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Porque no se te da tan mal como piensas. Tiene buena pinta.

—¿En serio?

—Sí.

Todo el mundo dice que soy demasiado dura conmigo misma. Es parte de ser tauro. Soy muy cabezota: siempre quiero hacer las cosas perfectas y a veces no me doy cuenta de que ya están suficientemente bien.

—¿Qué te parece el mío? — me pregunta Sophie.

Se sienta con Connor y conmigo desde el día que Ryan se metió con ella,

aunque es muy callada.

—¡Está muy bien! — le digo.

—Gracias — sonrío en dirección a la mesa.

A Sophie y Connor se les da esto mucho mejor que a mí. Llevo mezclando azul y rojo durante diez minutos y aún no he conseguido obtener el tono de morado que quiero.

—Quizá no existe —me digo a mí misma en voz alta.

—¿Qué? — pregunta Connor.

—El color que estoy intentando hacer. Quizá no existe.

—Creo que no te sigo.

—Me refiero a que... ¿se han inventado ya todos los colores? ¿O hay colores que todavía no existen?

—Sigo perdido.

—A ver... ¿cómo... cómo se hacen los colores?

—¿Cómo se hacen?

—Sí.

—Pues con combinaciones de pigmentos.

—Bueno, ¿y de dónde salen los pigmentos?

—Creo que surgen de manera natural.

—¿Y por qué surgen de manera natural?

—Mmm...

Odio cuando no puedo sacarme de la cabeza este tipo de preguntas. Me torturan hasta que consigo contestarlas. Lo peor de todo es que, normalmente, no suelen tener respuestas claras. Como, por ejemplo, todo lo relacionado con el destino. ¿Tenemos control sobre él o nuestras vidas suceden como determina la suerte, independientemente de lo que hagamos? Esa es la pregunta que más desearía responder, más que cualquier otra en el mundo. Pero, probablemente, nunca lo consiga.

La profesora Sheptock nos deja salir antes de la hora. A veces lo hace cuando tiene que preparar algún material complicado para la clase avanzada de la hora siguiente. Así que aprovecho para ir a beber agua de la fuente que hay junto a los vestuarios. Me pregunto si Danielle estará por aquí; a esta hora tiene Educación Física.

Justo cuando estoy a punto de marcharme, Danielle sale del gimnasio con un grupo de chicas. Pasan a mi lado envueltas en una nube de bálsamo labial con olor a cereza y desodorante femenino y desaparecen en los vestuarios.

—Hola — me dice —. ¿Habéis salido temprano de Arte otra vez?

—Menos mal. Dos segundos más y hubiera hecho pedacitos mi fracasada obra puntillista.

—Eres demasiado dura contigo misma.

—Solo cuando es verdad.

—Lani... llevo unos días queriendo preguntarte algo.

—¿El qué?

Danielle mira hacia atrás, en dirección al vestuario. No hay nadie cerca.

—Es solo que... — habla en voz muy baja—. Me preguntaba si... si hay algo entre Jason y tú.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué piensas eso?

—Porque te sientas todos los días con él a la hora del almuerzo.

—Pensaba que no te habías enfadado por eso. Ya te lo dije, es solo...

—No estoy enfadada. Es que... es que veo cómo te comportas con él.

Esto es complicado. Podría preguntarle qué quiere decir exactamente con eso. Me muero de ganas de que me lo explique pero, entonces, tendríamos que hablar de ello. Y prefiero que no toquemos el tema.

—Solo somos amigos — digo —. Ya sabes que está con Erin.

—Lo sé.

—Nos llevamos bien, nada más.

Es evidente que Danielle no me cree. Somos buenas amigas. Me conoce. Y, precisamente porque somos amigas y me conoce, lo va a dejar pasar. Así se comportan los buenos amigos: te libran de las conversaciones incómodas.

Cuando pongo rumbo a clase de Literatura en una dirección que probablemente me hará llegar tarde, no es una decisión consciente. Sin razón aparente, algo me impulsa a tomar un camino distinto del que tomo siempre. Es como cuando estás tan acostumbrado a ir de un lugar a otro que ni siquiera te das cuenta de cómo llegas del punto A al punto B. O como cuando, de repente, te das cuenta de que estás en un sitio al que no recuerdas cómo has llegado. A veces me pasan cosas así entre clase y clase. Pero, ahora mismo, tengo la sensación de que debería dirigirme hacia otro pasillo. Y eso hago.

Y, justo al doblar la esquina, me encuentro a Jason.

—Hola — me dice —. Nunca te veo antes de cuarta hora.

—Pues... aquí estoy.

—Guay. ¿Qué tienes ahora?

Mmm. Literatura.

—¿Con la profesora DeFranco?

—No, con la profesora Martin.

—Dicen que es buena.

—Sí, a mí me gusta.

Suena la campana.

—¿Te veo a la hora de comer? —me pregunta Jason.

-Sí.

Los dos hacemos amago de irnos al mismo tiempo. Me choco con él. O él se choca conmigo. Es difícil distinguirlo.

—¡Ay! —digo — , ¡Lo siento!

—No, ha sido mi culpa. Creo que me perdí el capítulo de Barrio Sésamo de «Mira por dónde pisas».

Intentamos retomar nuestros caminos sin chocarnos, pero nos movemos a la vez hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—Vaya —ríe Jason—. Quizá deberíamos decidir quién pasa primero.

—Yo me quedo quieta.

—Pues yo me muevo ahora.

Por fin Jason consigue salir. Yo me quedo donde estoy, procesando lo que acaba de pasar. ¿Qué me ha hecho venir hasta aquí, sabiendo que llegaría tarde a clase? ¿Ha sido la Energía quien se ha apoderado de mi destino? ¿O he sido yo la que controlaba mi propia suerte?

Hoy es uno de esos típicos domingos de primavera. Mi madre está en el jardín, plantando semillas de girasol. Mi padre está en la mecedora, entretenido con un libro de crucigramas. Erin ha venido a casa. Estamos viendo una peli en mi habitación. Es una escena que se ha repetido millones de veces. Solo que hoy es distinta.

Hoy me siento culpable.

A Erin no le importa que Jason y yo nos sentemos juntos a la hora de la comida. Le encanta que seamos amigos. Antes de que nos lo presentara en la pizzería, le preocupaba que no nos cayéramos bien, lo que habría sido fatal para sus planes de que hiciéramos cosas juntos. Así que se siente aliviada de que Blake le haya dado el visto bueno a Jason y de que a mí me guste pasar tiempo con él. Con todo el asunto de las miraditas, no sé si el Círculo de Oro le ha hecho algún comentario. Y, aunque lo hayan hecho, no creo que a Erin se le ocurra tomarse en serio los cotilleos. En la mente de Erin, Jason y yo solo existimos en relación a ella. A veces es así; solo ve lo que quiere ver. Es como si mirara el mundo por un agujerito que le permitiera permanecer ajena a la realidad.

Erin quiere saber qué me ha estado contando Jason de ella, pero la verdad es que Jason nunca habla de Erin. Cada vez que

intento que hablemos de ella, cambia de tema a los tres segundos. Aunque yo tampoco saco el tema tan a menudo como debiera. Y, precisamente por eso, me está costando un poco responder a sus preguntas.

—Pero, ¿qué dijo? — pregunta.

—Nada.

—¿Le preguntaste si le gustaba mi pelo y no dijo nada?

Erin tiene el pelo rubio y ondulado, pero ha empezado a alisárselo hace poco. Se suponía que tenía que averiguar si Jason la prefiere con el pelo liso u ondulado... Supongo que lo habría hecho si se lo hubiera preguntado, claro. Aunque creo que lo hice. Estoy segura de que se lo pregunté. Pero no me acuerdo de qué me contestó.

—Bueno, me dijo que te queda bien — le digo.

—¿Lo prefiere liso a ondulado?

—Creo que le gusta igual de las dos maneras.

—Mmm. Qué raro.

—¿Por qué?

—Porque los chicos suelen tener claro cómo les gustan más las chicas. Normalmente prefieren el pelo liso u ondulado, pero no los dos.

—Supongo que Jason no es tan cuadriculado.

—Es verdad. ¿No es alucinante?

—Totalmente.

Seguimos viendo *Thirteen*, una película de dos amigas adolescentes que tontean con las drogas. Pero no estoy prestando mucha atención; últimamente no soy capaz de concentrarme ni con las actividades más simples. Si me pongo a leer un libro, empiezo a pensar en otra cosa y me paso veinte minutos en la misma página. O me pongo a ver una película y pasa una escena entera sin que pille ni una palabra de lo que han dicho.

—¿Qué es lo que más te gusta de él? — pregunta Erin.

—¿De quién?

—¡De Jason!

—Ah — Creo que no soy la mejor persona a la que preguntarle eso. No sé qué contestar. Quizá porque tengo demasiadas respuestas —. Mmm... Es divertido.

—Muy divertido.

—E inteligente.

—Super inteligente.

Gromit, mi pez ángel reina, me mira desde su rinconcito de coral. Me acerco al acuario y presiono el dedo contra el cristal. Gromit me mira con curiosidad. Cuando deduce que no soy comida, se aleja.

—El año que viene va a ser guay — dice Erin.

—Seguro.

—Deberíamos hacer un viaje en coche.

—Mmm...

—Podríamos conducir hasta Arizona y ver el panel solar más grande del mundo, ese que llevas tanto tiempo queriendo visitar.

—¿Te refieres a la granja eólica del centro solar?

—Sí, como se llame. ¡Sería genial! Nos turnaríamos para conducir y dormiríamos en moteles de carretera. Y, pararíamos a comer en estaciones de servicio. ¡Te encantan las estaciones de servicio!

No me queda más remedio que reírme del entusiasmo de Erin. A veces,

lo único que le importa es divertirse. Su empeño porque todo el mundo se lo pase bien es algo admirable.

—¿Qué más te ha dicho de mí?

—¿Cuándo?

—No sé. Cuando sea. ¿De qué suele hablar?

—Pues...

No sé qué decir. No puedo contarle que en el último almuerzo le estuve enseñando cuadros y gráficos para convencerlo de que reciclara (algo que me prometió que haría, porque lo convertí completamente a la causa, por cierto), ni que me ha enseñado a escribir en código porque, ¿qué pensaría Erin si a ella no le ha enseñado esas cosas? ¿Pensará que tenemos secretos? Erin se pondrá celosa si a mí me ha enseñado algo y a ella no.

—¿Por qué no me lo cuentas? — me pregunta.

—Porque no hay nada que...

—Ay, dios. ¿Te ha dicho algo malo de mí? ¿Por eso no me lo quieres contar?

—¡Que no! ¡Es que no hay nada que contar!

—¿Me lo juras?

—Sí. Si me hubiera contado algo de ti, por supuesto que te lo diría.

—Pero, ¿no debería haberte contado algo a estas alturas? ¿No habláis de mí?

—A veces. Pero pasan más cosas en el mundo, Erin, por si no te habías enterado.

—Sí, llevas razón. Estoy exagerando. Tengo que relajarme.

Cuando estás en medio de una situación así, a veces es difícil darte cuenta de cómo son las cosas en realidad. Erin no ve lo que yo; ella piensa que su destino es estar con Jason, que están construyendo una relación sólida que durará mucho tiempo y que él siente lo mismo por ella. Pero yo lo veo de otra manera; a mí me parece que Jason está pasándose bien con Erin, aunque no va demasiado en serio. No dudo que Erin le guste, pero sí dudo que le guste tanto como Erin querría.

Estoy intentando con todas mis fuerzas ignorar lo que veo.

Hay ciertas verdades que no puedes compartir con tu mejor amiga.

No sé de dónde surge, pero Jason y yo tenemos una conexión más fuerte que ninguna que haya tenido con nadie antes. Cuando estamos juntos, todo encaja. Es tan fácil estar con él... Y, cuando no estoy con él, me muero de ganas de volverlo a ver.

Con él, me siento en casa.

La cuestión es... ¿puedes ser solo amiga de tu alma gemela cuando en realidad quieres ser mucho más?

No hay nada concreto que pueda señalar y decir: «¡Ajá! ¡Por eso somos almas gemelas!». Son un montón de pequeñas cosas en conjunto. Cosas que solo tienen significado para nosotros.

Un día Jason pidió un café a la hora de comer y algo en cómo puso la servilleta debajo de la taza me resultó muy familiar. Es como si me estuviera viendo a mí misma colocando una servilleta debajo de mi taza de café: lo hago exactamente igual. Nunca me había dado cuenta hasta que se lo vi hacer a él.

O, hace unos días, cuando empezamos a hablar abreviando las palabras. Cuando hablas así, no puedes abreviar las palabras como quieras, hay ciertas reglas. No es que sean reglas escritas, ni nada de eso, son cosas que sabes sin haberlas aprendido. Creo que no sabría explicarle a otra persona qué criterios sigo pero, por algún motivo, Jason los aplica igual que yo.

Me estaba quejando de la nota que me habían puesto en el trabajo de Historia cuando Jason dijo:

—Eso es muy *ridi*.

—¿Dónde has aprendido eso?

—¿El qué?

—Lo de «*ridi*».

—No sé. ¿No es cosa de sentido común?

—No, no lo es.

—Bueno, supongo que tengo un talento especial para hablar en abreviaturas.

—¿Sabes hablar en abreviaturas?

—¿Y cómo no iba a saber?

—¡Pensaba que me lo había inventado yo!

—¡Y yo pensaba que me lo había inventado yo!

No tengo ni idea de cómo lo hace. Como ahora mismo: estamos quitándole el glaseado a un trozo de tarta a la vez. Después chocamos los tenedores y decimos «¡Chin-chin!». Pensaba que era la única persona del mundo que brindaba con tenedores, pero... Jason lleva ahí todo este tiempo, tan parecido a mí, y yo sin saberlo.

Bianca se levanta de la mesa del Círculo de Oro. Nos está mirando fijamente. Bianca no reacciona como la gente normal cuando mira fijamente: por lo general, la gente normal aparta la mirada cuando tú también te quedas mirando fijamente. Porque la gente normal tiene ciertos límites de pudor.

Pero Bianca no es normal.

Me doy cuenta inmediatamente de que viene hacia nosotros. Le encanta el cotilleo. Si no hubiera cosas sobre las que cotillear, se las inventaría. Es una reina del drama. No era tan exagerada cuando éramos amigas. No sé cómo Erin puede seguir saliendo con ella.

—Hola, chicos —dice Bianca.

Se queda plantada frente a nuestra mesa, como si venir a hablar con nosotros fuera lo más normal del mundo. Si hubiéramos querido compañía, nos habríamos sentado en una mesa más grande, con más gente.

—Hola — contesta Jason.

Traducción: «¿Por qué narices vienes a molestarnos?».

—Lani —me dice ella—. Me preguntaba si Erin iba a ir de campamento este verano.

Traducción: «Necesitaba una excusa para venir aquí, así que me he inventado esta tontería».

—¿Y por qué no iba a ir? —respondo yo.

Traducción: «Sabes perfectamente que va a ir de campamento porque va absolutamente todos los años así que, ¿por qué lo preguntas?».

—Sí, eso pensaba yo. Es que mi primo quiere ir de campamento a Vermont este año, así que había pensado en hablar de ello con Erin.

Traducción: «¿Por qué os sentáis juntos?».

—Podías habérselo preguntado directamente a Erin —respondo yo.

Traducción: «Lárgate».

—Lo sé, pero se me ha ocurrido que quizá tú lo supieras —replica Bianca —. Bueno... ¡nos vemos!

—¿Qué ha sido eso? — me pregunta Jason.

—Creo que preferirías no saberlo.

¿Por qué la gente no nos puede dejar en paz? Sé que nos observan. Aquí, y en los pasillos, cuando Jason me acompaña entre clase y clase. No tenía ni idea de que fuéramos tan fascinantes.

—Este trabajo de Historia me está matando — me dice Jason.

—¿Sigues trabajando en eso? —Jason lleva quejándose de este trabajo de Historia un montón de tiempo. Desgraciadamente, este año tiene clase con un profesor que parece divertirse mandándole cantidades ingentes de trabajo —. Pensaba que tenías que entregarlo la semana pasada.

—No, todavía tengo dos días.

—¿Cuánto llevas?

—No mucho. Y no voy a tener demasiado tiempo para trabajar porque luego tengo que dar clases en la Escuela Primaria.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—¿Qué haces después de clase?

—No, quería decir que me encantaría ayudarte, pero...

—No, tía, me refiero a que me ayudes a dar clase. ¿Te apetece venir con nosotros?

A veces Jason me habla de los niños a los que da clases particulares. Se nota que le encanta tanto como a Erin pasar tiempo con ellos, ayudarlos a aprender y a mejorar sus vidas. Parece que los niños también lo adoran.

Estoy un poco ida.

—¿Hoy es martes? — pregunto.

-Sí.

—Guay, porque no tengo natación. Y la reunión de One World no es hasta el jueves.

—¿Estás en el equipo de natación?

—No, más bien... recibo clases. En el polideportivo.

—¿Estás yendo a clases de natación?

—Ya, ya sé que suena como si tuviera seis años.

—Yo podría enseñarte.

—¿En serio?

—Claro. En verano trabajo de socorrista.

—No lo sabía.

Nos comemos la tarta.

—Entonces, no tienes clase de natación porque es martes, decías —sigue

Jason.

—Ah, sí perdona. No, después de clase hoy no hago nada.

—Guay. Así puedes venir a dar clases.

La Escuela Primaria está a cinco minutos caminando de aquí. No tengo excusa para no ir... solo que, no quiero que Erin piense que me estoy entrometiendo. Dar clases en Primaria es algo muy suyo.

—¿No voy a estar de sujeta velas? —pregunto.

—Para nada.

—¿Os permiten llevar a gente?

—No sé por qué no iban a permitirlo.

—Quizá debería preguntarle a Erin, para asegurarme de que le parece bien.

—Por mí estupendo.

A Erin también le pareció estupendo que los acompañara. Así que fuimos los tres juntos después del instituto. La Escuela Primaria tiene un aula enorme en la que hacen actividades extraescolares. Los pupitres están distribuidos en parejas y en pequeños grupos. Erin me presenta a algunos de los niños con los que trabaja. Están alrededor de ella, adorándola, parloteando de cinco cosas a la vez.

Jason ha ido a ayudar a un grupo con sus deberes de Ciencias y Erin está dándole clases particulares a una niña. Yo me pongo a leer *Harriet la espía* con una alumna de sexto de Primaria.

Más tarde, Erin nos dice que se le ha ocurrido que podríamos hacer diplomas para los niños que más han mejorado con las tutorías. En el instituto tenemos una ceremonia de entrega de diplomas todos los años a final de curso, pero en la Escuela Primaria no. Así que Jason dice que podemos ir a su casa a preparar los diplomas, si queremos.

Mientras conducimos a casa de Jason, Erin dice:

—¿Te lo has pasado bien?

—Mucho. Es guay que hagáis de tutores para esos niños.

—Los niños son el futuro —dice Erin—. Es nuestra obligación contribuir a que no sea un desastre.

Tan típico de Erin, querer ser parte de todo.

Llegamos a casa de Jason justo cuando él baja de su coche.

Un perro muy mono lo espera dentro de la casa. Es un perro pequeño y rechoncho con el pelaje corto y negro.

Estornuda sonoramente cuando ve a Jason.

—Hola, Phil —dice Jason— ¿Quieres conocer a una nueva amiga?
Es obvio que Erin ya conoce a Phil. Lo acaricia y le hace soniditos de «perrito guapo».

—¿De qué raza es? —pregunto.

—Es un bulldog francés. Muy orgulloso.

Phil tiene los ojos grandes y húmedos. Me mira fijamente con ellos.

—Puedes acariciarlo — me dice Jason.

Le tiendo la mano a Phil para que la huela. El perro me olisquea los dedos.

—Tengo cartulina en mi habitación —dice Jason—, Vamos arriba.

Sube las escaleras de dos en dos delante de nosotras. Lo seguimos mientras Phil corretea con sus patitas entre nuestras piernas.

Lo primero que veo al entrar es el póster. Es un cartel de la edición especial de *El Principito*. Soy una gran coleccionista de cosas de *El Principito*. Mi personaje favorito es el zorro. Yo tengo exactamente el mismo póster en mi habitación desde que tenía cuatro años.

—Tengo el mismo póster — le informo.

—¡No me digas! —responde Jason mientras rebusca en una pila de cosas que hay en su escritorio.

—Colecciono cosas de *El Principito* desde siempre.

—Pues yo desde hace más.

—¿Tu póster es el mismo? — me pregunta Erin.

—Sabes que sí. ¿Por qué no me habías dicho que Jason también lo tenía?

—No me he dado cuenta. Pensaba que eran pósters de *El Principito*, pero distintos.

—Pero si has visto mi póster cien veces. ¿Cómo no te has dado cuenta de que...?

—Una pelotita de pimpón —nos interrumpe Jason.

-¿Qué?

—Me apuesto una pelotita de pimpón a que tengo el póster desde antes que tú.

—¿De cualquier color?

—Sí.

—Trato hecho.

Cerramos el trato dándonos la mano.

—¿Y bien? — le reto.

—Pues tengo este póster...

—¿Sí?

—...desde que tenía cuatro años.

—¡Yo también!

—¡No me digas!

—¿Puedes dejar de decir «no me digas»? —salta Erin. Después, un poco menos bruscamente, añade — : ¿Dónde está la cartulina?

Jason no solo tiene un póster de *El Principito*, sino que tiene exactamente el mismo póster que yo. Y lo tenemos desde hace exactamente el mismo tiempo. Estas cosas no pasan por casualidad.

Jason es mi alma gemela y ha estado siempre en mi vida, sin que me diera cuenta de ello. Hemos ido juntos a clase durante muchos años pero hemos tardado todo ese tiempo en descubrirnos. ¿Será que el destino ha decidido unirnos sirviéndose de Erin para ello? ¿O nos habríamos encontrado de todas maneras?

Como si eso importara... Porque esto no es solamente algo entre él y yo. Y esa es precisamente la razón por la que tengo que ignorarlo, aunque esté convencida de que nunca en la vida volverá a pasarme algo tan intenso.

Tengo mucho hipo. Y no se me pasa.

—Parece grave — dice Jason.

Nos hemos encontrado enfrente de mi taquilla después de la clase de Literatura, así que vamos juntos a la cafetería. Pasamos al lado de la taquilla de Bianca y la dejamos atrás, aunque aprovecha para clavarme su mirada láser. Reprimo las ganas inmensas que tengo de estamparle la cara contra la pared.

—Pues sí que parece — digo yo — grave.

—¿Cuánto tiempo llevas con hipo?

—Diez minutos. Por lo menos.

—Sé qué necesitas.

—¿El qué?

—Eso — dice Jason — te será revelado en breves momentos.

Llevamos nuestros almuerzos a la mesa. Jason sigue sin contarme su remedio. Mi hipo empeora, si es que eso es posible.

—Oye — dice Jason —, ¿has bebido de esta agua antes de empezar a tener hipo?

Levanta su botella. Tiene un iceberg en la etiqueta.

—¿Qué tipo de agua es esa?

—Es agua de iceberg, también conocida como Frescor de Agua Helada. ¿Nunca la has probado?

—No.

—Vale. Entonces no ha sido el agua. Esta marca está relacionada con daños permanentes por hipo. No la bebas nunca.

—Pero si tú la estás bebiendo...

—Sí, pero yo no tengo hipo. Además, no tiene una buena combinación color/ forma/ sabor.

—*Hip.*

—Sí, a mí también me decepcionó un poco. Pero sabe a rombo naranja, y eso no está bien.

Lo que más miedo da de todo esto es que sé exactamente de qué está hablando. Yo también describo los sabores del agua con colores y formas.

Por ejemplo: Primavera Polar es un círculo rojo, aunque me cuesta explicar por qué. Supongo que me viene a la mente un círculo porque el sabor es pleno, redondo. Y el color rojo... No sé por qué se me ocurre eso.

—Evian es un triángulo azul —le informo.

—Sí pero, ¿qué tono de azul?

—Pues azul celeste.

—¿No te resulta increíble que haya gente que no sepa eso?

—La verdad es que sí.

—¿Y Fiji qué es?

—La isla en la que Chuck Noland pasó varado cuatro años.

—¿Quién es Chuck Noland?

—El personaje que hacía Tom Hanks en *Náufrago*.

—Tienes una memoria impresionante —dice Jason—. Primero me sorprendes acordándote de mis circunferencias de Álgebra y ahora me dejas boquiabierto con esto.

—Me gusta retener información.

—¡Eh! ¡Se te ha pasado el hipo!

Lo compruebo. Pasan diez segundos sin que tenga hipo y no parece que haya riesgo de que vaya a volver.

—Por fin — digo yo.

—Y eso que dudabas de mi técnica.

—Nunca he dudado de tu técnica.

—¿Estás segura? Porque yo pensaba que...

—¡Hola, Lani! —me dice Connor, que aparece de repente junto a nuestra mesa.

Es raro, porque no suele almorzar a la misma hora que nosotros.

—¡Connor! —respondo —, ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pausa de emergencia para el aperitivo. Estoy seguro de que a la profesora Lidell no le importará.

—¿No sabe que has salido?

—Sí, pero le he dicho que iba al baño. Creo que se mostrará comprensiva si me tomo un momento para comer un trocito de tarta, ¿eh?

—Claro que sí —respondo —. Chicos, ¿os conocéis?

—Hola, tío —dice Jason—. ¿No teníamos Educación Física juntos el año pasado?

—Creo que sí —Connor inspecciona a Jason—. ¿Eres Jason, verdad?

-Sí.

—Yo soy Connor.

—De Canadá.

—Veo que has oído hablar de mí.

—Creo que todo el mundo sabe que eres canadiense, Connor —digo.

—¿Tan evidente es?

—Bueno...

—Jolín. Intentas encajar y, aun así, te etiquetan. ¿Alguien quiere un Coffee Crisp?

—¿Eh?

—Perdonad. Era un chiste canadiense. Ya me voy.

Al día siguiente, en clase de Arte, mientras estoy buscando el pegamento transparente en las estanterías, Connor se acerca a mí. Está claro que quiere decirme algo, pero se limita a quedarse ahí de pie.

—¿Sí? —digo yo.

—¿Qué? Nada, no he dicho nada — se disculpa.

—Sí, pero ibas a hacerlo.

—No, solo estaba buscando...

—¿El qué?

—Papel milimétrico.

—¿No está donde el resto de los papeles?

—Ah, sí. Supongo que debería de haber mirado ahí primero.

—¿Estás bien?

Nunca había visto a Connor así de nervioso.

—Nunca he estado mejor. Bueno, quizá haya tomado demasiado azúcar en el desayuno.

—¿En serio? — Sigo buscando el pegamento transparente —. ¿Qué has tomado?

—Mmm... Pastelillos.

—Pensaba que no los comías.

—¡Y bien que hacía! Debería haber aprendido a mantenerme alejado de ellos desde mi último subidón de azúcar.

Acto seguido, Connor se va a buscar su papel milimétrico.

Por fin encuentro una botella de pegamento transparente bajo una pila de fieltro. Sophie está trabajando en una especie de escultura de lápices en nuestra mesa. No le gusta hablar mientras trabaja, así que decido que será mejor preguntarle qué es cuando termine la clase.

Inspecciono los carteles que hicimos ayer en One World para

concienciar a la gente de que reduzca su huella de carbono o, lo que es lo mismo, sus emisiones de carbono a la atmósfera. Hoy tenemos clase libre, así que podemos hacer lo que queramos mientras esté relacionado con el arte. La profesora Sheptock ha accedido a que termine los carteles de la asociación siempre y cuando haga algo creativo con ellos. Estoy pensando en usar lentejuelas para rodear la cenefa de huellas con la que hemos decorado la parte baja de cada cartel.

Connor se sienta enfrente de mí con su papel milimétrico.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunto.

—Todavía no lo sé. Me han entrado muchas ganas de hacer algo en cuadrículas. Quizá dibuje algo de *anime*.

—Pensaba que no te gustaba el *anime*.

—Está empezando a gustarme.

Rodeo una de las huellas con pegamento y, después, con mucho cuidado, pego una fila de lentejuelas negras alrededor. Noto que Connor me mira.

—¿Estás bloqueado? —pregunto.

—Estoy pensando que serías una buena modelo de *anime* —dice Connor—. Quiero decir, que me inspira mirarte.

Pongo los ojos en blanco.

—Estás loco.

No tenía ni idea de que Connor pensara que soy guapa. Nunca antes me lo había dicho.

—¿Te importa si te hago un boceto?

—Para nada, siempre que pueda seguir pegando mis lentejuelas.

Sophie saca una botella de Primavera Polar de su mochila.

—Círculo rojo —le digo.

-¿Eh?

Señalo la botella de agua.

—Primavera Polar. Sabe a círculo rojo, ¿no?

Sophie se me queda mirando como si estuviera hablando en otro idioma.

—¿Eh? —repito.

—No... nada... Es que, estoy pensando en veinte cosas a la vez.

Sophie vuelve a sumergirse en su escultura de lápices.

Todo me hace pensar en Jason. Conectamos de una manera que parece irreal. Llevo deseando tanto tiempo que alguien como él aparezca en mi vida... Esta es mi oportunidad de experimentar qué se siente al estar enamorada. ¿Cómo puedo seguir luchando contra ello?

Podría pasarme la vida entera preguntándome si Jason siente lo mismo que yo.

Pero solo hay una manera de asegurarme.

He tardado una semana en reunir el valor suficiente para hacer esto. La mayor parte del tiempo no he podido concentrarme en nada más. Me he pasado los días pensando qué decir y completamente aterrorizada por lo que pudiera pasar. Evitar a Erin ha sido difícil, pero no podía seguir quedando con ella mientras planeaba cómo hablar con Jason. Le dije que creía que estaba incubando algo y que no tenía muchas ganas de salir. Después me recordé a mí misma que no podía hacerle esto, así que decidí no decirle nada a Jason.

Pero, el lunes, mi horóscopo decía que si me arriesgaba a hacer algo que normalmente no me atrevería hacer, la recompensa sería inmensa. La Bola Mágica concordaba.

Así que voy a hacerlo. Voy a preguntarle a Jason si le gusta. No tengo ni idea de qué hacer si la respuesta es sí, pero necesito saberlo.

Jason piensa que nos hemos topado por casualidad; no tiene ni idea de que me he colocado estratégicamente en esta zona del pasillo, junto al aula donde tiene su última clase. Hoy está pictórico.

—Estás de muy buen humor — le digo.

—Pues sí.

—¿Porque sí o por algo en particular?

—No, es que he empezado otra vez a trabajar de socorrista el fin de semana del Memorial Day. Me encanta volver a la piscina.

—Mola.

—La verdad es que sí. Oye, podemos...

—¡Eh! ¡Jota! — Greg viene hacia nosotros y choca los puños con Jason —. ¿Dónde te habías metido?

—En ningún sitio.

—¿Vas a ir a casa de Kaminsky?

—¿Para la fiesta?

—Va a ser mortal. Sus padres están fuera toda la semana.

Greg me está ignorando por completo. No sé si sabe que Erin me estaba intentando liar con él pero, desde que conseguí convencerla de que eso no iba a pasar, es como si no existiera para él. Aunque así es

exactamente como el resto de los miembros del Círculo de Oro me trata ahora, así que no me sorprende demasiado.

—Sí, me lo ha comentado Erin —responde Jason—. Quizá vayamos.

—¿Quizá vayáis? —Greg parece incrédulo —, ¿Cómo que quizá?

Jason me mira. Greg no se da cuenta. O hace como que no se da cuenta.

—Te veré allí — dice Jason.

Está claro que Jason solo está intentando deshacerse de Greg.

—Plasta luego —replica Greg.

Por supuesto, no se despide de mí, ni nada por el estilo.

—¿Te puedes creer que...? —digo yo.

—¿Podemos...? —dice Jason exactamente al mismo tiempo que yo.

—Tú primero —le digo.

—¿Puedo hablar contigo?

-Sí.

—Pero aquí no.

Jason empuja el manillar de la puerta del aula más cercana. No está cerrada con llave, así que entramos y la cerramos.

Se me ponen los nervios de punta, porque soy consciente de que estamos solos.

—Un poco de luz no estaría mal — digo.

—¿De verdad? Justo estaba pensando que esta luz es muy agradable.

Hoy está nublado y las ventanas del instituto están orientadas al este, así que estamos en penumbra. En realidad, es como si estuviéramos a la luz de la luna, lo que es bastante guay.

—Tienes razón —asiento—. No sé en qué estaba pensando.

Jason sonrío con esa sonrisa suya que tanto me gusta. Esa con la que se le iluminan los ojos, como si tuviéramos un secreto. Es el momento perfecto para preguntárselo. Pero, antes, quiero saber qué quiere. Nunca antes me había invitado a entrar en un aula vacía.

Su sonrisa se desvanece lentamente. Sus ojos pasan de color verde aguamarina a verde profundidades oceánicas.

Me cuesta mucho respirar cuando me mira así.

—Bueno... — empieza a decir Jason—. Pues... que me gustas.

—Ah, gracias.

—No, quiero decir que... que me gustas de verdad.

Ay, dios.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? — le espeto.

—Porque pensaba que estabas saliendo con Blake, ¿no te acuerdas?

—Pero, ¿por qué?

—¿Te acuerdas del día que fuimos a la pizzería?

—Sí...

—Pensé que estabais juntos.

—¿Por qué?

—Por cómo os comportabais. Por cómo te rodeaba los hombros con el brazo y esas cosas.

—¡Pero si Blake es gay! — grito.

Inmediatamente después, me doy un tortazo en la cara.

Demasiado tarde.

Acabo de contar el único secreto que había prometido no contar a nadie en el mundo.

—Por favor, no se lo digas a nadie.

Entro en pánico. Miro a mi alrededor para asegurarme de que aquí solo estamos nosotros dos.

—No lo haré.

—No, no lo entiendes. Nadie puede saber lo de Blake. Nadie.

—No te preocupes. Lo entiendo.

—Su padre lo mataría. En serio.

—Lani, no te preocupes. No se lo voy a decir a nadie.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Entonces... ¿no me dijiste nada porque pensabas que Blake era mi novio?

—Sí. Erin me contó que eráis sus amigos y yo di por hecho que estabais juntos. Bueno, nunca se lo llegué a preguntar, pero ella tampoco me dijo que no lo estuvierais. Y... también se lo había oído decir a otra gente.

—¿A quién?

—A la gente — Se encoge de hombros —. Por ahí.

—Pero me preguntaste si estábamos saliendo y te dije que no.

—Pero entonces...

—...ya estabas con Erin.

—Justo.

No me puedo creer que me acabe de decir que le gusto justo cuando yo estaba a punto de decirle lo mismo. Aunque, a estas alturas, debería de estar acostumbrada a estas coincidencias.

—Tú... ¿tú sientes lo mismo?

Ha llegado el momento. No puedo negar mis sentimientos y pretender que sigamos siendo amigos. Puedo intentar que las cosas sigan como hasta ahora. Puedo intentar que Erin no me odie por haberme enamorado de su novio.

Pero está claro que no puedo. Ahora todo será distinto. Mi destino ha sido decidido.

—Sí —digo—. Tú también me gustas.

—¿En serio?

Se le pone la sonrisa más grande del mundo.

—¿No te habías dado cuenta?

—No estaba seguro. Pensaba que igual sí, pero no sabía si me lo estaba imaginando. No era capaz de discernir cuánto era real y cuánto de lo que estaba pasando era solo lo que yo quería ver, ¿me entiendes?

—¡Claro! ¡Te entiendo perfectamente! ¡Yo me sentía igual!

Todo este tiempo le he gustado. Pero esa certeza estaba en mi interior, enterrada bajo un montón de inseguridades. El corazón siempre lleva razón, aunque a veces sea difícil de admitir. No se puede negar la verdad eternamente.

Jason me retira un mechón de pelo de la cara, echándome el flequillo a un lado.

Me echo hacia atrás.

—No —le digo.

—¿Qué pasa?

Si me aparta el flequillo, verá la cicatriz. Y no se me ocurre nada más desagradable que se le pueda mostrar a un novio en potencia.

Espera un momento. Pero, ¿qué estoy pensando? ¿Novio en potencia? ¿Estoy loca?

Una cosa es admitir cómo me siento, pero llevarlo al siguiente nivel es completamente distinto.

Jason parece confundido, como si quisiera saber qué ha hecho mal.

—Es que tengo una... cicatriz en la frente. Del accidente.

—¿Puedo verla?

—¡No! ¡Es horrible!

—Ah. ¿Puedo verla de todas maneras?

—¿Por qué?

—Porque quiero verte la cara completa.

No puedo creer que quiera ver mi cicatriz. Y tampoco puedo creer que yo esté dejándole que me aparte el flequillo para que lo haga. Pero no parece que le dé asco, ni nada. Ni siquiera le cambia la cara.

Me alejo de él y sacudo la cabeza para que el flequillo vuelva a su sitio.

—Te avisé.

—Bueno, pues te equivocabas. Esa cicatriz tiene carácter. Te da un aire de rockera.

—Pues yo la odio.

—Pero si eres preciosa.

Esto es demasiado. Jason piensa que soy preciosa. Aunque tenga la cara partida en dos, lo sigue pensando.

Quiero contárselo todo. Lo que siento y lo que pienso, pero no puedo. Esto es un asco. Es un asco que Erin y yo nos estemos enamorando de él cuando él solo se está enamorando de una de nosotras.

Jason está muy cerca de mí. Está claro que va a besarme. Y lo único que quiero es devolverle el beso.

Segunda parte

junio-agosto

«Normalmente, las personas se encuentran
con su destino en el camino que tomaron para evitarlo.»

Jean de La Fontaine

«Algún día tendrás que arriesgarte con algo, Pam.»

Jim Halpert, *The Office*

¿Cómo puedo estar, haciéndole esto? Ella me salvó la vida.

El verano que Erin y yo cumplimos diez años, su madre nos fue a recoger el último día al campamento de las girlscouts para llevarnos en coche de vuelta a casa. Ese día se había desatado una tormenta terrible. Afortunadamente, desmontamos las tiendas y lo empacamos todo antes de que empezaran a caer chuzos de punta.

El viaje fue terrorífico. Apenas se veía nada por las ventanillas. Los limpiaparabrisas habían quedado prácticamente invisibles. La lluvia los golpeaba violentamente y parecían incapaces de apartar las pesadas cortinas de agua que cubrían la luna.

Estábamos casi en casa cuando la madre de Erin se inclinó hacia delante, hasta casi tocar el parabrisas.

— No veo la carretera — dijo.

Me eché a llorar. Erin me dijo que no me preocupara. Que pronto estaríamos en casa.

—Voy a intentar avanzar —dijo su madre — . No podemos esperar a que pase la tormenta.

Dar al intermitente fue inútil. No teníamos ni idea de si había coches delante o detrás de nosotros. Miraras a donde miraras, solamente se veía un enorme muro de agua. A veces se avistaba el resplandor borroso de una luz, pero solo durante unos segundos.

La madre de Erin quería llevarnos al arcén, pero ninguna de las tres éramos capaces de orientarnos. De repente, noté que nos arrastrábamos. Pensé que habíamos chocado con el coche de enfrente, pero seguíamos moviéndonos, aunque no era un movimiento típico de la conducción. Parecía como si nos estuviéramos tambaleando.

—¡Dios mío! —chilló Erin—, ¡Estamos en el lago! ¡Abre la puerta, Lani!

Intenté abrir mi puerta. Empujé y empujé, pero no se abría. Erin tampoco conseguía abrir la suya. La madre de Erin no decía nada. Estaba inclinada hacia delante, aferrando con fuerza el volante. Tampoco se movía.

—¿Mamá? — dijo Erin. Le dio un golpecito en la espalda —. ¡¿Mamá?!

El coche se balanceaba de adelante atrás. El morro empezó a inclinarse peligrosamente. Un extraño ruido sibilante nos rodeaba.

—¡Inténtalo con la ventanilla! — me chilló Erin.

Parecía como si me hablara desde muy lejos, aunque estaba sentada a mi lado.

Presionamos los botones de apertura de las ventanillas. No pasó nada.

El morro del coche se inclinó un poco más.

Lo siguiente que recuerdo es que el coche se empezó a llenar de agua. El salpicadero estaba casi completamente sumergido.

—Nos estamos ahogando — dije.

Las palabras salían de mi boca con dificultad. Yo lloraba con todas mis fuerzas.

Erin intentó apartar a su madre del asiento delantero, pero no podía. Lo único que pudo hacer fue echarla hacia atrás para apoyarla contra la ventanilla. Tenía el regazo completamente sumergido. La parte delantera estaba llenándose de agua cada vez más. Como el coche estaba inclinado hacia delante, en la parte trasera había menos agua.

—¡Mamá! —gritó Erin—. ¡Despierta!

La madre de Erin no se movía.

—¡Vamos! — me ordenó Erin—. ¡Ven a la parte de atrás!

Me desabroché el cinturón de seguridad y trepé por el respaldo del asiento para llegar a la parte trasera. El coche se tambaleó hacia delante. La barra metálica del reposacabezas me golpeó en la frente.

No soy capaz de recordar qué pasó después. Lo único que sé es que Erin y yo estuvimos encogidas en el asiento trasero durante lo que me parecieron millones de años. Cada vez más agua se vertía sobre nosotras. El morro del coche estaba sumergido prácticamente por completo. A la madre de Erin le llegaba el agua al cuello. Pero en el asiento trasero había espacio todavía para respirar. Erin me dijo que mantuviera la cabeza fuera del agua.

Me concentré en ella.

Me concentré en respirar.

Encontraron el coche bastante poco después de que cayera al lago. A mí me pareció que habían pasado mil años, pero mis padres me aseguraron que había estado sumergido menos de media hora. Alguien nos vio caer y llamó al 911. Así que salimos bien de aquello. La madre de Erin también se recuperó, pero no recobró la consciencia hasta que llegó al hospital.

No sé quién nos vio. Tuvo que ser cosa del destino. Nuestras vidas fueron salvadas por alguna razón.

Este tipo de noticias corren como la pólvora en las ciudades pequeñas. Todo el mundo se enteró del accidente. Empezaron a circular un montón de rumores relacionados con nosotras. Hubo tantas versiones distintas de lo que pasó ese día que tuve que revivirlo solo para poder estar segura de cómo había sucedido en realidad. Tenía pesadillas todas las noches. A veces aún las tengo.

Cuando volvimos al colegio, todo el mundo se mostró super amable. Niñas que nunca nos habían hablado empezaron a compartir sus golosinas con nosotras y a regalarnos pegatinas. Una chica hasta nos hizo unas pulseras de amistad que llevamos durante todo el resto del curso. Los profesores nos daban un trato preferente. En clase de Sociales me dejaron repartir las hojas de tareas dos días seguidos y nadie se quejó. Hasta los chicos dejaron de chincharnos durante un tiempo.

Son las típicas cosas que pasan cuando estás a punto de morir, pero no lo haces.

A pesar de que los detalles del accidente resultan borrosos para la mayor parte de la gente, todo el mundo recuerda que Erin y yo estábamos juntas. Dan por sentado que seremos mejores amigas para siempre. Porque, ¿cómo puedes compartir la experiencia más intensa de tu vida con alguien y no convertirte en su amiga del alma por siempre jamás?

Si Erin no me hubiera dicho que lo hiciera, no creo que se me hubiera ocurrido moverme al asiento trasero del coche ese día. Estaba tan aterrorizada ante la idea de morir que lo único que fui capaz de hacer fue quedarme ahí sentada y llorar. El miedo me paralizó. Pero Erin se aseguró de que me moviera. Se aseguró de que mantuviera la cabeza fuera del agua. Me mantuvo viva.

Todo eso le debo.

Le debo la vida.

Cuando el autocar, que lleva al campamento arranca en el aparcamiento del polideportivo, una nube de grava se eleva en el aire. Se me pega a la piel sudorosa y se me mete en los ojos.

Estamos en plena ola de calor. Se supone que hoy va a hacer casi cuarenta y tres grados. Para terminarlo de arreglar, hay un montón de humedad.

No quiero estar aquí.

Erin quería que Jason y yo viniéramos a despedirla. Así que Jason nos ha traído en coche para que Erin llegue a tiempo al autocar que la lleva al campamento de verano. Erin está pavoneándose porque este año va en calidad de monitora en prácticas.

Va a estar en Vermont dos meses.

Mientras Jason y yo nos quedamos aquí.

Solos.

Los padres han venido a dejar a sus hijos. Los niños arrastran mochilas abultadísimas por la grava. El polvo húmedo lo rodea todo.

—Espero que el autocar tenga aire acondicionado — le digo a Erin.

—Yo también —responde ella—. Hace un calor terrorífico.

Jason se acerca y me arranca un trocito de grava del brazo.

Me entra el pánico. No creo que se haya dado cuenta de lo que acaba de hacer. Está ahí, de pie, dándole la mano a Erin, entrecerrando los ojos porque el sol le da de frente. Quitarle un trozo de grava del brazo a alguien es una cosa completamente normal que un buen amigo haría sin ni siquiera pensarlo. Solo que, entre nosotros, las cosas no son tan sencillas. Cada vez que Jason hace algo así mientras Erin está cerca, me da terror que ella se dé cuenta.

Tuve muchísimas ganas de besar a Jason el día que me dijo que le gustaba. Nunca en mi vida había querido nada con tanta intensidad. Pero, evidentemente, no lo besé. Nunca habría sido capaz de volver a mirar a Erin a los ojos si lo hubiera hecho. Es una broma del destino que ella esté con el chico con el que yo quiero estar. O quizá el destino nos haya confundido y haya intercambiado nuestras suertes.

No besar a Jason aquel día fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Nos limitamos a quedarnos en silencio, mirándonos a los ojos durante un rato larguísimo. Luego se acercó, como si fuera a besarme, pero yo me aparté. Le dije que no podía hacerle eso a Erin. Una buena persona no se enrolla con el novio de su mejor amiga. Ni aunque rompa con ella. No quiero hacerle pasar por eso, así que ni siquiera tiene sentido pensar en ello. Tengo que apartar esos pensamientos de mi mente y mantenerlos en el presente.

Esta es una situación de mierda, imposible y sin remedio.

En un intento desesperado por desviar la atención del hecho de que Jason me acaba de tocar, estiro los brazos y grito en voz demasiado alta:

— ¡Ya lo sé! ¡Es absurdo! ¡Mira cuánto polvo!

Erin también tiene los ojos entrecerrados. Pero no por el sol: me está mirando directamente a mí.

Porque lo sabe.

Espera un momento. ¿Cómo puede saberlo? No hay nada que saber.

Tengo que mantener mis paranoias bajo control.

—Bueno, chicos — Erin deja su mochila en el suelo. Le da unas cuantas vueltas a uno de sus anillos —, ya está: la próxima vez que nos veamos, seremos oficialmente estudiantes de último curso.

—Para eso falta mucho —replica Jason.

Aún le está sosteniendo la mano.

Erin lo besa.

Yo miro a otra parte, restregando una de mis chanclas contra la grava.

—No te olvides de escribir —dice Jason.

—¡Más vale que no te olvides tú! — Erin agita el brazo. Ya nos ha dejado claro que escribir es obligatorio. Los móviles y los portátiles están prohibidos en el campamento —. Os lo juro: si no me llegan por lo menos dos cartas a la semana, volveré y os mataré.

—¡Dos cartas a la semana! —Jason finge que se muere en broma —. ¡Con eso ya me estás matando!

—Oh, sí, claro — dice Erin—. Ni que fuera para tanto.

—Los chicos no tenemos tantas cosas que decir —le informa Jason—, Estoy seguro de que Lani te escribirá sin parar.

—Por supuesto —prometo.

Es lo menos que puedo hacer.

Los niños empiezan a montarse en el autocar. Un gruñido surge de la

multitud. Alguien acaba de descubrir que no tiene aire acondicionado y que el viaje dura tres horas.

—Ánimo con eso —le dice Jason a Erin mientras le da un abrazo.

Después, la abrazo yo.

—Te voy a echar de menos.

—Yo también —Erin recoge su mochila. Después nos saluda con un gesto de participante a un concurso de belleza — , Portaos bien.

La observamos mientras busca asiento. Contemplamos cómo el autocar arranca. Nos quedamos allí hasta que desaparece por completo.

Erin parece tan emocionada... Como si pensara que, cuando vuelva, todo seguirá exactamente igual que lo dejó.

Como si nada fuera a cambiar mientras esté fuera.

—¿Cómo se las apaña para acertar siempre? —se maravilla Blake.

— ¡Eso mismo digo yo! — exclamo —. ¡Es lo que he intentado decirte todo este tiempo!

Blake está enganchadísimo al horóscopo semanal. Hasta hemos establecido un nuevo ritual para el verano. Blake viene a mi casa todos los lunes y lo leemos juntos. Aunque interpretarlo puede ser un poco complicado ahora que no tenemos el instituto como marco de referencia.

En el lugar donde vivimos, si quisieras, podrías evitar ver a alguien durante todo el verano. El panorama puede ser bastante desolador a no ser que hagas un esfuerzo por relacionarte con la gente. Las únicas personas que probablemente vería durante estos meses serían mis padres, Blake, Danielle y los compañeros de mi trabajo de verano. Dejé de ir a clases de natación cuando terminó el instituto. Tuve una pequeña crisis nerviosa durante la última clase y tomé la determinación de dejarlo. Así que, últimamente, he estado bastante aislada. Lo que, en principio, es algo positivo.

Vivimos en terreno agrícola. No es que vivamos en granjas, ni nada de eso. Bueno, los padres de algunos chicos del instituto son granjeros, pero viven en casas normales. A Nueva Jersey se le apoda el Estado Jardín por la cantidad de granjas que tiene. Hay un montón de mercadillos donde se vende verdura y fruta fresca y hay huertos públicos donde se cultivan calabazas y frutas silvestres. Este verano voy a trabajar a tiempo parcial en la plantación de frutas del bosque de Bear Creek, junto a Dark Moon Road. Cultivan todo tipo de frambuesas. Ni siquiera sabía que había más de una variedad antes de empezar a trabajar allí el verano pasado. Mi trabajo consiste en ayudar a los clientes que vienen a recolectar su propia fruta. A veces, también recolecto frutas del bosque para los dueños de la plantación. Es guay, porque puedo venir en bici. Solo conduzco si es absolutamente necesario. Detesto mandar a la atmósfera más contaminación y, además, desperdiciar toda esa energía no renovable me da ganas de llorar.

—Esto del horóscopo debe de ser cosa de magia — dice Blake.

—O del destino.

—Ah, claro. ¿No es el destino el motivo por el que siempre sabe qué escribir?

—Empiezas a comprenderlo.

—Mmm... —Blake se desliza hacia el otro lado del sofá.

Allí está más cerca del ventilador del techo y hace como medio grado menos que donde estoy yo. Como de costumbre, nuestro sistema de aire central se reduce a una débil ráfaga de aire que no está suficientemente frío.

—¿Cómo se supone que vamos a jugar ahora? — digo yo.

—Aún llego.

Hay quien puede pensar que soy una fracasada por esconderme en el salón de mi casa jugando a las cartas en un maravilloso día de verano, pero no es verdad. Así evito la tentación de hacer otras cosas. Cosas que pueden ser potencialmente dañinas.

—¿Cómo te va en la plantación de frambuesas? —me pregunta Blake.

—Ah, bueno. En auge, como siempre.

—¿Cuál es esa variedad de frambuesas... mis favoritas?

—Las Taylor.

—¡Esas! ¿Cuándo me vas a traer algunas?

—No se colectan hasta agosto.

—Qué mal.

—¿Y tú cuándo me vas a traer tu primera creación profesional?

—Paciencia, cariño, paciencia.

Blake está haciendo prácticas en el taller de un artista de vidrio. Empezó a interesarse por el soplado hace unos meses. Vio unas esculturas alucinantes en una tienda de regalos de la ciudad e investigó de dónde venían. Y resultó que las habían hecho verdaderos sopladores de vidrio en una ciudad a un par de pueblos de la nuestra. Blake está encantado con la idea de que le enseñen sus técnicas, pero su padre está bastante menos emocionado. Él preferiría que Blake se buscara un trabajo pagado y empezara a cobrar dinero, aunque solo fuera para cubrir sus gastos. Tuvieron una discusión horrible al respecto. Yo estaba convencida de que el padre de Blake iba a obligarlo a trabajar en una hamburguesería de la cadena Big Guy, pero al final consiguió que le dejara hacer las prácticas. Lo más triste de todo es que haya tenido que convencerlo.

—¿Tu padre sigue refunfuñando? —pregunto.

—Bueno, sí, refunfuña, pero no pasa nada. Imagínate cómo sería si, además de saber que estoy ingresando cero dólares en el banco, se enterara de que soy gay.

Ojalá hubiera un modo de que Blake pudiera contarle a su padre quién es realmente. Las cosas no deberían de ser así.

Después de que Blake me gane a las cartas, barajo los naipes para echar otra partida.

—¿Pretendes esconderte aquí todo el verano o qué? — me dice.

—Estoy saliendo. Voy a trabajar, ¿no?

—¿Y qué me dices de salir a divertirme?

—Me estoy divirtiendo contigo.

—Lo estás evitando.

—¿A quién?

Blake se recuesta en el sofá y se queda mirando cómo el ventilador da vueltas.

—Ya sabes a quien.

—No, no lo sé.

—A ver: mide uno setenta y cinco, tiene el pelo castaño claro, ojos azul verdoso, es socorrista, monísimo y su nombre rima con Masón.

—¿Crees que estoy evitando a Jason?

—Mmm...

—Porque no lo estoy haciendo.

—No, claro que no. Solo estás aquí... encerrada. Conmigo. Porque es super divertido.

—Sabes que me encanta pasar tiempo contigo.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que quizá estés enamorada de él? Dejo de barajar.

—Da igual.

—Por supuesto que no da igual. Es tu vida. Deberías luchar por lo que sientes.

—¿Y qué sentido tendría eso? Es el novio de mi mejor amiga, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero... ¿desde cuándo se puede controlar el amor? Tiene razón. No eliges de quién te enamoras. Blake lo sabe

mejor que nadie. El amor no es lógico, ni siquiera es una elección. El amor nos elige.

Después de cenar, ayudo a mi madre a poner el lavavajillas. Mi padre

está roncando en el sofá, con un libro de crucigramas abierto sobre el pecho.

—¿Mamá? —le digo.

—¿El trapo está demasiado húmedo? Hay otro en...

No, está bien. Quería preguntarte una cosa sobre papá.

Levanta un plato.

—¿El qué?

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que... que sois muy diferentes? Quiero decir, para que las cosas funcionen entre vosotros.

—Interesante cuestión.

Probablemente se esté preguntando de dónde viene. Evidentemente, no se lo puedo decir. ¿Qué se supone que debería contarle? ¿Que tengo más cosas en común con Jason que Erin y que debería estar conmigo en vez de con ella? ¿O que no entiendo por qué están juntos si no tienen nada en común?

—Bueno — empieza a decir mi madre—, tener algunas diferencias es muy importante en una relación. Creo que no es sano que dos personas pasen todo su tiempo juntas. Dicho eso, creo que es fundamental que la pareja comparta algunos intereses. Las cosas que tienen en común son las que hacen que dos personas conecten.

—Pero, ¿vosotros no tenéis más diferencias que cosas en común?

—Quizá. Pero unas cuantas cosas en común son más importantes que muchas pequeñas diferencias. Supongo que tienes que pensar en lo que es más importante para ti. Si esas cosas también son las más importantes para la persona con la que estás, entonces tienes las bases de una relación fuerte. Las cosas pequeñas no son tan importantes — Mi madre mira a mi padre, que sigue roncando en el sofá—. Sé que parece que no siempre estamos en el mismo punto, pero no tienes de qué preocuparte. Tu padre y yo aún estamos enamorados.

—Eh... no...

—Eso no va a cambiar.

Parece que mi madre piensa que le he preguntado esto porque tengo miedo de que se vayan a divorciar o algo así. Si pudiera, le explicaría que en realidad no estaba preguntando por ellos. Pero, entonces, querrá saber el porqué de este interrogatorio y, entonces, ¿qué podría decirle?

No sé si Erin y Jason tienen suficientes cosas importantes en común que los unan. Lo único que sé es que Jason y yo conectamos a tantos niveles

que es como un plano de existencia completamente distinto. Tenemos un vínculo que mis padres ni siquiera alcanzarían a imaginar. O quizá sí que puedan imaginarlo, pero nunca serán capaces de alcanzarlo.

Si la vidente tenía razón, habrá más de un gran amor en mi vida. Eso significa que tendré otra oportunidad. Pero, ¿es esa una buena razón para tirar mi primer gran amor a la basura?

Os voy a contar la razón por la que mi trabajo de verano mola muchísimo: me encantan las frutas del bosque. Pero me encantan en un orden concreto: frambuesas, moras, arándanos y fresas. En invierno, tengo unos antojos terribles. A veces sueño que estoy en la plantación, arrancando frambuesas y echándolas a una cesta, como una loca hambrienta de fruta.

Llevo media hora ayudando a una niña a elegir frambuesas. Ha venido con su hermana mayor, pero ella parece haber encontrado algo que le interesa más que las frutas del bosque, y se llama Greg. Porque Greg trabaja conmigo. Aunque él odia cada minuto que pasa aquí. Es evidente que fue el único trabajo que fue capaz de encontrar y está constantemente quejándose de tener que trabajar al aire libre con este calor sofocante. Yo evito la negatividad personificada que es Greg tanto como puedo.

— Intenta no cortar las frambuesas esponjosas — le recomiendo—. O las que aún tengan hojas.

Cuando entro en el Área de Recolección, me evado. Me pongo a pensar en cualquier otra cosa y activo el modo automático. Este verano he intentado evitar pasar tiempo allí. Sobre todo, hoy. Estoy tratando con todas mis fuerzas de no pensar en Jason. Danielle me invitó a un picnic en Green Pond, pero no fui.

Porque Jason trabaja allí de socorrista. Quizá pudiera averiguar cuándo trabaja e intentar no ir justo esos días. O quizá lo mejor sea no aparecer por allí en todo el verano.

¿Pero y si...? ¿Y si me estoy equivocando? ¿Realmente estamos destinados a estar separados?

Cuando las hermanas se van, me tomo un pequeño descanso. Me adentro en la espesura del campo de cultivo, lejos de todo el mundo. Aquí, en medio de cualquier parte, con la dulce brisa veraniega haciendo crujir las hojas de los árboles, pido un deseo. Le pido a la Energía que me revele mi destino. Que me dé una señal de que estoy destinada a estar con Jason. Y me prometo a mí misma que, si recibo una señal, no seguiré negando la evidencia.

Vaguear en verano es lo mejor. Es fantástico ver cómo las cosas se ralentizan y no hay que correr para ir a todas partes. Es como si existiera un acuerdo tácito por el que estuviera permitido no hacer nada. La actividad más estresante que he llevado a cabo hoy ha sido hacer zumo de melón con mi madre. Bueno, vale, ella ha hecho la mayor parte del trabajo. Compró el melón en el mercado ecológico y lo trajo a casa para trocearlo. Yo era la encargada de exprimir y colar. El melón pierde sabor si lo metes en la licuadora, así que nunca hacemos eso. También hemos hecho polos de melón, melaza y melón cantalupo. En días abrasadores, como hoy, saben deliciosos.

Es un gran alivio no tener que hacer deberes durante los dos próximos meses. ¿Cómo sobreviviríamos sin vacaciones de verano? Supongo que nos sublevaríamos. Me resulta un poco decadente la idea de pasar los dos meses que me quedan por delante acostándome tarde y haciendo lo que me venga en gana. Como hoy, por ejemplo, que estoy vagueando en la hamaca del jardín trasero, leyendo revistas de cotilleos y bebiendo zumo de melón recién exprimido.

Debería sentirme en la gloria.

Pero hay un problema.

Echo de menos a Jason.

Han pasado cinco días desde que pedí una señal. Todavía no ha pasado nada. Quizá es que las cosas tienen que ser así. Es solo que tengo la sensación de que me falta algo. *Transatlanticism* suena por tercera vez consecutiva en mi Ipod.

I need you so much closer...

I need you so much closer...

La puerta del porche se desliza al abrirse, sacándome de mi ensueño de sopetón. Mi madre quiere que vaya al supermercado a por algunas cosas. Mi padre no está en casa, así que no me puedo llevar su coche. Y eso significa que tengo que conducir el coche viejo. El que tiene marchas.

Odio conducir con marchas.

Mi padre es un hombre con mucha paciencia pero, cuando me estaba

enseñando a conducir, hubo un momento en que estuvo a punto de perderla. Estaba aprendiendo a cambiar de marcha sin que se me calara el coche en medio de la calle. Era completamente incapaz de incorporarme al tráfico. Me da terror. Incorporarse al tráfico es para la gente que es capaz de salir al mundo y hacerse cargo de las cosas, para la gente que se ríe de sus miedos, no para una chica que está convencida de que un camión apisonará su coche justo antes de entrar en la autopista.

El día que mi padre estuvo a punto de perder la paciencia, yo estaba avanzando a paso de tortuga por la carretera que lleva a la autopista.

—Aumenta un poco la velocidad aquí —me dijo.

Yo presioné el acelerador a regañadientes. Deseaba con todas mis fuerzas estar en casa en lugar de en el coche.

Y, entonces, llegó el momento de la incorporación. El corazón se me aceleró.

—Prepárate para incorporarte — dijo mi padre.

Como si fuera tan fácil. Como si me acabara de decir «Prepárate para ir al instituto». Me pregunté por qué no entendía lo traumático que me resultaba incorporarme al tráfico.

Me temblaban los brazos y las piernas y el pulso se me aceleró.

No podía hacerlo.

—¿Qué haces? — chilló mi padre —. ¡Incorpórate!

—¡No puedo incorporarme! — chillé yo también.

Los coches detrás de mí tocaban el claxon. Éramos los siguientes, pero yo era simplemente incapaz de meterme en aquel enjambre de vehículos que pasaban junto a mí a toda velocidad.

—¿Pero qué nari...? ¡Aparca ahí arriba! — me ordenó mi padre.

Cuando estuvimos aparcados, se puso a despotricar como una ametralladora, diciéndome que podía matarme si seguía siendo tan precavida. Nunca le había visto perder los nervios así.

Conozco bien el camino al supermercado, así que mis niveles de estrés están dentro de lo tolerable. Aunque sea un recorrido de lo más sencillo, me las apaño para que el coche se me cale dos veces. Pero por lo menos no hay público que pueda presenciar mi carencia de habilidades automovilísticas.

La lista de la compra que me ha dado mi madre es para una barbacoa de última hora. Todos los veranos damos una fiesta para los vecinos. Normalmente la paso con una chica que vive en mi calle. No somos

exactamente amigas, pero el resto de los asistentes son mucho mayores o mucho más jóvenes que nosotras. No es un fiestón, precisamente.

La mayor parte de las verduras que usaremos para la ensalada y para hacerlas a la parrilla son de nuestro huerto. Pero hay unas cuantas cosas que mi madre no cultiva, como, por ejemplo, pepinos. Así que estoy inspeccionando en la balda en busca de unos que sean medianos, duros y verdes.

Alguien se acerca a mí, elige un pepino y lo choca con el que tengo en la mano. Me recorre una ráfaga de ira. Odio cuando los chicos me abordan donde no deberían. Sobre todo cuando van en plan acosador.

Entonces, me doy cuenta de que quien ha chocado el pepino conmigo es Jason.

—¿Ese está maduro? —me pregunta—. Nunca me apaño con estas cosas.

—Los pepinos son difíciles de elegir.

—¿Ah, son pepinos? Entonces estoy en la zona equivocada.

—¿Te has perdido en el supermercado?

—Creo que me he confundido. Estaba buscando frambuesas.

-¿Qué?

—¿No sabes lo que son las frambuesas? Son deliciosas. ¿Cómo puedes no saber lo que son?

—Claro que sé lo que son.

Debo de tener una expresión totalmente aterrorizada. Pero es que es extraño que haya dicho «frambuesas» de entre todas las cosas que podría haber mencionado. Justo cuando hace apenas unos días yo estaba rodeada de todas esas frambuesas, deseando que mi destino se revelara.

Está claro que esta es la señal que esperaba.

—¿Estás bien? — me dice Jason.

Asiento. Me he quedado sin palabras.

—¿Estás segura?

Vuelvo a asentir.

—Pues... tengo novedades — me dice Jason.

—¿Buenas o malas?

—Mmm. Yo diría que eso es relativo.

—¿Y en relación a mí?

—Pues espero que para ti sean buenas noticias.

—Entonces, dispara — digo mientras meto en mi carrito el pepino que

llevo un rato estrujando.

No pensaba que fuera posible estar tan nerviosa.

—Bueno, pues... ¿has tenido noticias de Erin últimamente?

—Sí —Estoy intentando recordar qué me dijo en su última carta. Lleva fuera menos de dos semanas y solo he recibido una. Yo le he enviado dos —. Recibí una carta suya hace unos tres días.

—Así que no te lo ha dicho.

—¿El qué?

Los ojos de Jason se tornan verde oscuro.

—Hemos roto.

-Ah.

—Pues... sí.

Tengo ganas de preguntarle quién ha dejado a quién y por qué y cuándo y cómo.

Pero no le pregunto nada.

¿Me está contando esto porque quiere salir conmigo? ¿No se da cuenta de que eso es imposible?

—En fin — dice Jason—. Pensé que deberías saberlo.

Asiento de nuevo.

—Deberíamos quedar algún día.

—Sí —Tengo muchas ganas — , Claro.

Tengo muchísimas ganas. Pero, ¿qué le digo a Erin? En su carta me decía que debería quedar con Jason, porque sabe lo mucho que uno puede llegar a aislarse aquí en verano. Pero, ahora todo ha cambiado. De ninguna manera me habría escrito eso ahora.

—Oye, entonces, ¿me puedes explicar lo de los pepinos? — me pregunta Jason—, ¿Cómo sabes cuáles están maduros?

—Evita elegir los que estén blandos e irás sobre seguro.

—Vaya... nunca pensé que fuera tan sencillo.

Compruebo mi lista.

—Tengo que comprar mayonesa —le informo, hablando en dirección a mi carrito de la compra.

—Puedo vigilarte el carro si quieres.

—Ah. Gracias.

Dejo mi carrito con Jason y voy a la caza de la mayonesa. Quizá tenga ganas de seguir hablando. ¿Por qué si no iba a quedarse con mi carro cuando podía habérmelo traído hasta aquí?

Definitivamente, la Energía está intentando acercarnos. Incluso cómo he elegido mi ropa esta mañana forma parte de su estrategia. En verano, voy siempre con vestidos fresquitos. Prácticamente todos los días voy con un vestidito o con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Pero hoy no me he puesto el primer vestido que he pillado, que es lo que hago normalmente, sino que he elegido el más mono. Algo me ha hecho elegir este vestido, que apenas me pongo nunca.

Cuando vuelvo, Jason tiene un pepino en la mano:

—He encontrado el mejor.

Parece realmente orgulloso de su hazaña.

Lo compruebo.

—Tienes razón, es el mejor. Creo que debería llevármelo — Lo echo al carro —. Bueno... debería...

—No, si yo también me tengo que ir. No me puedo pasar todo el día seleccionando verduras.

Me muerdo el labio.

—Jase, ¿puedes echarme una mano? —dice su madre mientras empuja su carrito hacia nosotros.

Sé que es ella porque la recuerdo del día que estuvimos en su casa haciendo diplomas para los niños a los que da clase.

—Ah, hola Lani. ¿Cómo estás?

—Bien — digo yo.

Me alucina que recuerde mi nombre. Solo nos hemos visto una vez.

—Un segundo, mamá —dice Jason. Después, se dirige a mí—. Entonces, ¿nos vemos por ahí?

—Vale.

Conduzco de vuelta a casa dando bandazos, como si estuviera borracha. Coloco la compra como en una nube. Estoy medio ordenando, medio mirando por la ventana. Mi padre está en el jardín intentando averiguar cómo funciona la nueva barbacoa no contaminante.

Cuando saco los pepinos de la bolsa, un trozo de papel cae a la encimera. No tengo ni idea de qué es.

Cuando lo desdoble, todo queda claro.

Tenebrosa estancia: el color hace olvidar dolores en manos expertas, nuestros ojos solares.

No tiene sentido seguir luchando contra esto. Ya ni siquiera quiero.

Marco su número. Descuelga inmediatamente.

—Yo también te echo de menos —admito.

—¿Estás seguro de que por aquí no pasan trenes?

Jason sigue insistiendo en que esta zona de las vías ya no está en uso y yo sigo preguntándole si está seguro. Cada pocos minutos suena como si fuera a venir un tren aunque, de momento, no ha aparecido ninguno.

—No te preocupes — vuelve a asegurarme —. Este tramo lleva inutilizado desde los años setenta.

Me tropiezo con un trozo de madera astillada.

Jason me agarra del brazo.

—¿De verdad crees que te traería a un lugar que no fuera seguro?

-No.

—Confía en mí.

Donde Jason me ha tocado el brazo, emana electricidad en todas direcciones. Él también debe de notarlo. O quizá no.

—Hay un puente guay allí —me dice.

Hemos recorrido como tres kilómetros y ya entiendo por qué a Jason le gusta tanto pasear por las vías: están llenas de zonas secretas en el bosque y de señales antiguas y raíles escondidos que no serías capaz de ver nunca a no ser que estés en este lado del lago.

—Yo solía jugar en ese parque —me dice Jason.

—¿En qué parque?

—¿No lo ves? ¿Justo ahí?

Jason se coloca detrás de mí y señala hacia donde está mirando.

Yo solo veo un sinfín de hojas verdes.

—Mmm.

Estoy pegada a él. Hasta puedo oler el aroma del suavizante de su ropa.

Nos estamos achicharrando al estar tan juntos con este calor.

Ya no me acuerdo de qué le he preguntado.

—Justo ahí —me toma la mano y señala con ella.

Y, acto seguido, visualizo lo que queda del parque: un trozo de una caja de arena, un reguerillo de agua que surge de una fuente, un balancín con forma de excavadora amarilla.

—¡Ah! —Por fin lo reconozco. Estoy tan acostumbrada a ver el parque

desde la carretera que me ha costado identificarlo ahora que lo miro desde aquí—. ¡Yo también solía jugar ahí!

—¡Guau!

Jason se aparta de mí. Parece como si le hubieran dado un susto.

—¿Qué pasa?

—¿Solías jugar en la caja de arena?

—Me encantaba la caja de arena.

—¿Tenías un cubo rojo y una pala con... una especie de cenefa?

—Sí, de caritas sonrientes.

—¡Sí! ¡Exacto!

—¿Cómo sabes eso?

—Jugábamos juntos. Solías prestarme tu cubo.

—Espera un momento —Ahora sí que me acuerdo de Jason. Solía pedirme el cubo prestado para mover la arena de un extremo a otro de la caja. Después lo llenaba con agua de la fuente y construía gigantescos castillos de arena. Bueno, a mí entonces me parecían gigantescos —. ¿No te pregunté una vez por qué no te traías tu propio cubo?

—Me parece que sí.

—¿Y tú qué dijiste?

—No me acuerdo.

—Yo tampoco.

—Pero sí que te acuerdas de mí.

—Sí, la verdad es que sí.

Esto es demasiado. Es como si ni siquiera fuera elección nuestra estar juntos. Como si el destino hubiera decidido por nosotros hace mucho, mucho tiempo.

Antes de empezar a profundizar en mis estudios sobre el destino, siempre me alucinaba que sucedieran estas cosas. Pero, cuanto más me fijo en ellas, menos me sorprende que existan este tipo de conexiones. Las conexiones nos rodean y, cuanto más abiertos estemos a ellas, más conscientes seremos de que suceden. Así que, aunque estoy sorprendida, no estoy alucinando tanto como Jason. Claro que jugábamos juntos cuando éramos pequeños. Ahora, todo cobra sentido.

Hay gente que piensa que estas cosas solo pasan en las películas. Como en *Broken English*, cuando el personaje que interpreta la actriz Parker Posey va a París a buscar a un chico y justo cuando decide tirar la toalla y se monta en el metro para ir al aeropuerto, él sube al mismo vagón. Los

que no creen en el destino ven la escena y se quejan de que esas cosas no pasan en la vida real.

Pero sí que pasan.

—Entonces... ¿por qué no hemos sido amigos todo este tiempo? —dice Jason.

—No lo sé. Supongo que la gente crece y elige caminos distintos.

—Pero vamos juntos al instituto.

—Sí, pero... ¿cuántas asignaturas hemos tenido juntos?

—Pero es que siempre has estado... ahí.

Creo que Jason está empezando a comprender el poder del destino. O quizá él también supiera, al igual que yo, que la persona con la que se suponía que debía compartir su vida estaba más cerca de lo que pensaba.

Caminamos otros tres kilómetros más, hasta la carretera de Green Pond. Esta es la calle donde vive Jason.

—¿Te apetece un helado? — dice.

—¿Cuándo no apetece un helado?

—Supongo que nunca.

—Oye, se te da bien este juego.

Hay un puesto de helado tradicional que se llama The Fountain cerca de Green Pond. Dado que he decidido hacer cosas con Jason y, aparentemente, no voy a volver a evitarlo, por fin puedo ir sin preocuparme por toparme con él. Y eso es un alivio enorme, porque sirven el mejor helado del mundo. Y también tienen un sofá morado super blandito que me encanta. Parece como si te hubieras sentado en una nube cuando te acomodas en él. Espero que esté libre. Me he pasado horas en ese sofá deseando estar allí sentada con el chico del que estuviera enamorada a mi lado.

No es que esté enamorada de Jason, ni nada. Es solo que me encanta ese sofá.

Pero también me preocupa que alguien del instituto nos vea. Eso no sería nada del otro mundo si Erin y Jason siguieran juntos. Todavía nadie sabe que han roto, pero si alguien nos ve y se lo cuenta a Erin cuando vuelva, sabrá que he estado quedando con Jason después de que la dejara. ¿Y cómo podría explicarle por qué?

Cuando entramos, me alivia ver que no hay nadie conocido. Aunque el sofá está ocupado. Yo pido una tarrina de helado de melaza y Jason se pide una copa de helado de melón. Pongo mi tarrina debajo de la nariz de Jason

y le digo:

—Huele esto.

Él olfatea.

—¡Guau! Huele muy fuerte.

—¿A que sí? — Este helado es delicioso. Huele como si hubieras abierto un frasco de melaza fresca —. Normalmente pido melón, pero últimamente tengo una pequeña sobredosis del de verdad.

—Sí, yo también. En esta época están buenísimos.

Nos sentamos en una mesa junto al escaparate de la tienda. Me niego a que nos comamos el helado fuera. Necesito desesperadamente un poco de aire acondicionado. Ambos lo necesitamos.

Antes de probar la primera cucharada, brindamos con las cucharillas.

—Chin-chin — le digo —. ¿Qué tal te va de socorrista?

—Genial. Me siento... no sabría explicarlo.

—¿Cómo te sientes?

—Aunque no haga más que estar sentado en el puesto de observación, de alguna manera, estoy protegiendo a la gente. Aunque solo sea observándolos. Y sé que podría ayudarlos si lo necesitaran. Me hace sentir que todos los días hago algo que tiene sentido, ¿entiendes?

—Totalmente.

—Es que... durante el año, cuando doy clase, siento lo mismo con los niños. Es como si, de alguna manera, estuviera mejorando sus vidas. Cuando me cuentan sus problemas y puedo ayudarlos a resolverlos, me doy cuenta de que no estoy perdiendo el tiempo. Sé que estoy haciendo algo que es importante para la gente.

Asiento. Es la primera vez que Jason me cuenta algo tan íntimo. Me ha contado cosas personales, pero casi nunca habla de sus sentimientos. Normalmente, se mantiene en un nivel más ligero.

Entonces, Jason me pregunta:

—¿Cómo va la natación?

—Ya no voy.

—¿Ya has aprendido? ¡Guay!

—No... La verdad es que lo he dejado.

—Ah... ¿Por qué?

He aquí el por qué: casi me ahogo en mi última clase y tuve una reacción muy exagerada. Aunque estaba realmente convencida de que iba a ahogarme, la verdad es que estaba en la parte de la piscina en la que hago

pie, así que no me habría pasado nada. Pero, desde que tuve el accidente, pierdo el control cuando las cosas en el agua se ponen mínimamente peliagudas. Fue demasiado vergonzoso ponerme a escupir agua mientras todo el mundo me miraba preocupado. Así que dejé de ir. Pero todavía sigo queriendo aprender a nadar para lo de la reunión familiar en Hawái. Tengo un año. Quizá pueda apuntarme a algún curso particular, donde la gente no tenga que presenciar mis crisis nerviosas.

No puedo admitirle esto a Jason.

—Bueno, parece que es un área en la que no tengo talento — le digo.

—Error. Todo el mundo puede aprender a nadar.

—¿Cómo lo sabes?

—Ehhh... ¿Te has olvidado de que soy socorrista? Dibujar circunferencias perfectas sin compás no es mi única habilidad.

—Entonces, ¿por qué me está costando tanto aprender?

—La gente aprende a diferentes ritmos, es solo eso. Yo puedo enseñarte.

—¿En serio?

—Cuando quieras. Solo tienes que pedírmelo.

—Quizá lo haga.

¿Cómo resultaría el experimento? Seguro que Jason es un profesor fantástico. Le he visto dándoles clase a sus niños de

Primaria; es paciente y divertido, dos características fundamentales para que el aprendizaje resulte más sencillo, junto con dominar bien lo que se está enseñando, y él lo domina. La parte negativa es que verá lo patética que soy y quizá deje de gustarle. Es evidente que para él la natación es algo importante. Pero quizá el hecho de que quiera aprender sea suficiente, aunque se me dé fatal.

Yo solo quiero estar con él. Erin no me ha dicho todavía que lo han dejado, así que no puedo contarle lo que está pasando. Nunca lo entendería.

Ojalá las cosas no fueran tan difíciles, porque me encanta cómo me siento cuando estoy con Jason: ser capaz de adivinar lo que está pensando por el color de sus ojos, o nuestra historia de la caja de arena del parque. Es como si estuviéramos hechos el uno para el otro.

Si esto no es cosa del destino, no sé qué es.

Hemos decidido venir, temprano para ponernos en el mejor sitio. Está empezando a llenarse, así que extendo la manta para ocupar el máximo espacio. Después, coloco nuestras chanclas a lo largo del borde inferior.

—Marcando territorio — dice Jason.

—Odio cuando la gente intenta robarte espacio.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero no te preocupes: nadie tiene posibilidades contra esas chanclas.

—Las chanclas pueden ser muy feroces.

—Exactamente —Jason sonríe: sus ojos resplandecen. Es como si brillaran solo para mí. Estamos aquí sentados, mirándonos. Sin decir nada. Su sonrisa empieza a desvanecerse—. Oye, mmm...

— Quieres un polo? Son de...  o mejor un granizado?  Me pirran los granizados!

—Claro. Pero no me atrevo a salir.

—Est  bien — Me levanto de un salto y deslizo los pies en las chanclas —. Déjame a mí.

— Est s segura?

—Completamente.  De qué lo quieres?

—Esa es una buena pregunta. Mmm... Bueno, teniendo en cuenta que hoy es 4 de julio...  Tendr n polos de esos que son rojos, blancos y azules?

— Ah, s !  Los que parecen cohetes?

—De esos.

—Son los más ricos. Enseguida vuelvo.

Me acerco al cam n de los helados mientras me revolotea el corazón. Tengo la sensación de que Jason estaba a punto de decir algo que no estoy preparada para escuchar.  Qu  voy a decirle si me pide salir? No puedo salir con él. Acaba de romper con mi mejor amiga.

La palabra clave es «romper».  Significar  eso que esto es una especie de cita?  O que es una cita propiamente dicha?  Estar  pensando Jason que estoy aquí con él porque quiero ser su novia? Como si pudiera siquiera plante rmelo. Quiero decir que... quedar juntos como amigos es una cosa. Pero hay una barrera y, una vez que la cruzas, no hay vuelta atrás.

Cuando vuelvo con los polos, el sol se está poniendo tras los árboles. Nos tumbamos en la manta para contemplarlo. La puesta de sol es rosa y roja.

—Mola — dice Jason.

—Lo sé.

—Es guay: parece que los árboles están en llamas — observa—. Es como si reflejaran la luz del sol.

Jason es el único chico que comprende mi visión sobre los árboles en llamas en las puestas de sol. La mayoría no perciben la luz y los colores como yo lo hago.

—Así que tú también has decidido ir a juego con la temática del 4 de julio, ¿no? — me dice.

La seducción de Elliot McBride

—¿Qué?

Jason señala mi polo con el suyo.

—Ah, bueno, es que me has inspirado. No me he podido resistir — respondo.

—Chin-chin — dice, tendiendo su polo hacia el mío.

—Chin-chin.

Brindamos con ellos.

Contemplamos la puesta de sol.

Cuando empiezan los fuegos artificiales, todo el mundo aplaude. Los hay morados y azules, y unos rojos que son exactamente del mismo tono que la luz del atardecer. Estos últimos parecen flores que hubieran explotado. Hay otros que parecen lluvia verde. Mis favoritos son los que tienen forma de corazón y de carita sonriente.

La mejor manera de ver los fuegos artificiales es tumbado y con una almohada. Solo he traído una, así que la estamos compartiendo. Le he puesto mi funda favorita: una que tiene un gato de rayas blancas y negras con unas grandes zapatillas rojas estampado.

Después del fuego final, todo el mundo vuelve a aplaudir. Luego hay una marabunta de gente apresurada recogiendo sus cosas, empacando y sacudiendo el césped de sus mantas. El chico que se sienta junto a nosotros, justo al lado de Jason, sacude la suya en el aire, llenándolo de hierba.

Jason se sacude el césped de la nariz.

—Supongo que no se ha dado cuenta de que estoy aquí.

—Pues es difícil no fijarse en ti.

—Gracias.

—Por favor. Como si nadie se fijara en ti.

Se le ha vuelto a poner esa mirada. La de los ojos verde oscuro. Con la que se me corta la respiración.

—Quedémonos — le digo.

—Vale.

No quiero irme. Nunca. Esto es perfecto: la noche es alucinante, el cielo es enorme y la brisa veraniega huele dulce. Parece como si el parque estuviera aquí para nosotros. Sobre todo cuando todo el mundo se marcha. Somos las dos únicas personas que quedan, aquí en medio de la nada. Simplemente tumbados en la manta, compartiendo mi almohada, contemplando el cielo inmenso que nos rodea. Somos las dos únicas personas que existen en el mundo.

Quiero que pase algo pero, a la vez, no quiero. No sé que quiero. O, quizá sí lo sepa, pero preferiría no hacerlo.

—¡Luciérnaga! — grita Jason.

—¿Dónde?

—¿No la ves? — Me la señala —. Justo allí.

—¡Ah, sí! ¡Ahí hay otra!

—Deben de estar volviendo. Los fuegos artificiales las han espantado.

—¡Me encantan las luciérnagas!

—A mí también.

Luego hacemos una competición para ver cuántas somos capaces de contar. Aunque es un fraude de juego, porque no dejan de volar en círculos. No hay manera de distinguir de quién es cada cual.

—¡Diecisiete! — grito.

—Descalificada. Esa ya la habías contado.

—¿Cómo sabes cuáles estoy contando?

—Venga ya. Era obvio cuál estabas contando.

—¿Cuál?

—Bueno, sí, hazte la tonta. Ya sabes cuál.

Jason se mueve ligeramente. Ahora su cabeza toca la mía. Me hormiguea la parte de la cabeza que roza con la suya. ¿Irá a apartarse? ¿Se habrá movido a propósito para que nuestras cabezas se toquen? Quiero que mi cabeza siga rozando la suya, pero tengo miedo de que me dé uno de esos tics que hacen que seas demasiado consciente de que una parte de tu

cuerpo está en contacto con una parte del cuerpo de otra persona y, entonces, es demasiado evidente que estás intentando no moverte.

Quizá debería intentar relajarme.

Los grillos cantan. Las estrellas cambian de posición. Las luciérnagas brillan.

Cuando Erin y yo éramos pequeñas, teníamos una colección de luciérnagas. Eso fue antes de que me diera cuenta de que no se debe sacar a las criaturas vivas de su hábitat natural para mantenerlas en cautividad. Solíamos ir a mi jardín, extendíamos los brazos y dejábamos que se posaran sobre nosotras. A veces las perseguíamos, con cuidado de no dañarles las alas. En realidad, solo los machos tienen alas, pero todas lucen.

La luz es una señal para atraer a otras luciérnagas. Se iluminan para decir: «Hola. Soy como tú. Seamos amigas». Bueno, en realidad creo que lo hacen para ser algo más que amigas. Me hace pensar en cómo las personas también emitimos señales para que la gente se fije en nosotros, para hacerles saber que nos sentimos solos o que estamos buscando amigos nuevos.

O que queremos un novio.

No es que yo esté buscando un novio. Es decir, todas las chicas que conozco quieren tener novio, o novia. La mayoría tienen tantas ganas de tener novio que es en lo único que piensan. Se comportan como si pensarán que, cuando lo encuentren, sus vidas empezarán inmediatamente a ser perfectas. Parece como si nunca se les hubiera ocurrido que el motivo por el que están solas o aburridas tiene que ver directamente con ellas, no con que les haga falta estar con otra persona.

—Lani.

-Hola.

—Hola. Me lo estoy pasando muy bien.

—Yo también.

Jason mueve su brazo hasta que toca el mío. Vale: ahora estoy segura de que lo ha hecho a propósito.

—No... quiero decir... simplemente estando aquí contigo.

—Yo también. Yo también me lo estoy pasando bien.

Entonces, Jason mueve los dedos hacia mi mano y los enlaza con los míos.

Y, ahora, nos estamos dando la mano.

Juro que la Tierra ha dejado de rotar.

¿Debería decir algo? ¿O debo esperar a que él diga algo? ¿Qué pasará si espero y no dice nada y él piensa que yo no digo nada porque me parece bien que me esté dando la mano?

¿Me parece bien que me esté dando la mano?

Por supuesto que no. Erin se volvería loca si se enterara. Imagina que eres Erin, y que estás de campamento, pensado que tienes un novio perfecto que está esperando que vuelvas. Entonces él te dice que se ha acabado. Antes casi de que empezara. ¿Cómo te sentirías si, además, empezara a salir con tu mejor amiga?

Tendrías ganas de morirte. Así es como te sentirías.

¿Cómo puedo hacerle esto? ¿Cómo puedo estar aquí tumbada con él, con mi cabeza junto a la suya sobre mi almohada, dándole la mano, y pretendiendo que esto esté bien?

Me quedo observando su perfil en la oscuridad, tratando de memorizarlo. La inclinación de su nariz. La silueta de sus labios.

No sé qué me está pasando. Supongo que llega un momento en que ya no puedes seguir luchando contra tus sentimientos porque se apoderan de ti y anulan tu voluntad.

Jason abre los ojos y se vuelve hacia mí.

Nuestras caras están muy cerca. Nos miramos. Me toca la mejilla, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—No podemos hacer esto —le digo.

—¿Por qué no?

—Erin es mi mejor amiga.

—Ella querrá que seas feliz, ¿no?

—Sí, pero...

—Lani —susurra — : estamos hechos el uno para el otro.

Y, entonces, me besa.

No me da tiempo ni a pensarlo.

No hay manera de echarse atrás.

Tenemos los labios presionados contra los del otro, como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en apartarse.

Nos quedamos en la manta, dados de la mano. No sé cuánto tiempo pasa. Es la noche más intensa de mi vida y no quiero que nada me preocupe. Solo quiero sentir esto ahora mismo, porque nunca volverá a ser así.

Pero, de repente, recuerdo que le dije a mi madre que estaría en casa

sobre las once.

—¿Qué hora es? — susurro.

Jason me suelta la mano. Presiona un botoncito en su reloj de pulsera y la esfera se ilumina.

—¡Guau! —dice.

-¿Qué?

—No puede ser.

—¿El qué?

—¿A qué hora has dicho que estarías en casa?

El estómago me da un vuelco.

—A las once. ¿Por qué?

—Es la una y cuarto.

—Ni hablar.

Me enseña el reloj.

Soy chica muerta.

—Llama a tu madre —Jason saca su móvil — . Pregúntale si te puedes quedar un rato más.

—No me va a dejar quedarme más, de ninguna manera.

—Esto es seguro. Aquí no hay nadie.

—Precisamente por eso. Si de repente aparece un descuartiza dor chalado detrás de un seto, estamos muertos.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no va a pasar. Y, si pasara, yo te protegería.

—¿De un descuartizador chalado?

—De cualquiera.

No me quiero ir. Quiero quedarme aquí para siempre como estamos ahora. Pero si no llamo a mi madre y vuelvo a casa, me matará. Eso si el descuartizador chalado no me mata antes.

—Tengo que irme —le digo — , ¿Puedes llevarme?

—Claro.

Jason está exteriorizando exactamente mis sentimientos. Bueno, quizá no exactamente. Los dos estamos chafados porque me tengo que ir. Pero puede que yo sea la única que se siente culpable.

—¿*Sinónimo de nueve* letras para «abalorio» o «baratija»? — pregunta mi padre.

Le encanta empezar libros de crucigramas. Cada vez que empieza el primero de un libro nuevo, lo hacemos juntos.

—¿«Bagatela»?

—Esa tiene ocho.

—Mmm.

Tiro de un grano de maíz especialmente testarudo. Parece como si se negara a soltarse de la mazorca. Cuando desgranas maíz, siempre terminas ensuciando más de lo que parece que vas a manchar cuando empiezas, así que estoy haciéndolo en las escaleras del porche trasero, con un cubo entre las piernas. Mi padre está en la mecedora, con la firme determinación de acabar su crucigrama antes de cenar.

—No puede ser «dije» — opino yo.

—¡Chuchería! — suelta mi padre de repente.

—Esa es buena.

—Gracias, gracias.

Me gustan estos ratos con mi padre. No solemos hablar mucho, así que el resto de cosas que hacemos juntos son muy importantes para mí. Supongo que cuando era pequeña hablábalo. Tuve que decirles que había ido a ver los fuegos con Blake y Danielle y otros chicos de One World, pero no conté con que, cuando a medianoche no estaba en casa, mi madre llamó al padre de Blake. Me castigaron una semana. Y, además, ahora tengo que estar en casa a las once, mientras que antes eran más flexibles.

Mis padres saben que quedo con Jason, pero piensan que somos solo amigos. O al menos, eso es lo que creo que piensan. No han dicho nada al respecto. Cuando le conté a Blake mi mentira frustrada del 4 de Julio, me prometió que, en adelante, me cubriría. Blake es el único al que le puedo confiar la verdad.

Aunque en algún momento tendremos que dejar de ocultarnos. Cada vez que recibo una carta de Erin, el corazón me da un vuelco. Me estoy temiendo el día que se entere de lo que realmente está pasando.

Cuando recibí su primera carta, la dejé en mi escritorio y me pasé el resto del día evitando tener que abrirla. En su lugar, me puse a trocear melones para hacer zumo. Fui a trabajar y recolecté nueve bandejas de frambuesas. Volví a casa y me eché una siestecita en la hamaca. Me desperté sudada y me refresqué en la ducha al aire libre que mi padre construyó en el jardín el verano pasado. Cenamos fuera. Se me quedaron algunos granos de maíz entre los dientes y tuve que limpiármelos con serla dental. Cuando volví a mi habitación, la carta seguía esperando impaciente a que la abriera.

— Sí, sí —murmuré—, Pero estás más guapa cerrada.

Sabía que tenía que abrir la carta. Tenía que abrirla y leerla y lidiar con lo que dijera, aunque fuera malo. ¿Qué esperaba encontrar en la primera carta de Erin después de que Jason rompiera con ella? ¿Arcoíris brillantes y caritas sonrientes?

No, más bien nubarrones oscuros y lluvias torrenciales. Y la verdad es que no tenía ganas de quedarme atrapada en medio de la tormenta.

Pero ya estaba atrapada en medio de la tormenta. Me llevé la carta a la cama, me senté y me obligué a leerla. Me sentía fatal por Erin. Me dolía el corazón por ella. Sonaba muy triste al describirme cómo Jason le había escrito una carta de dos páginas explicándole lo de «es por mí, no por ti». Le dijo que era estupenda, pero que no creía que estuvieran hechos el uno para el otro, que pensaba que sería más feliz con otra persona. Lo que, claramente, significaba que él sería más feliz con otra persona. «¡Como si eso fuera a pasar algún día!», me escribió Erin. «¿Cómo se supone que voy a volver a poder confiar en alguien?».

Tenía razón. Por lo que concernía a Erin, las cosas iban de maravilla con Jason hasta que la dejó. Además, no tiene ni idea de que yo tengo algo que ver con esto. Y eso es lo peor de todo.

Unos días más tarde, recibí otra carta. Esta era distinta. Erin me hablaba de un chico que se llamaba Lee, y de que había pasado una noche con él en un baile que su campamento había organizado con el campamento de chicos que hay al otro lado del lago. Y también me contaba que los dos campamentos organizan actividades conjuntas todas las semanas y que se moría de ganas de que llegara la próxima, que era la noche de las películas.

La carta ni siquiera mencionaba a Jason.

En adelante, las cartas de Erin han ido aumentando en niveles de felicidad. Están llenas de noticias emocionantes sobre cosas que pasan en

el campamento y sobre Lee y sobre lo mucho que se está divirtiéndolo. Parece una persona completamente distinta. Si sigue disgustada porque Jason rompiera con ella, la verdad es que se le da muy bien ocultarlo. Parece como si estuviera completamente absorta en el rollito de campamento con Lee y la intensidad de la experiencia hubiera anulado el dolor de que Jason la haya dejado.

Ahora que tiene a Lee, creo que por fin puedo contarle lo nuestro.

Jason no está de acuerdo.

—No creo que sea buena idea — me dice.

—No podemos posponerlo eternamente —replico—. Si se entera de que se lo hemos estado ocultando, solo conseguiremos que se ponga más furiosa.

—Te entiendo, pero ya rompí con ella por carta. No creo que otra carta con malas noticias sea el mejor método. Deberíamos esperar a que vuelva y decírselo en persona.

Jason rema un poco más. Estamos en un bote, en el lago. Estoy aterrorizada. Nunca le pedí a Jason que me enseñara a nadar, pero ha decidido darme la primera clase quiera o no quiera. Cuando me enteré de que la actividad solo implicaba mojarse un poquito, dije que sí. El objetivo de esto es que empiece a perderle el miedo al agua. Jason dice que es el primer paso para aprender a nadar. Dice que si le tengo miedo al agua, nunca podré dejarme llevar.

El bote se balancea un poco de adelante atrás. Me aferró a los bordes como si fuéramos a hundirnos.

—No te preocupes —dice Jason.

—No me preocupo —respondo, aún aferrada.

—¿No te dije que te protegería?

—Sí.

—Bueno, pues ahí lo tienes. Estás completamente a salvo.

—¿Estás seguro?

—Venga, hombre. ¿Crees que prometería protegerte si no pudiera garantizar tu seguridad al cien por cien?

-¿No?

—Correcto.

Nos hemos adentrado mucho en el lago. O, por lo menos, eso parece.

—De acuerdo, ahora —Jason deja de remar.

Probablemente desde mi casa parezcamos dos pequeños puntitos

flotando en medio de la nada sobre las aguas calmas.

—Inspira hondo — dice Jason.

Inspiro superficialmente. Estoy demasiado nerviosa para inhalar más que eso.

—Simplemente, respira —dice en voz baja.

Lo intento. Tras unos minutos, mi nivel de estrés se reduce de diez a ocho.

Consigo mirar alrededor sin moverme demasiado. Esto es muy bonito. Y hace bastante fresco, lo que, definitivamente, es un bonus. Es como si estuviéramos en nuestro mundo privado. Como cuando de pequeña me metía en los invernaderos sin estrenar y miraba al cielo.

—Shhh —me dice Jason.

—No he dicho nada — susurro.

—¿Qué es ese sonido? — susurra él, completamente serio.

—¿Qué?

—¡Espera!

Escuchamos. Lo único que oigo es una paloma torcaz. Tienen un canto muy especial que me relaja. Mis niveles de estrés se reducen a siete.

—¿Te refieres a la torcaz? — pregunto.

—No, es... —Jason se inclina hacia el lago. Me aferró a los lados del bote de nuevo —. Es el agua. ¿No la escuchas?

—La verdad es que no.

—Está diciendo: «Lani, sé una conmigo» —dice Jason con voz burbujeante.

—¡Cállate! —Me suelto del bote dos segundos para darle un golpecito —. ¿Hablas el idioma del agua?

—Por supuesto. Es una parte esencial del entrenamiento del socorrista.

Pongo los ojos en blanco. Es un tonto.

Jason sigue pensando que su chiste es gracioso.

—El agua quiere conectar contigo.

—Siempre que podamos hacerlo mientras estoy montada en el bote, por mí bien.

—Puedes meter la mano.

Me suelto del bote y extendiendo los dedos hacia el agua. Sumerjo la mano dentro.

—Ooohhh — digo.

—Es agradable, ¿verdad?

—Sí.

Me imagino nadando en el lago, rodeada de toda esta agua, fresca y suave. Casi puedo imaginármelo. Lo que no puedo imaginar es tener el coraje suficiente para superar mi miedo.

Hoy es el día más caluroso de mi vida. Hace unos cuarenta y ocho grados a la sombra. Si hubiera tenido que ir a trabajar, probablemente hubiera muerto de golpe de calor. Lo único que me apetece es sentarme en el sofá con el ventilador frente a la cara y leer mi nuevo libro.

Pero eso no va a pasar. Lo que va a pasar es que voy a tener que ayudar a mi madre con el jardín. Me ha obligado. Traté de escaquearme para quedarme dentro arguyendo que la lectura es una destreza importante que tengo que desarrollar. Pero mi madre replicó diciendo que enfrentarme al mundo también es una destreza importante, así que tengo que ayudarla a no ser que quiera que mi toque de queda de las once se vea reducido a la hora de la cena. Se ha vuelto locamente estricta desde el incidente del 4 de Julio. En serio, es como si no se le fuera a pasar nunca.

Me pongo un enorme sombrero de paja. Deslizo la puerta del porche sobre los rieles para abrirla. Un muro de humedad me golpea. Apenas puedo respirar. El sol es implacable. Es divertido, porque solía burlarme de los ridículos gorros de jardinería de mi madre, pero ahora yo también me los pongo.

El gorro de paja de mi madre es todavía más grande que el mío. Tiene unas absurdas verduras de fieltro alrededor de la copa.

Estoy completamente avergonzada. Menos mal que el jardín está en la parte trasera de la casa, donde nadie puede verlos.

Trabajamos en silencio. Hace demasiado calor para hablar. Pero incluso con este calor opresivo, siento que tengo que hablar de Jason o explotaré.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le digo a mi madre—. Hipotéticamente hablando.

—Buena idea. Así podemos dejar de pensar en este calor asfixiante.

—¡Ya te había dicho que hacía mucho calor!

—Sí, es verdad, nos estamos asando. Pero no podíamos seguir ignorando el jardín.

—Así que, volviendo a mi pregunta. Imagínate que estuvieras en... el mercado ecológico y alguien...

—¿Vas a venir conmigo este fin de semana, verdad?

—Sí, claro.

A veces ayudo a mi madre en el mercado ecológico en el que vende sus verduras (tomates también, aunque, técnicamente, son una fruta). A todos en la ciudad les vuelven locos los tomates de mi madre. Podría ganar un premio en una de esas tontas competiciones de hortalizas si se celebrara alguna en los alrededores. Me la puedo imaginar sosteniendo un trofeo gigante con un enorme tomate chapado en oro en lo alto, y la imagen es casi tan ridícula como verla ataviada con un sombrero de jardinería con verduras de fieltro.

—Bueno, a lo que iba —digo yo—, digamos que vas al mercado ecológico y alguien se te acerca y te dice que quiere los mejores tomates que tengas. Así que le vendes... no sé, cinco de tus mejores tomates — Arranco una mala hierba testaruda que parece no querer separarse del suelo. Debe de ser una amiga tauro —. Pero, entonces, alguien se acerca y te dice que ha oído que has vendido tus mejores tomates, pero que en realidad él o ella se los merece más, porque le encantan y la persona a la que se los has vendido apenas los come y lo más probable es que los deje pudrirse.

Mi madre suelta su paleta.

—Pero... ya he vendido los tomates.

—Sí, pero la segunda persona piensa que se los merece más.

—Bueno, pues muy bien, pero resulta que ya no los tengo.

Esto no está saliendo bien. No puedo hablar de Jason sin «hablar» de Jason así que se me ha ocurrido hacer esta analogía absurda con los tomates. En mi cabeza tenía más sentido.

Mi madre me mira.

—¿Crees que debería recuperar los tomates? Probablemente la persona que me los compró ya esté en su casa.

—No —Por fin consigo arrancar la mala hierba testaruda con el tirón final decisivo —. Es una tontería. Olvídalo.

Ya ni siquiera estoy segura de lo que estaba preguntando. Tengo las corvas sudorosas. Me pongo de pie para estirar las piernas.

—Las dos personas tienen derecho a los tomates — dice mi madre —, aunque a una de ellas le gusten más que a la otra.

—Olvídate de los tomates. A ver, es como si... imagina que tienes una amiga que tiene una mascota. Un perro. Y, cada vez que vas a su casa, el perro se pone contentísimo porque tú le gustas más que su ama. Quizá el

perro sea alérgico a tu amiga y no debería vivir con ella. Así que tu amiga te regala el perro porque sabe que será mucho más feliz contigo.

—¿Qué raza de perro es?

—Es un... bulldog francés. Así que das por hecho que de ahora en adelante todo estará bien, pero entonces tu amiga se enfada contigo porque tienes a su perro.

—Pero te lo dio ella.

—Sí. Pero ahora está enfadada contigo por llevártelo y quiere que se lo devuelvas. ¿Qué harías?

—Supongo que dependería de lo unida que esté al perro.

—Muy unida. Adoras al perro.

—¿Y cuánto quiere mi amiga al perro?

—¿Y eso qué más da? El perro es desgraciado con ella.

—Pero el asunto no tiene que ver con el perro, ¿no? Tiene que ver con mi amiga.

Como siempre, mi madre tiene razón. Me fastidia muchísimo. Sé que Erin se va a enfadar conmigo. Lo único que puedo hacer es esperar que el enfado no dure demasiado.

Terminamos con el jardín como cinco siglos más tarde. Tengo que ir derecha a la ducha al aire libre. Mi padre es un genio por haberla construido, sobre todo porque funciona con energía solar. Hace tanto calor fuera que el agua, que se supone que debería de estar fría, solo está fresca, así que ni siquiera toco la llave del agua caliente.

El resto del día lo dedico a actividades que no implican esfuerzo mental y que se llevan a cabo en interiores. No pienso volver a salir hasta mucho más tarde, por la noche. Justo cuando se supone que no puedo hacerlo.

Lo de tener que estar en casa a las once es un rollo. ¿Cómo pueden mis padres pensar que es tarde cuando al día siguiente ni siquiera hay clase? Las once es super temprano. Este verano, toda la gente que conozco tiene que estar en casa a la una. Hasta los padres de Danielle la dejan salir hasta medianoche y eso que son super estrictos.

Así que no me siento mal por escaparme para estar con Jason.

Quedarme en mi habitación sería absurdo: no puedo dormir, de ninguna de las maneras. Lo único que hago es quedarme tumbada en la cama despierta toda la noche, muriéndome de ganas de estar con él. Así que, ya que voy a estar en vela, mejor disfrutar de la vigilia.

El tercer escalón contando desde el suelo cruje. Si bajo las escaleras

muy despacio, me quedo cerca de la pared y esquivo el escalón delator, debería poder salir de casa sin despertar a mi madre. Mi padre podría seguir durmiendo aunque estallara el Apocalipsis.

Con las chanclas en la mano, me escabullo escaleras abajo. Estoy segura de que hasta los vecinos están escuchando cómo me late el corazón. Cuando llego al cuarto escalón contando desde el suelo, deslizo el pie izquierdo hacia abajo para no pisar el escalón que cruje, aterrándome con desesperación a la pared. Soy demasiado bajita para este tipo de contorsiones.

Cuando por fin consigo bajar las escaleras, miro con nerviosismo al segundo piso, como esperando que mi madre salga de su habitación y me castigue de por vida. Pero eso no sucede. No oigo nada.

Me escabullo por la puerta trasera.

Así que así es el mundo cuando todos los demás duermen. La humedad opresiva del día prácticamente ha desaparecido. Hace como diez grados menos. Lo único que escucho es el canto de los grillos. Las luciérnagas me rodean. Creo que podría acostumbrarme a explorar el mundo de noche.

Jason me está esperando al final del sendero de grava que conduce a mi casa. Parece tan feliz como yo. Corro por el resto del sendero, lo que no es fácil con chanclas. Me choco con él y lo abrazo con fuerza.

—¡Vaya! — dice Jason—. Hola.

-Hola.

—¿Preparada?

—Siempre.

Jason ha aparcado su coche suficientemente lejos, en la carretera, para que nadie nos escuche arrancar. Nos montamos. Le regalaron este *viejo jeep* cuando cumplió los diecisiete. Está bastante cascado, pero él está orgulloso de su coche. Me gusta montar en él, con el viento azotándolo por todos lados. A veces da un poco de miedo, sobre todo cuando bajamos por carreteras de tierra llenas de baches. Parece que el coche esté a punto de desmontarse en mil piezas. Pero bueno, es bastante emocionante.

La capota del jeep está levantada. El viento cálido nos envuelve. Tenemos la ciudad entera para nosotros.

si la vida pudiera ser siempre tan perfecta como es ahora, no habría odio en el mundo.

El móvil de Jason suena.

—Pensaba que lo había apagado — dice. Lo saca del sujeta vasos y

comprueba la pantalla —. Mierda. Es Greg.

—¿Vamos a quedar con él?

—No, es que me ha dejado un mensaje antes contándome no sé qué de una fiesta y no le he contestado. Me va a estar dando la brasa toda la noche si no hablo con él.

Por lo que sé, últimamente Jason no habla demasiado con Greg. Por eso no le ha contado que ha roto con Erin. Jason ni siquiera lo ha visto desde la ruptura.

Jason para el coche y le dice «hola» al teléfono.

Greg está chillando tanto que lo escucho perfectamente:

—¡Tío! — grita—. ¿Dónde estás?

—No voy a ir —le dice Jason.

—¿Qué? — chilla Greg. La música suena a todo trapo de fondo—. ¡No te escucho!

—¡Que no voy a ir!

—¿Por qué no?

—Estoy ocupado.

—¿Con qué?

—Con cosas. Iré a la próxima.

—¡Mueve el culo hasta aquí! — chilla Greg.

—Tengo que irme.

—¿Qué?

—Te llamo mañana.

—¡Das asco! —chilla Greg.

Jason cierra el móvil de golpe.

—¿Querías ir a esa fiesta? — le pregunto —. Porque a mí no me importa.

—Bueno, a mí sí me importa. ¿Eso te ha sonado mínimamente divertido?

—Mmm... no.

—Buena respuesta — dice Jason—. Hay una razón para que tú seas la única persona con la que he estado saliendo este verano.

Al principio pensaba que era extraño que Jason no tuviera un mejor amigo, pero ahora lo entiendo. Jason es amigo de mucha gente, pero la verdad es que no conecta con ninguno de ellos a un nivel más profundo. Nosotros somos los únicos que nos comprendemos como siempre hemos querido ser comprendidos.

Cuando llegamos a lo alto de la colina, una luna enorme se vislumbra en el cielo frente a nosotros. Nunca había visto la luna de este tamaño. Es tan grande que casi da miedo.

—Es como una Luna de Cosecha —me maravillo.

—He oído hablar de ellas pero no tengo ni idea de qué son.

—Es la luna llena más próxima al equinoccio de otoño.

Lo que no le explico es lo que significa astrológicamente. Representa el momento de aclarar problemas emocionales, perdonarte a ti mismo y dejar atrás tus cargas para prepararte para la nueva cosecha. Todo lo que no estoy preparada a hacer. Menos mal que no es una verdadera Luna de Cosecha.

La luna se ve gigantesca y naranja en el horizonte.

—Ha salido hace unos minutos —dice Jason—. Por eso parece tan grande. Es una ilusión óptica.

—Lo sé.

Cuando la luna está cerca del horizonte, tu mente la compara con los objetos que ves alrededor, como los árboles, o las casas. Si la luna pareciera siempre tan grande, sería genial, porque todas las noches habría un montón de luz de luna.

—Ojalá siempre pudiera ser así.

—Justo estaba pensando en eso.

Me apoyo contra Jason, contemplando la luna, intentando aferrarme al recuerdo de cómo me siento ahora mismo. No quiero que se me olvide nunca.

Me cuesta creer, que el instituto empiece en dos semanas. No tengo ni idea de a dónde ha ido a parar mi verano. Supongo que es lo que pasa cuando estás enamorada: el tiempo te juega malas pasadas.

Acordé con Jason que le contaríamos a Erin lo nuestro cuando volviera a casa. Se ha quedado un poco más en el campamento para hacer unas jornadas de entrenamiento y poder ser monitora el verano que viene. Desde que Greg me dijo que nos había visto juntos, no hemos aparecido demasiado en público. Jason prefiere esquivar a todo el mundo a arriesgarse a que Erin se entere antes de que se lo contemos. Solo hemos ido al cine una vez y hemos estado todo el verano evitando ir a The Fountain. Las pocas veces que nos hemos encontrado con gente del instituto, hemos actuado con naturalidad. Hoy Jason está trabajando de socorrista en Green Pond. Yo estoy tumbada en el césped (cerca de su puesto de observación, pero no demasiado cerca) y la situación es completamente inofensiva, porque probablemente ni siquiera hablemos.

Pero, en cuanto estamos solos, no podemos quitarnos las manos de encima.

Lo único en lo que puedo pensar es en besar a Jason. La piel me arde cuando lo toco. Es como si tuviera fiebre. Estoy todo el rato despistada, incluso cuando estoy haciendo cosas sencillas, como ayudar a mi madre en el jardín. Un día, hasta arranqué una planta tomatera mientras quitaba las malas hierbas.

Me estoy volviendo loca.

Por la noche es cuando podemos estar juntos de verdad. Estas noches de verano con Jason han sido las más intensas de mi vida. Me es imposible imaginar algo remotamente parecido a ellas. Sé que recordaré estos meses para siempre, sin importar lo que pase. Me he escapado de casa por la noche un par de veces para verlo. Por ahora, no me han pillado.

Me muero de ganas de que llegue esta noche para que por fin podamos estar juntos y besarnos durante horas.

La espera es una tortura.

Tengo que ponerme más protector solar. Tengo la piel completamente

reseca. Estoy segura de que me sentiría mucho mejor si me metiera en el agua, pero eso no va a pasar.

Casi todo el mundo está en el agua. Hoy hace un día abrasador. Me echo un poco de crema con el espray, sobre todo en la parte de arriba del bikini. Normalmente no me echo suficiente protector en esa parte y se me queman los bordes de la piel alrededor de los tirantes.

Jason está subido a su silla de socorrista, contemplando el agua. Hoy está particularmente guapo. Quiero decir, está guapo todos los días, pero hoy está especialmente mono. De lo único que tengo ganas es de subir la escalera de su puesto de observación y sentarme con él. Sería genial si pudiéramos actuar como novios, como todo el mundo. ¿Cómo pueden tener dos personas una relación de verdad si nadie sabe que la tienen?

Jason me pilla mirándolo. Sonríe. Los dos llevamos las gafas de sol puestas, pero soy capaz de ver el color exacto de sus ojos, grabado a fuego en mi memoria.

—Hola, Lani —me dice Connor—. ¿Está ocupado este sitio?

—Es todo tuyo.

He visto a Connor aquí unas cuantas veces. Siempre se acerca a saludarme, pero es la primera vez que se sienta a mi lado. Ojalá Blake estuviera aquí, pero tiene que ir a soplar vidrio casi todos los días, mientras que yo solo trabajo unos pocos días a la semana.

Connor extiende su toalla junto a la mía. Tiene un estampado de un alce y dos tipos.

—¿Qué es ese alce? — le pregunto.

—¡Ah! — se ríe Connor —. Lo tengo de toda la vida.

—¿Quiénes son esos los dos tipos que están con él?

—Bob y Doug.

Por la manera en que lo dice, parece que tuviera que saber quiénes son Bob y Doug.

—¿Quiénes son?

—¿No conoces a Bob y Doug McKenzie?

—La verdad es que no mucho.

—¡Por Dios!

Connor me habla de ellos. Aparentemente, son muy conocidos en Canadá: algo que ver con donuts, hockey y bonetes.

—¿Qué es un bonete? — tengo que preguntarle.

—Ah, sí, es verdad. Siempre se me olvida que aquí no los llamáis así. Es

un gorro de invierno.

—¿Y por qué no lo llamáis simplemente gorro de lana?

—Es un gorro especial. Tiene un pompón.

—Bueno, pues si tiene un pompón, entonces...

Connor se pone una crema solar con un nivel de protección industrial.

—¿Cómo está el agua?

—Por ahí dicen que está genial.

—¿Todavía no te has metido?

—Ni me voy a meter.

—¿Por qué no? Hace como cuarenta grados fuera.

—Me gusta el calor.

Menuda mentira. Pero prefiero mentir a tener que explicar de dónde proviene mi miedo al agua. Connor probablemente no sepa lo del accidente. Cuando se mudó aquí, era una historia pasada de moda en el departamento de cotilleos del supermercado.

Me paso las horas siguientes hojeando con parsimonia mis revistas de cotilleos, sudando más de lo que parece humanamente posible, hablando con Connor y lanzándole miraditas a Jason. Cuando el calor se vuelve insoportable, empiezo a recoger mis cosas.

—¿Puedo preguntarte algo? — me dice Connor.

—Claro.

—¿Te apetece... quieres... quieres que hagamos algo algún día?

Oh, no. Tenía la sensación de que esto iba a pasar. Desde aquel día el curso pasado que Connor me dijo que pensaba que era guapa, me he temido que fuera a decirme esto.

Aun así, tengo que aclararlo.

—¿Te refieres a... una cita?

—Sí.

Bueno, aquí es donde la cosa se complica. No puedo decirle a Connor directamente que tengo novio, porque querrá saber quién y entonces, ¿qué podría contarle? ¿Y cómo puedo darle a entender que no estoy disponible sin explicarle por qué?

La única persona que sabe la verdad sobre Jason y yo es Blake. Sé que puedo confiar en que no se lo dirá a Erin ni a nadie más. Al principio no iba a contarle lo nuestro, pero me moría por decírselo a alguien, así que se lo confesé todo a Blake, desde el primer beso. Blake está extasiado. No podría estar más emocionado por mí.

—Mmm... —Connor es un tipo genial y siempre ha sido super amable conmigo, pero no hay chispa. Quizá podría decirle simplemente que me gusta, pero solo como amigo. ¿No es lo que haría si no estuviera saliendo con Jason? —. Yo, eh... —Aunque eso suena fatal. No quiero hacerle daño. Y quizá no quiera ser mi amigo después de escucharlo—. No puedo salir contigo.

Connor estudia detenidamente el alce de su toalla.

—Es porque... — No quiero que empiece a comportarse raro conmigo, así que tengo que decirle algo —. ¿Puedes guardarme un secreto?

—Claro — dice Connor —. Se me da muy bien.

—De acuerdo, entonces... Estoy saliendo con alguien. Pero es secreto, así que no se lo puedes contar a nadie.

—¿Con quién?

—No te lo puedo decir.

—No se lo contaré a nadie.

—Sí, pero aun así, no te lo puedo decir.

Connor sonríe maliciosamente.

—¿Es un asunto escandaloso?

—Más o menos — Me alivia hablar de Jason aunque Connor no sepa de quién estamos hablando. Me hace sentir ligera —. Siento no poder contarlo.

—Bueno, por lo menos no me han rechazado, ¿eh?

—No has sido rechazado.

—Estaba claro que no estabas disponible. ¿Cómo ibas a estarlo?

—Eres muy amable — Meto mi botella de agua en la mochila y me pongo las chanclas —. ¿Nos vemos luego?

—¿Vas a volver?

—No, quería decir... otro día.

—Ah, claro.

Cuando camino junto a la silla de socorrista de Jason, me cuesta mucho no decirle nada. Tenía planeado encontrarme aquí con él más tarde, esta noche, pero Connor me va a estar observando. No quiero que empiece a sospechar, así que paso junto a Jason sin siquiera mirarlo.

La semana antes de que empiece el instituto vuela y Jason se convierte en una especie de mancha borrosa que corre trente a mí a toda velocidad. Pasamos cada segundo que podemos juntos. Aunque ya no me escapo de casa por las noches. Casi me pillan volviendo la última vez. Eso está afectando seriamente a la calidad del tiempo que pasamos juntos a solas. Además, están pasando todas estas cosas:

LUNES

Hoy es el último día que ayudo a mi madre en el mercado ecológico. Acabamos de terminar de colocar las cestas de hortalizas y de poner los precios cuando alguien dice: «¿Lani?».

Levanto la vista... y me encuentro con la madre de Jason.

Oh, no. No, no, no, no, no.

Se suponía que estas dos madres nunca debían de haberse conocido.

Es decir, mi madre conoce a todo el mundo, así que probablemente alguna vez le hayan presentado a la madre de Jason, pero estoy segura de que mi madre no recuerda quién es. Mientras se mantuvieran alejadas la una de la otra, ninguna averiguaría cuánto tiempo hemos estado pasando juntos Jason y yo y ninguna de las dos llegaría a la conclusión de que somos más que amigos. Mi madre conoce a Jason y su madre me conoce a mí, pero las dos piensan que quedamos con más gente, que salimos en grupo.

La cadena de rumores de los padres rivaliza con la de los hijos. No me puedo arriesgar a que la verdad salga a la luz de este modo.

— —Hola — digo a mi pesar. Considero la opción de esconderme en la cesta de los calabacines y, si no lo hago, es porque es demasiado pequeña —. Mamá, ya conoces a...

— —Usted es la madre de Jason, ¿verdad?

Mi madre le tiende la mano y se pasan los siguientes minutos poniéndose al día con las noticias del inicio de curso. Intento parecer atareada, aunque ya hemos terminado de colocar. Cuando el primer cliente se acerca a nuestra mesa, prácticamente lo ahuyento con mi entusiasmo. Nos compra unos cuantos pimientos.

Después me vuelvo a quedar sola con las madres.

Que me miran fijamente.

—Estaba diciéndole a tu madre lo agradable que es que Jason y tú os hayáis hecho buenos amigos — dice la madre de Jason.

— —Ah, ¿usted también se ha dado cuenta? — pregunta mi madre con falsa inocencia.

Me quiero morir.

— —Bueno, será mejor que me vaya — dice la madre de Jason—. Estoy segura de que nos veremos pronto, Lani.

Se me pone la cara caliente. ¿Son imaginaciones mías o me miran como si se hubieran enterado de algo que preferirían no saber?

Cada vez es más evidente que no estoy engañando a nadie.

MARTES

Jason y yo decidimos que dedicaremos la noche a las manualidades. Uno de los niños que van a bañarse al lago le ha regalado un kit para hacer caleidoscopios que sobró de su campamento, así que eso vamos a hacer. También voy a aprovecharme de la capacidad de Jason de hacer círculos perfectos para que me dibuje unas cuantas Tierras de cartulina para pegarlas en los carteles de One World.

Cuando mis padres ven a Jason, nos permiten ir a mi habitación pero... con la puerta abierta. Ayer tuve la sensación de que mis padres saben exactamente lo que hay entre Jason y yo aunque durante todo este tiempo les haya estado diciendo que no había nada. Yo sigo insistiendo en que somos solo amigos. En parte, la noche de las manualidades es una treta para demostrarles que no está pasando nada entre nosotros.

Extendemos nuestro arsenal sobre mi cama. Jason está dibujándome otro círculo perfecto.

—¿Cómo haces para que siempre te salgan tan redondos? — le digo.

—Es una capacidad innata. Dibujar círculos es una habilidad que no puede desarrollarse.

—Fascinante.

La cartulina cruje cuando Jason la corta.

De repente, suelto:

—¿Alguna vez te he contado que Erin y yo fuimos a que nos leyeran la mano?

Nunca le he dicho a Jason que la vidente sabía de él. Pero, de repente,

siento la necesidad de hacerlo. Con Erin a punto de volver a casa y el comienzo del instituto a la vuelta de la esquina, necesito asegurarme de que las cosas entre nosotros no van a cambiar.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues... en abril.

—No, nunca me lo habías contado.

—Ah — Levanto uno de los círculos de cartulina que ha hecho Jason—. Bueno, no fue más que... hay una vidente en la ciudad que lee la mano y echa el tarot y se nos ocurrió entrar — Hay unas cuantas hebras de papel alrededor del borde del círculo. Las arranco —. Ella sabía de ti. La vidente, quiero decir.

—¿En serio?

—A ver, no es que dijera tu nombre ni nada de eso, solo me dijo que... que ibas a aparecer en mi vida.

—Guau.

-Ya.

Rasco con la uña el borde del círculo.

—¿Cómo sabes que estaba hablando de mí?

—Porque era evidente.

Jason me quita el círculo de las manos antes de que lo destruya por completo.

—¿Quieres que lo haga con una forma distinta o...?

—¡Ay! ¡Perdona!

—No te preocupes. Puedo hacer los que quieras — Jason empieza a dibujar otro círculo —. Y... ¿qué te dijo?

—Pues que eras... importante para mí.

Creo que me voy a echar a llorar. Es difícil encontrar las palabras adecuadas cuando te mueres por decir algo que te da miedo verbalizar. Me preocupa que las cosas cambien después de nuestro verano perfecto. Y, bajo todo ello subyace el pánico que tengo a que Erin vuelva. Ahora, de repente, Erin estará en casa en unos días y no puedo disfrutar de estar con Jason de la misma manera. Estoy tensa. Lo Desconocido puede atacar en cualquier momento y reducir tu vida a pedazos. Las cosas pueden cambiar muy deprisa. Detesto no saber qué va a pasar con nosotros.

La incertidumbre me está matando.

—Ven aquí —me dice Jason.

Me acerco un poquito.

—No —me dice—. Aquí.

Me acurruco completamente contra él. Echo una mirada a la puerta abierta. Jason me rodea con los brazos. Me apoyo contra él y, por ahora, me siento segura. Me pregunto cuánto durará esta sensación.

MIÉRCOLES

Ha habido un par de días este verano que he pensado que eran los más calurosos de mi vida, pero hoy hace más calor que si pusiera todos esos días juntos. Se me ocurre que un paseo por Venus sería un buen alivio. Jason tiene que trabajar y yo tengo el día libre, así que Blake y yo hemos decidido remojarnos un rato en mi Slip'n Slide, una especie de tira de goma que se moja con agua y sirve para jugar a deslizarse por ella. Sus prácticas acaban de terminar, pero está emocionadísimo con la idea de seguir soplando vidrio. Su tutor le ha dicho que puede usar el estudio una vez a la semana después del instituto. Incluso quiere vender algunas de las piezas de Blake. Estoy muy contenta por él. Se merece que le pasen cosas buenas.

Cuando Blake aparece vestido con su bañador, le silbo.

—Perdona —le digo—, se te había olvidado avisarme de que esto era una fiesta sexy.

—No podía ser de otra manera si tú estás invitada.

—Ja — Agarro la manguera y vierto agua sobre el Slip'n Slide —. ¿Listo?

—¡Ooohhh! — Blake toma carrerilla y se lanza sobre la tira de plástico —. ¡Me pido el próximo turno!

Me encanta ver a Blake así, como si jamás le hubiera pasado algo malo, como si no tuviera preocupaciones. Nunca está así de feliz durante el curso. De verdad espero que ser estudiante de último año haga que su vida le resulte más tolerable.

VIERNES

Jason tiene una sorpresa para mí.

Me va a llevar a algún lugar secreto, pero no me quiere decir dónde. Llevamos así tres días: yo pidiéndole pistas y él no dándome ninguna. Pensaba que a estas alturas ya se habría hartado de jugar a este jueguecito, pero le encanta.

A mí lo que me encanta es estar en el cuarto de Jason. Huele a él y allí tiene todas sus cosas. Su cama es muy cómoda, así que la confisco mientras Jason dobla un poco de ropa limpia que su madre acaba de traerle. La casa de Jason siempre está super fresca por el aire acondicionado. La

verdad es que podría vivir aquí.

—Dame una pista — digo.

—Sin pistas —dice Jason.

—Una pequeñita.

—Seguimos sin pistas.

—¿Por favor?

—Pensaba que te gustaban las sorpresas.

—Me gustan más cuando me dan pistas.

Las patas de Phil repiquetean por el pasillo. Está en el hueco de la puerta, observándome.

—Hola, Phil — le digo.

Phil me mira fijamente.

—Eres una monada. ¡Monadita!

Extiendo el brazo por el borde de la cama. Phil repiquetea en dirección a mí. Me olisquea la mano. Después espera a que lo acaricie.

Intento convencer a Jason con una técnica diferente.

—¿Es un lugar cerrado o al aire libre?

—Las dos cosas. No más pistas.

Phil me mira con sus ojos tristes y brillantes. Me gustaría decirle que todo va a ir bien. Parece siempre tan preocupado... Y siempre está olfateando con el hocico pegado al suelo, como ahora. Así que saco del bolso el juguete que le compré ayer en la tienda de animales.

Esa sí que fue una experiencia rara.

JUEVES

Blake quería ir a mirar peces a la tienda de animales, así que lo acompañé. Cada vez que viene a mi casa, se queda pegado al acuario, adorando a Wallace y Gromit. Blake quiere tener su propio acuario cuando vaya a la universidad. Podría comprarse uno ahora si sintiera que su casa es un verdadero hogar, pero no quiere llevar mascotas a un ambiente hostil.

Así que estamos en la tienda de animales y lo primero que vemos es un gato blanco sentado en una especie de pedestal que da mucho miedo. Encrespa el pelaje en un alarde de orgullo. Tiene unos ojos rarísimos, como láseres, mucho más expresivos que los de los humanos. Sentí como si me pudiera leer el alma. Sus ojos parecían decir: «Sí, te conozco. Sé todo lo que estás pensando». El gato se comporta de manera exótica, altanera. Supongo que eso es lo que pasa cuando te ponen en tu propio pedestal.

—Me está dando pánico —le digo a Blake.

—¿Quién?

Señalo al gato. El animal se da cuenta perfectamente de que lo estoy señalando. Sus enormes ojos azules se entrecierran: «Sí, sé lo que has estado haciendo todo el verano. Sé que te has estado escapando».

Solo tengo ganas de marcharme, pero hago de tripas corazón y compro un juguete para Phil. Después salgo corriendo de allí. El gato siniestro parece contentísimo de su hazaña.

Cuando hago sonar el muñeco, Phil le gruñe. Luego estornuda, lo muerde y se lo lleva a una esquina para tener un poco de privacidad.

—¿Preparada? — dice Jason.

—Para... Perdona, ¿qué era lo que íbamos a hacer? Se me ha olvidado.

—Buen intento.

Nos montamos en el coche y nos ponemos las gafas de sol. El sol vespertino es increíblemente brillante. Como la carretera por la que conducimos solamente lleva a un sitio, por fin desablo dónde vamos.

—¿Estamos yendo a Smoke Rise? — pregunto.

Allí es donde descienden los globos aerostáticos. Cuando mi madre y yo solíamos conducir persiguiendo uno, siempre terminábamos allí. Me gustaba ver a la gente que montaba en ellos. Siempre me preguntaba qué tipo de personas serían, si alguna vez tenían miedo y qué se sentiría al volar tan alto.

—Quizá —responde Jason.

—¿Y qué vamos a hacer en Smoke Rise?

—Mmm. La verdad es que no lo he pensado.

Cuando llegamos, un globo aerostático está descendiendo. Bajamos del coche y salimos a verlo aterrizar. Cada vez que un (horro de llamas se eleva para calentar el aire dentro del globo, hace un ruido alto y estridente.

—Esto es muy guay —le digo—. ¿Cómo sabías cuándo iba a aterrizar el globo?

—No lo sabía.

—Ah, o sea que esto es una coincidencia.

—Exacto —me dice y me toma la mano.

Escruto al resto de las personas que hay presentes. No son linchas y no veo a nadie del instituto. Aunque tampoco creo que a nadie le interese algo tan estúpido. Pero nunca se salió. ¿i quién te puedes encontrar.

—Vamos —dice Jason.

—¿Dónde?

—A la sorpresa.

—Pensaba que esto era la sorpresa.

—¿Qué? ¿Esto? No, esto solo ha sido un globo aterrizando. Lo puedes ver cuando quieras.

—¿Y cuál es la sorpresa?

Jason señala a otro globo que está aterrizando. Después me mira a mí, emocionado.

—¿Qué? —le digo.

—Vamos.

Nos acercamos al globo, que tiene la tela a rayas, de los colores del arcoíris. Hay alguien junto a él, escribiendo algo en una pizarra.

—Hola, Jason.

—Ay, Dios — digo —. ¿Me vas a llevar a montar en globo?

—¿Si te digo que no, podemos seguir adelante con la sorpresa?

Siempre he querido montar en globo y Jason lo sabe. Lo sabe y no se ha quedado sin hacer nada al respecto, sino que ha decidido solucionarlo.

Hasta que no nos elevamos y todo parece increíblemente pequeño bajo nosotros, no me doy cuenta. Los enormes problemas a los que tenemos que enfrentarnos cada día son muy pequeños. Estamos tan concentrados en las cosas que nos preocupan que no intentamos ver nuestra vida desde una perspectiva más clara.

Todo irá bien. Independientemente de lo que pase cuando Erin vuelva a casa o de cuánto se enfade, las cosas saldrán como se supone que tiene que salir. ¿Acaso el destino no consiste en eso? ¿En que la Energía influye en nuestras acciones y nos dirige hacia nuestro destino? Si Jason y yo estamos destinados a estar juntos, entonces todo lo que ha pasado este verano ha sucedido justo como se suponía que tenía que hacerlo.

Desgraciadamente, no creo que Erin piense lo mismo.

Nos adentramos un paso. Después un paso más.

Me sumerjo hasta los tobillos.

Luego hasta las rodillas.

Luego hasta los muslos.

Cuando el agua me llega a la cintura, tengo que parar a tomar un respiro.

—Hasta aquí puedo llegar — decido.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

—Bueno, pues quedémonos aquí y veamos qué pasa.

Hablamos de todo un poco. De paseos por las vías del tren y del destino, del horóscopo y de nuestros trabajos de verano, del instituto y de nuevas ideas para escribir en código. Cuando, por casualidad, miro a las estrellas, me doy cuenta de que todas han cambiado de posición.

—¿Crees que podemos avanzar un poco más? — dice Jason—. Estás a salvo.

—Lo intentaré.

Me aferró a su mano. Nos adentramos un poco más. Poco después, estoy sumergida hasta los hombros.

—Lo estás haciendo muy bien — me dice —. No dejaré que te pase nada — Jason está de pie frente a mí, sosteniéndome las manos — , ¿Me dejas que te arrastre unos segundos? Lo único que tienes que hacer es dar patadas.

—¿Cuántos segundos?

—¿Tres?

¿Soy capaz de hacer esto? Mientras mis pies están en contacto con el fondo de lago, sé que lo más probable es que no me ahogue. Pero cuando no pueda sentir que el fondo me sostiene...

Entonces, recuerdo mi objetivo. Quiero nadar en Hawái el verano que viene. Quiero saber qué se siente al ser libre.

—De acuerdo — le digo.

Jason parece sorprendido.

—¿En serio?

—Date prisa antes de que cambie de idea.

Funciona. Jason me arrastra mientras yo me deslizo por el agua durante unos segundos, pataleando suavemente. Lo repe timos una y otra vez, hasta que ya no tengo miedo.

Llevo toda la vida esperando esto: el momento de ser suficientemente valiente como para superar mis temores, el momento en que todo encajaría en su lugar.

Mi vida por fin puede convertirse en todo lo que siempre he querido que sea.

Tercera parte

septiembre-octubre

«El destino es como un restaurante extraño, poco conocido, lleno de camareros raros que te traen cosas que no has pedido y que no siempre te gustan.»

Lemony Snicket

«Lo esperado es solo el principio. Lo inesperado es lo que cambia nuestras vidas.»

Meredith Grey, *Anatomía de Grey*

A veces las cosas tienen que empeorar para poder mejorar. Lo que nunca imaginé es que podrían llegar a empeorar tanto.

Si hace tres meses me hubieran contado que Erin llegaría a pensar que Jason es un mierda, habría respondido «de ninguna manera». Pero aquí está, sentada en el porche delantero de mi casa, quejándose de lo mierda que es Jason.

—¿Quién rompe con su novia mientras está de campamento? —despotrica Erin—. ¿Quién hace una cosa así? ¿Por carta?

Lleva en casa dos días. Todavía no se lo he dicho. Jason es quien se lo va a decir. Se siente responsable. Ha tenido que marcharse por un asunto familiar, así que no va a ver a Erin hasta que no empiece el instituto.

—¿Quieres más limonada? —pregunto.

—Sí — dice Erin—. Esta humedad es insoportable.

Le lleno el vaso de limonada y añado un trocito de lima. Me encanta lo del trocito de lima. Me hace sentir muy adulta.

Tenía todas mis esperanzas puestas en que Erin seguiría enganchada a su rollito de verano con Lee. Pero no es así. Nunca la había visto tan enfadada. Lleva despotricando de Jason desde que llegó. Además, cuando la vi ayer también estuvo despotricando todo el rato. Y no parece que vaya a terminar pronto.

Hacerle frente a la realidad es un bajonazo.

—Habría sido distinto si lo hubiera visto venir —sigue maldiciendo—. Si nos hubiéramos peleado, o algo. Pero todo estaba bien cuando me fui. ¿Qué pudo haber cambiado tan rápido? ¡Si ni siquiera estaba aquí!

Asiento como si la comprendiera. Ocultarle la verdad me está matando. De hecho, su rabia extrema está haciendo que me dé miedo contárselo. Me alivia que sea Jason quien vaya a hacerlo en mi lugar.

—¿Qué crees que pasó? — me pregunta.

—Oh... mmm...

—¿Cómo se atreve a dejarme con una maldita carta? ¿Pero quién se piensa que es?

El vaso de Erin se derrama y la limonada chapotea por el suelo del porche.

—Lo siento — me dice.

—No pasa nada —Quizá este sea un buen momento para desviar la conversación hacia el tema de Lee, así que digo- ¿De dónde me has dicho que era Lee?

—De una ciudad cerca de la bahía.

—¿Y va a venir a verte?

—Quizá.

—Eso es guay.

Una paloma torcaz ulula. Erin no dice nada más de Lee.

—No me puedo creer que mañana vaya a tener que enfrentarme a todo el mundo en el instituto — dice.

—No te preocupes. Nadie lo sabe.

—Oh, pero lo sabrán. Los rumores corren como la pólvora. ¿Qué se supone que debo decir cuando me pregunten por qué ya no estamos juntos? Todo el mundo se enterará de que Jason me dejó — A Erin se le ponen los ojos húmedos —. Nunca en mi vida me he sentido tan humillada.

—No te preocupes. Nadie tiene por qué enterarse. Jason no ha ido por ahí contándoselo a todo el mundo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él no es así.

—Esa es buena —se burla Erin—. Yo tampoco pensaba que fuera a romper conmigo con una maldita carta. Pero ahí lo tienes. ¿Quién sabe de qué será capaz este gilipollas?

En cuanto se va, llamo a Jason. Le digo que no puedo volver a verlo hasta que Erin sepa lo nuestro. Estar con él este verano mientras éramos nosotros dos solos, era una cosa. Ahora que Erin está de vuelta, no puedo mirarla a la cara si sigo saliendo a escondidas con Jason. Me siento la persona más miserable del mundo. Ya es suficientemente difícil verla y actuar como si no pasara nada. ¿Cómo se supone que iba a funcionar esto? ¿Erin me trae a casa en coche después del instituto y yo salgo en secreto con Jason después?

¿En qué narices estaba pensando?

—¿Qué dices? — me pregunta Jason al teléfono.

—Las cosas son diferentes ahora que ha vuelto. No puedo seguir quedando contigo y hacer como si no pasara nada. No es justo para ella.

—¿Estás diciendo que no podemos vernos nunca? ¿O solo en el instituto?

—Nunca.

—Hasta que lo sepa.

—Justo.

—¿Y qué me dices de cuando lo sepa?

—Entonces no tendremos que seguir escondiéndonos.

Agarro la Bola Mágica y la agito. Pienso una pregunta: «¿Estará bien Erin?». La Bola Mágica responde: PARECE QUE SÍ.

—Mira —Escucho que Jason se cambia el teléfono de oreja —. Sabes que quiero decírselo en persona. Veré si quiere quedar conmigo mañana cuando vuelva a casa.

—¿Vas a ir a su casa?

—Estaba pensando en quedar con ella en The Fountain.

No digo nada. ¿Cómo puede querer llevarla allí? Ese es nuestro sitio...

—¿Lani?

—Estoy aquí.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué tenéis que ir allí?

—No tenemos que ir a ningún sitio.

—Pero decías que querías decírselo en persona.

—Y quiero hacerlo. ¿Dónde se supone que deberíamos ir?

La verdad es que tendría que darme igual. Puede decírselo en The Fountain si quiere. Es solo que no quiero imaginarme l.i escena de Jason contándoselo a Erin cada vez que vayamos allí a por un helado.

¿Por qué me estoy volviendo tan loca con esto?

—No, está bien — le digo —. Id a la heladería.

—Todavía no le he dicho que quedemos. Quizá no quiera.

—Y, entonces, ¿qué?

—Entonces tendré que decírselo en el instituto.

—Pero para eso faltan dos días.

—De acuerdo. La llamaré y le preguntaré si podemos vernos mañana por la noche.

—¿Estás seguro de que no te importa contárselo? Porque yo podría...

—Sí. Tengo que hacerlo yo.

Después de colgar, se me ocurren un montón de ¿y si...? ¿Y si Erin quiere volver con Jason? ¿Y si se lo pide? ¿Y si él se siente mal y vuelve con ella? ¿Y si no puede contarle la verdad sobre nosotros?

Cuando suena el teléfono, me sobresalto. Es Jason otra vez

—Eso ha sido rápido — le digo.

—Me ha colgado.

—¿Qué?

—Sí. Ni siquiera he podido preguntárselo.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Cuando ha oído que era yo, ha colgado.

—¿Vas a intentar llamarla otra vez?

—¿Para que vuelva a colgarme? Me parece que no.

—¿Y ahora qué?

—Puedo probar a mandarle un mensaje. Pero dudo que quiera verme.

—Dile simplemente que tienes que hablar con ella. Que es muy importante.

—Querrá saber por qué.

—Entonces supongo que tendremos que esperar hasta que empiece el instituto.

Esto es un lío. Acabo de decirle a Jason que no podemos vernos hasta que Erin lo sepa. Pero creo que no voy a poder aguantar dos días para verlo. Aunque supongo que no hay mucho que hacer al respecto. No puedo decirle a Erin que Jason quiere hablar con ella. Querrá saber para qué. Y no puedo contarle lo nuestro porque Jason insiste en que tiene que ser él quien se lo diga.

—Bueno... — dice Jason—. Entonces supongo que te veré en el instituto.

—Sí. Nos veremos allí.

Dos días parecen una eternidad. No sé cómo voy a sobrevivir hasta entonces. Lo único en que puedo pensar es en lo bien que me siento cuando estamos juntos. Simplemente con estar a su lado y besarlo, sé que nada puede separarnos.

Excepto, quizá, la cruda realidad.

Hoy es el peor primer día de comienzo de curso de la historia.

Y no es porque Erin se haya negado a hablar con Jason cuando se ha acercado a ella, ni porque aún no lo sepa.

Es porque corre el rumor de que Blake es gay.

Nunca pensé que pasaría esto. No tengo ni idea de quién lo ha extendido. Si la gente quería hacer correr la voz, ¿no lo habrían hecho hace mucho tiempo? ¿Por qué empiezan de repente a decir esto al principio del último año de instituto?

Blake no ha hecho nada llamativo ni distinto para que la gente se fije en él de repente. Él ha mantenido un perfil bajísimo todo el verano, y se ha pasado casi todo el tiempo soplando vidrio.

Nada en él ha cambiado.

Yo soy la única persona que sabe que es gay y estoy segura de que no se lo ha contado a nadie más. Blake sabe que puede confiarme sus secretos...

Espera un momento.

Aquel día, casi a final de curso con Jason. Cuando se me escapó que Blake era gay. Jason prometió que no se lo diría a nadie y yo lo creí. Aún lo creo.

Pero, si no se lo ha dicho a nadie, ¿quién ha sido?

Jason y yo tenemos Física juntos a segunda hora. Nos asignan asientos mañana, pero hoy podemos sentarnos donde queramos. Reservo dos pupitres libres para nosotros en la partí- trasera del aula. Necesitamos hablar.

Cuando Jason entra, lo saludo con la mano. No sonrío cuando me ve, aunque pensé que lo haría. No pasa nada, porque yo tampoco estoy sonriendo.

Jason se sienta y me dice:

—¿Has oído lo de Blake?

—Claro. Todo el instituto habla de ello.

Estoy intentando no enfadarme, pero esto es ridículo. Jason es la única persona que sabe lo de Blake. ¿Quién más podría haber empezado a correr el rumor?

Suena la campana. Todo el mundo se calla. Cuando el profesor nos tiende el programa y empieza a explicarlo, abro mi archivador con mucho sigilo, saco un trozo de papel y escribo:

¿Cómo sabe la gente lo de Blake?

Doblo la nota y se la paso a Jason.

Él escribe en respuesta:

No tengo ni idea.

Y luego:

Somos las únicas personas que lo sabemos. O éramos, más bien. ¿Qué me dices? ¿Le has contado a alguien lo de Blake? ¡Claro que no! ¡No me puedo creer que me lo estés preguntando! Entonces, ¿cómo ha salido a la luz?

No he sido yo, te lo juro.

Miro a Jason. Creo que me está diciendo la verdad. ¿Por qué se lo iba a contar a nadie, de todas maneras? No sería típico de él.

Después de clase, me encuentro con Blake en el pasillo. A pesar del caos del primer día de curso, Blake consigue arrastrarme hasta las puertas de emergencia sin que nos vea ningún profesor.

—¿Se lo has dicho a alguien? —me dice.

—¡No!

Blake no parece muy convencido.

—¿Estás segura?

—¿Por qué iba a hacerte eso?

—No lo sé, Lani. Eso es lo que estoy intentando averiguar.

—No se lo he dicho a nadie.

—Entonces, ¿por qué lo sabe todo el mundo?

Quiero creer a Jason. Es decir, lo creo. Pero tenía que preguntarle si se lo había dicho a alguien. Claramente le ha ofendido que no confiara completamente en él, pero nunca se sabe.

Blake acerca muchísimo su cara a la mía.

—Júrame por mi vida que no se lo has dicho a nadie.

No puedo jurárselo por su vida. Eso sería desafiar al destino. Si es verdad que las cosas van a estar bien, tengo que decir la verdad. Empezando por ahora.

—Prométeme que no te vas a enfadar cuando te lo cuente -digo.

—¿Cuándo me cuentes el qué?

—Antes prométeme que no te vas a enfadar.

—No te puedo prometer eso.

—Se lo conté a Jason.

—¿Pero qué co...?

—¡No fue a propósito! ¡Se me escapó!

—¿Pero cómo se te puede escapar algo así? ¡Me prometiste que nunca se lo dirías a nadie!

—Es que me dijo que pensaba que eras mi novio y yo...

—¿Así que le dijiste que soy gay? ¿No podías haberle dicho simplemente que somos amigos?

—Pero es que él dijo...

—¡No me importa lo que te dijo! ¡Mi vida está acabada! ¿Entiendes eso? Nunca había visto a Blake tan furioso. Ni siquiera después de las peores broncas con su padre.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento. ¡Se me escapó!

Blake está completamente decepcionado.

—Confié en ti — me dice.

—Todavía puedes confiar en mí. Déjame que me explique, por favor. El...

—Ahórratelo — dice Blake, y me da la espalda.

—Espera, déjame...

—Nada de lo que digas puede arreglar esto. Todo el mundo lo sabe. Por tu culpa.

Blake se marcha a toda prisa, lejos del instituto.

Lo sigo por el césped, pero me cuesta mantener su ritmo, porque es más alto que yo. Camina tan deprisa que tengo que correr para alcanzarlo.

Intento explicárselo otra vez:

—Por favor, solo...

—¿Cómo puedes haberme hecho esto?

—Jason me dijo que no se lo contaría a nadie.

—¡Y mira lo bien que ha salido!

—No creo que haya sido él quien lo haya contado.

—¿Se lo has contado a alguien más?!

—¡No!

—¿Entonces, quién más podría haberlo contado, Lani? Vosotros sois las únicas personas que lo sabéis.

—No lo sé. Pero no ha sido Jason. Se lo acabo de preguntar en Física y me ha dicho que no ha sido él.

Blake frena en seco.

—Vale, piensa. ¿Estabas con más gente cuando se lo dijiste?

—No había nadie en el aula con nosotros.

—¿Estabais en un aula?

Asiento.

—¿En cuál?

—Mmm...

No me acuerdo. Estaba nublado. El aula estaba a oscuras. Jason.

—¿Cuál?

—La que hay antes de entrar al despacho del orientador. La uno diecisiete.

—¿Y no había nadie más allí?

-No.

—¿Estás segura?

-Sí.

—¿Miraste en todos los rincones?

No. Quiero decir, que si entras en un aula vacía, a oscuras y no ves a nadie allí sentado, asumes que está vacía.

—Da igual — dice Blake.

Esta vez, cuando se marcha, lo dejo ir. Si yo fuera Blake, seguro que también me marcharía. Algunos chicos del instituto pueden ser muy crueles. Me cuesta creer que la homofobia siga existiendo. A estas alturas debería de ser un concepto arcaico. ¿Por qué la gente no comprende que todos somos... diferentes pero iguales?

Blake no volvió ayer al instituto. Y eso no es nada bueno, teniendo en cuenta que era el primer día de clase y eso. Pero hoy no puede volver a faltar.

Mientras espero a Blake en la puerta, Jason entra en el p rking de estudiantes. Lo observo mientras aparca el coche. Ojalá pudiéramos estar juntos. Nunca he querido algo en mi vida con tantas ganas. Jason camina hacia mí a través del césped. Intent  hablar con Erin ayer después del instituto, pero ella lo ignor  por completo. Después intent  llamarla por la noche, pero no respondió. A mí me pas  lo mismo cuando intent  llamar a Blake (tantas veces que casi me da vergüenza reconocerlo).

— Por qué no se lo cuento yo? — le dije a Jason cuando me llamó—. Está claro que no quiere hablar contigo. No podemos seguir esperando.

—Yo no estoy esperando —replicó Jason—. Estoy preparado para contárselo.

— Y si le mandas un *email* ?

—Creo que no est  bien hacer esto por *email*.

—Pero tampoco está bien que no podamos estar juntos.

Cuando lo veo acercarse, cada centímetro de mi cuerpo se muere por tocarlo. Pero aquí nos ver  todo el mundo.

A no ser que...

Jason se acerca a mí lentamente. Me mira. No dice nada. Sus ojos son del verde más oscuro que he visto nunca.

—Encu ntrate conmigo en las escaleras del ala de Ciencias antes de comer — le pido.

Este año volvemos a tener la misma hora para comer. Con la diferencia de que, este año, Erin también tiene esa hora libre. Ayer me costó muchísimo sentarme con ella y hacer como si no pasara nada mientras lanzaba miraditas a Jason, que estaba tres mesas más allá, esperando que él también me mirara... Porque, por si no tuviéramos bastante, este año no se nos permite salir del instituto a la hora de comer. Algunos de los imbéciles de último año se cargaron ese privilegio a finales del curso pasado cuando armaron un gran l o en un restaurante y ahora nosotros tenemos que pagar

el pato. Así que los estudiantes de último curso de este año estamos atrapados en la cafetería hasta el próximo semestre.

Jason asiente y sigue caminando. Sé que dije que no quería verlo hasta que Erin lo supiera, pero no puedo seguir haciendo esto. Él es lo único en que puedo pensar. Ahora que no podemos estar juntos, deseo estar con él cien veces más. Me estoy volviendo loca.

Blake aparece dos minutos antes de que suene la primera campana. No parece que tenga prisa por llegar a tiempo.

—Por favor, no te enfades conmigo —le digo—. Odio que nos peleemos.

—Me pregunto quién tendrá la culpa de eso —responde él y pasa de largo.

Antes de la hora del almuerzo, todas las asignaturas parecen durar una eternidad. Mientras miro fijamente el reloj en clase* de Historia, tengo la sensación de que el tiempo retrocede en vez de avanzar.

En cuanto suena la campana, meto mis cosas en la mochila y corro al ala de Ciencias. Hay un lugar secreto bajo las escaleras.

No sé si alguien más lo conoce. Lo encontré un día, el primer año de instituto, cuando estábamos haciendo un ejercicio de Biología en el pasillo y mi pelota de poliespan rodó hasta este escondite.

Mientras espero a Jason, me concentro en no hacer ruido. Si alguien me encontrara esperando bajo las escaleras, me moriría de vergüenza. No sé qué voy a hacer cuando llegue aquí. Solo sé que tengo que estar a solas con él.

Escucho que la puerta que hay en lo alto de las escaleras se abre y unas chicas ríen.

—Solo es un rumor de mal gusto —dice una de las chicas—. No es gay.

—¿Cómo lo sabes? —le espeta la otra chica.

—¿Quizá porque estuvo totalmente colgado de mí el año pasado?

—¿Te pidió salir?

—No exactamente. Pero estuvo tonteando conmigo en clase de Química.

—Eso no prueba nada.

—¿Por qué iba a tontear conmigo si es gay?

—¿Hola? ¿Para que no sospecharan de él?

—Da igual. Estaba saliendo con Lani.

Contengo la respiración. ¿Quiénes son estas chicas? No reconozco sus voces. ¿Las conozco? ¿Y por qué no se mueven?

—Quizá solo eran amigos.

—Sí, claro. ¿Alguna vez los has visto juntos?

—Sí, pero...

—Créeme. Eso no es amor platónico.

La puerta se abre de nuevo. Una nueva chica dice:

—¿Dónde os habíais metido, chicas?

Su voz suena más baja que la de las otras.

—Pues aquí, claramente.

—¿Blake no estaba saliendo con Lani? — dice la primera chica.

—Blake es gay — dice la que acaba de llegar.

—No, no lo es. El año pasado flirteó conmigo.

—Qué tontería — dice la nueva chica —. Ryan dice que oyó a Lani contarle a alguien que Blake es gay.

—¿Qué Ryan?

—Ryan Campanelli.

—¿Cuándo?

—A finales del año pasado.

—Sí, claro. Seguro que se puso a hablar de eso delante de Ryan.

—No, él estaba en otra aula. ¿No sabes que se escucha todo lo que se dice en la uno diecisiete desde la sala de espera del despacho del orientador?

—Ah, es verdad. Es por no sé qué del sistema de ventilación.

—Pasa lo mismo con la dos cuarenta y dos y la dos cuarenta y cuatro. Yo tenía Comunicación Audiovisual en la dos cuarenta y dos el año pasado y escuchábamos todo lo que pasaba en la dos cuarenta y cuatro.

—Ryan estaba yendo a ver al profesor Bradley cuando escuchó a Lani. Ella dijo que...

La puerta se abre.

—Chicas, ¿dónde se supone que deberíais estar? —dice la voz de un profesor—. Largo de aquí.

Escucho que las chicas se apresuran. Me muero por saber quiénes son, pero no puedo correr el riesgo de exponerme.

Se supone que Jason tendría que estar aquí desde hace diez minutos.

Unos segundos después, la puerta vuelve a abrirse. Jason baja las escaleras corriendo. Sé que es él sin necesidad de mirar.

—Lo siento —dice Jason. Se agacha y se mete en el hueco de la escalera —. Esas chicas han tardado una eternidad en irse. Yo estaba...

Lo beso.

Te echo de menos — me dice.

—Yo también.

—Voy a mandarle un *email* a Erin.

—Pero dijiste...

—Lo sé. Pero no me está dejando opción.

Vuelvo a besarlo.

—¿Cómo está Blake? — susurra.

—¡Tío! — grito en un susurro —. Acabo de averiguar quién ha contado lo de Blake. ¡Ha sido Ryan!

—¿Ryan Campanelli?

—Sí. Estaba en el despacho del orientador cuando nosotros estábamos en la uno diecisiete. Me escuchó cuando se me escapó lo de Blake.

—¿Cómo?

—En la sala de espera que hay antes de entrar al despacho del orientador se oye todo lo que pasa en la uno diecisiete a través del sistema de ventilación.

—Ay, mierda.

—No me puedo creer que haya esperado tanto para contarlo.

—Por lo menos ya sabes quién lo hizo. Y también sabes que no fui yo.

—Ya sabía que tú no...

No me da tiempo a terminar lo que estaba diciendo. Porque Jason me está besando.

Y eso es lo único que importa.

Cuando Jason me llama para decirme que por fin le ha escrito el *email* a Erin, me siento aliviada. Me reenvía el correo para que vea lo que le ha puesto. Le dice que nunca quiso hacerle daño y que quiere estar conmigo.

No tengo ni idea de qué va a hacer Erin. Bueno, tengo una pequeña idea. Una idea aterradora.

Pienso en llamarla. No dejo de descolgar el teléfono y volver a colgarlo. Evidentemente, va a estar enfadada. Evidentemente, me va a odiar. No hay nada que pueda hacer contra eso. Lo único que puedo hacer es esperar a que quiera volver a hablarme.

Quizá nunca lo haga. Blake sigue sin hablarme. He intentado llamarlo un montón de veces, pero sigue haciéndome el vacío. Es como si hubiera decidido expulsarme completamente de su vida por un error estúpido.

Tres horas más tarde, cuando suena el teléfono, no me puedo creer que sea Erin.

—Hola —le digo.

—Hola —responde.

Ninguna dice nada. Se escucha un zumbido hueco.

—¿Qué tal? — me dice Erin.

—Bien...

¿Qué tal está Blake?

—Pues... no tan bien.

—Me imagino.

Erin no parece enfadada. Estaba esperando encontrármela hecha una furia. Quizá no haya leído todavía el correo de Jason.

—¿Sabes lo que he oído? — dice Erin.

—¿El qué?

—Que has sido tú la que ha contado lo de Blake.

—¡No! ¡Fue Ryan Campanelli!

—Pues yo he oído que fuiste tú, y que Ryan solo está contándole a la gente lo que dijiste.

—¡Solo se lo dije a Jason! ¡Estábamos solos!

—Ah, ¿estabas a solas con Jason?

—Bueno... no estábamos... solos. Estábamos en un aula en la que no había nadie.

—¿Por qué?

—Pues... la verdad es que no me acuerdo.

—¿Y te acuerdas de haberme mentado a la cara?

El corazón me deja de latir un segundo.

—¿Has recibido el *email* de Jason? —le pregunto.

—Quiero oírte decirlo.

—¿El qué?

—Que eres la zorra mentirosa que me ha robado el novio.

El corazón me deja de latir por completo.

—Ya no es tu novio —le digo con voz temblorosa.

—Ah, sí. Gracias por recordármelo.

—No quería...

—¿Sabes? Tuve un mal presentimiento cuando me estaba montando en el autobús del campamento. Estuve a punto de decirte algo. Pero confié en ti. Bianca me advirtió de que no dejabas de tontear con Jason a la hora del almuerzo, pero siempre te defendí. Debería haberme dado cuenta. ¿Por qué si no ibais a sentaros solos en una mesa?

—No estábamos tonteando. Y a ti te parecía bien que nos sentáramos juntos.

—¡No me puedo creer que te pidiera que quedaras con Jason mientras estaba fuera!

—Lee su correo.

—Ya lo he hecho. Y ahora toda la clase también puede leerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo he reenviado a todo el mundo. Para que sepan cómo eres en realidad. Que sepan que me has robado el novio y me has mentado a la cara. Eso no está bien.

El miedo me recorre entera. Sabía que Erin se iba a enfadar, pero esto es absurdo. ¿Ha enviado el *email* de Jason a toda la clase? Es como si ya no la conociera. ¿Qué tipo de persona haría una cosa así?

Alguien a quien le has arruinado la vida.

Alguien que quiere arruinar la tuya.

—Después de todo lo que he hecho por ti... Ni siquiera estarías viva si no fuera por mí — dice.

Eso ha sido cruel. Nunca había sacado a relucir lo del accidente. A ver,

hemos hablado de ello y por supuesto que le he dado las gracias por mantenerme con vida aquel día, pero nunca me había dicho nada tan cruel. Aunque lleva razón. Erin significa para mí más que ninguna otra persona en el mundo. No me puedo creer que yo haya dejado que las cosas fueran tan lejos.

—Lo siento mucho, muchísimo — le digo —. Haría cualquier cosa para arreglar esto.

—¿Cualquier cosa?

—Sí.

—Deja de ver a Jason.

Un momento. Esto no debería estar pasando así. Se suponía que Jason iba a contarle a Erin lo nuestro y que ella se enfadaría, pero después Jason y yo estaríamos juntos y, con el tiempo, ella

lo superaría. Todo está saliendo al revés. O quizá no. Quizá esto sea la Energía recordándome todo lo que perdería si Erin no estuviera en mi vida. No sería solo perder a una amiga. Sería perder parte de mi historia, a alguien que es casi una hermana para mí.

Ya le he hecho suficiente daño a Erin. Obligarla a vernos juntos sería torturarla.

—De acuerdo — le digo —. No volveré a verlo.

—¿Prometido?

—Prometido.

—Intentaré creerte. Pero eso no cambia lo que has hecho.

—Erin, ha terminado. Ni siquiera volveré a mirarlo.

—Eso es lo mínimo que puedes hacer.

—Lo siento.

—Muy bien. Una pena que a nadie vaya a importarle eso. Espero que te diviertas mañana en el instituto. Me parece que, precisamente para ti, va a ser un día muy divertido.

Lo sabe todo el mundo.

¿Sabes cuando tienes la sensación de que la gente está hablando de ti? ¿Sobre todo la gente que solía ser tu amiga? Pues así es. Todo el mundo piensa que soy una malvada roba novios que va por ahí arruinando la vida de su mejor amiga.

Nadie sabe la verdad. Y de ninguna manera puedo decirles que Erin está mintiendo.

Pasar por mi taquilla antes de ir a clase es una depresión suprema. La gente me mira. Otros se vuelven cuando los miro. Algunos se ríen. Una chica que ni siquiera conozco me empuja. Me empuja fuerte. Todo el mundo me odia.

Antes de que Erin reenviara el *email* de Jason a toda la clase, escribió un párrafo en el que decía que yo lo tenía todo planeado. Que yo había querido estar con Jason desde el principio y que se lo robé a sus espaldas. Incluso reescribió el correo para que nosotros quedáramos peor todavía y ella un poco mejor. Como era de esperar, todo el mundo la cree. Es tan convincente que casi hasta yo la creo.

Voy a mi taquilla y me concentro en la clave. No quiero tener que mirar a nadie más. No puedo soportar ver tanto odio en los ojos de la gente.

Cuando Danielle se acerca a mí, no podría sentirme más aliviada. Estaba empezando a pensar que no me quedaba ningún amigo.

—¿Has podido leer el artículo? — le digo.

Tenemos la primera reunión de One World del año en unos días. Me está ayudando a hacer una presentación para captar unos cuantos miembros nuevos.

—Sí... eh... —Danielle saca el artículo de su mochila. Tiene el borde completamente doblado. Me lo da —. La verdad es que no puedo ayudarte con esto.

—¿Por qué no?

—Es solo que... —Mira a su alrededor. Hay un montón de gente mirándonos — ..no puedo.

Prácticamente huye de mí.

Genial. Hasta mis amigos me odian. Aunque el correo de Erin no puede ser el motivo por el que Danielle me esté evitando. No creo que lo haya dado por cierto sin ni siquiera hablar conmigo. Tengo que averiguar qué le pasa.

A raíz de eso, las cosas solo empeoran. Es como si nadie fuera a concederme la oportunidad de dar mi versión de los hechos. Todo el mundo ha asumido que no tengo versión. Incluso la gente que no conozco. Por ejemplo, en clase de Física, estaba contestando a una pregunta en voz alta y dos chicas se han puesto a cuchichear. No me hace falta saber qué estaban diciendo para darme cuenta de que cotillean sobre mí.

Me resulta muy difícil estar en esta clase con Jason y no hablar con él, ni mirarlo. Ahora tenemos asientos asignados. Jason está sentado lejos de mí. Consigo resistirme a lanzarle miraditas para ver si él está haciendo lo mismo.

Después de colgar a Erin anoche, llamé a Jason para contarle lo que le había prometido. Fue una de las conversaciones más deprimentes que he tenido en mi vida.

Por si lo de Física no fuera suficientemente vergonzoso, la hora del almuerzo es aún peor. Después de elegir la comida, me quedo de pie con la bandeja en la mano, buscando un lugar seguro donde sentarme. Erin está sentada con los chicos del Círculo de Oro, Bianca incluida. Estoy segura de que están escuchando una parrafada furiosa sobre lo malísima que soy.

Bianca me lanza una mirada horrible. Sé que estuvo espiándonos el curso pasado, pero no se me ocurrió que fuera tan rastrera como para irle con el cuento de sus visiones distorsionadas a Erin.

Blake está sentado con el grupo de los «artistas». Parece triste. Lo único que tiene delante es un vaso de *ginger ale*. Sus tendencias anoréxicas aumentan al mismo ritmo que sus niveles de estrés.

Jason está en el otro extremo de la cafetería. Reconozco a algunos de los chicos con los que se sienta como sus compañeros de las tutorías de Primaria. No estoy segura de si me ha visto. Ojalá pudiera ir a sentarme con él. Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como este verano.

Aunque eso, evidentemente, es imposible.

Me siento mal por él. Está claro por qué los chicos del Círculo de Oro se han puesto de parte de Erin.

Jason es quien les mintió.

Jason es quien dejó a Erin por carta.

Jason es quien los ha estado evitando todo el verano para estar conmigo.

Pero ninguna de esas cosas ha sido culpa de Jason. Nada de esto hubiera pasado si yo no hubiera dejado que me besara aquella noche.

Hay una mesa vacía en una esquina. Es el único lugar seguro donde sentarme. Mientras voy hacia allí, paso junto a una mesa en la que hay asientos libres. Una chica me mira para ver si me atrevo a sentarme. Luego deja su mochila en el sitio libre para asegurarse de que no lo hago.

Me siento en la mesa vacía. Intento aparentar que no me importa estar completamente sola. O que todo el mundo en la sala esté hablando de mí. Quizá las cosas no sean tan malas como pienso. El Círculo de Oro me odia, pero no significa necesariamente que todo el instituto esté contra mí. Pero es que son un grupo enorme. Y también hay muchas más personas que piensan que soy una puta roba novios, así que da la sensación de que todo el instituto me odia.

La gente me mira.

Agito mi zumo.

La gente me sigue mirando.

Es imposible desenroscar este tapón.

Me está costando muchísimo no llorar.

De repente, el tapón se abre. Me raspo la mano con el borde de la mesa. Estoy sangrando. Podría ir a la enfermería. Pero, entonces, tendría que salir de aquí mientras todo el mundo me mira. No puedo lidiar con eso. Así que presiono una servilleta contra mi mano y espero a que deje de sangrar.

Nadie viene a sentarse conmigo.

Después de quedarme mirando fijamente la mesa durante un buen rato, intento abrir mi bolsa de frutos secos. Pero no se abre. Tengo los ojos llorosos. Me digo que tengo que calmarme, que todo va a estar bien. Pero mi voz interior me dice: «Sabes que- eso es mentira».

Aprieto mi cristal de turmalina. Es inútil. Ni un cubo entero de cristales de turmalina podría equilibrarme ahora.

Miro a Jason. Aparta rápidamente la mirada. Está evitando el contacto visual.

La bolsa de frutos secos por fin se abre. Intento morder un anacardo. Sabe a cartón.

Nunca en mi vida me había sentido tan sola.

Esto es tan deprimente... Todos sentados en mesas distintas. Odiándonos. Ojalá supiera cómo arreglarlo.

Jason se levanta.

El pulso se me acelera. ¿Está viniendo hacia aquí?

Jason limpia su bandeja a toda prisa. Lo veo estrujar una lata de refresco de uva. Mete todos los materiales reciclables en sus respectivos contenedores, separándolos cuidadosamente de los residuos orgánicos. Hay algo triste en el modo en el que se mueve, demasiado despacio, como si estuviera completamente agotado. Reciclar se ha convertido en algo rutinario para él. Lo hace sin ni siquiera pensar en ello.

Ha cambiado. Por mí.

Cuando termina, Jason se vuelve y me pilla mirándolo. Aun así, no se acerca. Simplemente, se dirige a su mesa.

Bianca se acerca a mí.

—Erin me ha pedido que te diga que quiere que le devuelvas su bolso rojo —me dice.

—¿Qué?

—Me has entendido perfectamente. Su bolso rojo. El que te prestó hace dos meses y que todavía no le has devuelto.

¿Me lo está diciendo en serio? ¿De verdad Erin la ha mandado a darme un mensajito, como si estuviera en sexto de Primaria? ¿Cuán estúpido es eso?

—¿En serio? —pregunto.

—Mmm... Sí.

—Bueno. Pues puedes decirle a Erin que ella tiene montones de cosas que yo le he prestado y que quiero que me las devuelva antes de darle el bolso.

—Le daré el mensaje. Ah y, para que lo sepas, la gente está diciéndole a Erin lo que realmente piensa de ti.

—¿Quiénes?

—Todo el mundo. Más específicamente, la gente que decidiste que no era suficientemente buena para ser tu amiga.

¿Pero cómo puede ser que todavía estén molestos por eso? No hice un comunicado oficial para anunciar que el Círculo de

Oro daba asco. Simplemente, me fui apartando de ellos poco a poco. Bianca se comporta como si no me estuviera permitido apartarme de la gente con la que ya no tengo intereses en común. Y eso es increíblemente estúpido.

—Están muy enfadados contigo — añade Bianca.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Nada. Solo creo que deberías saberlo.

—Gracias por el detalle.

—Es que, bueno, llevan un tiempo enfadados contigo, pero esto lo ha empeorado. Todos pensábamos que Erin y tú seríais amigas del alma para siempre, así que nos callamos lo que pensábamos de ti. Pero ahora merece saber la verdad.

—Lo de «para siempre» sobraba.

-¿Eh?

—No hace falta decir «para siempre» después de «amigas del alma». Está implícito.

Bianca da media vuelta sin decir ni mu y se aleja de mi mesa pavoneándose.

No entendía por qué Erin seguía siendo amiga de Bianca, pero ahora lo tengo claro. Llevan muchísimo tiempo siendo amigas, siempre ha sido así. Aunque Bianca se ha convertido en una persona patética, Erin aún la ve como su amiga Bianca, no como realmente es: sigue aferrada al recuerdo de cómo solía ser.

No puedo seguir aquí. Tengo que irme ahora mismo.

Por desgracia, no se nos permite abandonar la cafetería durante los últimos diez minutos de la hora del almuerzo. Los profesores tienen miedo de que si nos dejan salir demasiado pronto, nos pongamos a liarla por los pasillos. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? Podía haber pedido permiso para ir al baño y haberme olvidado de volver.

La única manera de que el vigilante me deje salir es convencerlo de que tengo una urgencia. En clase siempre funciona. Sobre todo si el profesor es sustituto. Solo hay que decir que tienes

una urgencia y los profesores te dejan marcharte, aunque sea bastante probable y evidente que es mentira. Porque, si resulta que es verdad y el profesor no te deja salir de clase, puede meterse en problemas. Por ejemplo, si estás enfermo y no te dejan irte hasta que vomitas, culpan al profesor. Y ningún profesor quiere meterse en ese tipo de problemas. Es particularmente efectivo cuando el profesor es hombre y tú eres chica. Ningún hombre quiere que le cuentes nada relacionado con asuntos femeninos.

Un millón de ojos siguen mi trayectoria hacia la puerta.

Me acerco al vigilante. Es uno de los profesores más antiguos del

instituto.

—¿Puedo ayudarte? — me dice en un tono que deja entrever que de ninguna manera voy a salir de aquí y que no entiende por qué me molesto en intentarlo.

—¿Puedo ir al baño?

Consulta el reloj.

—Quedan ocho minutos para que termine la hora del almuerzo. Podrás ir entonces.

—Pero tengo que ir ahora.

—Lo siento. No puedo dejarte.

—Por favor. De verdad que tengo que ir.

Una de las chicas de la mesa junto a la que está sentada Erin ha oído toda la conversación y grita:

—Sí, de verdad que Lani tiene que ir al baño. Tiene una diarrea «que te cagas».

Toda la gente que hay en la cafetería se parte de risa. La cara se me pone de color rojo brillante.

Aunque no es un «asunto femenino», es evidente que el profesor no quiere tener que lidiar con mi situación. Así que no va a decirme que no puedo salir.

Me abre paso con la mano.

—Adelante —dice.

Golpeo la puerta, que se abre de par en par, y corro.

El resto del día es insoportable. Como Erin no me va a llevar a casa en coche, mi madre viene a recogerme. Estoy a punto de pedirle que me deje en casa de Danielle, pero pienso que es mejor ir yo misma más tarde y en bicicleta para poder tener una manera de salir pitando de su casa si fuera necesario. Ir a verla es la mejor manera de averiguar qué le pasa. Probablemente no me conteste al teléfono si la llamo y necesito saber por qué está enfadada conmigo. Así que, después de cenar, monto en mi bicicleta y voy a casa de Danielle.

Me abre la puerta, pero se limita a quedarse de pie en la entrada.

—¿Puedo entrar? — pregunto.

—¿Por qué has venido? — me espeta Danielle.

—Porque quiero saber qué te pasa.

—Pues lo mismo que le pasa a todo el mundo contigo, supongo.

—¿El qué? ¿Qué soy una pérfida roba novios? ¿De verdad crees eso?

Danielle mira por encima del hombro.

—Ahora mismo, no puedo dejar entrar a nadie — me dice.

—No me voy a ir hasta que me digas qué te pasa.

Sale de la casa, cerrando la puerta a sus espaldas. Se cruza de brazos.

—¿Y bien? — le digo —. ¿Por qué estás enfadada?

—Erin me ha contado lo que dijiste.

—Y lo que dije es...

—Me ha contado que no querías invitarme a tu fiesta de cumpleaños.

—¡Pero yo nunca dije eso!

—¿Y qué me dices de pasar tu cumpleaños sola? Me dijiste* que no ibas a invitar a nadie.

—Solo éramos tres. No fue nada.

—Si no fue nada, ¿por qué me mentiste?

—Lo siento. No sabía qué otra cosa hacer.

—Podías haberme invitado.

—¡Iba a hacerlo! Fue Erin la que me dijo que no lo hiciera.

—¿Y le hiciste caso? ¿Por qué la invitaste a ella y a mí no?

—¡Ni siquiera fue una fiesta! ¡Solamente estuvimos pasando el rato!

—¿Y qué pasa, que no soy suficientemente guay para pasar el rato con vosotros?

—¡No! Quiero decir... sí, claro que lo eres. Pensé que no te apetecería, solo eso.

—¿Y por qué no iba a apetecerme?

No puedo reconocer que Erin y Danielle no se llevarían bien. Erin siempre se ha mostrado celosa de mi relación con Danielle. A Danielle le habría parecido bien venir, pero a Erin le habría supuesto un gran problema. La noche hubiera sido un desastre.

—¿Conoces a Erin? — pregunto —. ¿O a Blake? ¿De qué habríamos hablado?

—Ese no es el tema. ¿Por qué no me defendiste cuando Erin te dijo que no me invitaras? ¿No se supone que nosotras también somos amigas?

—Sabes que lo somos. Es que... todo esto es estúpido. Debería haberte dicho que vinieras. Siento no haberlo hecho.

—Sí, yo también.

—Entonces, ¿volvemos a ser amigas?

—Me temo que no.

—Danielle, siento no haberte...

—No es solo por lo de tu cumpleaños. Me mentiste cuando te pregunté si pasaba algo con Jason.

—¿Qué te hace pensar que pasaba algo?

—¿¿Has ido hoy al instituto??

—¿Estás dispuesta a creer un rumor sin siquiera preguntarme si es verdad?

—¿Lo es?

No tiene sentido seguir ocultando la verdad.

—No pasó como Erin dice.

—No me puedo creer que no me lo contaras. ¿Por qué no confiaste en mí?

—No es que no confiara en ti. Es que no podía hablar de ello. Con nadie.

—¿Ni con Blake?

Mierda. Ahora que Blake está enfadado conmigo, quizá le haya contado a Danielle que sabía lo de Jason desde el principio. No puedo arriesgarme a seguir mintiendo.

—Se lo conté —admito—. Pero él más o menos lo sabía.

—¿Y por qué no me lo contaste a mí?

Sacudo la cabeza. Es imposible contestar a esa pregunta sin ofenderla. Danielle y yo somos amigas. Estoy segura de que no se lo habría contado a nadie. Es solo que Blake y yo somos más amigos. Sé que podría confiarle cualquier cosa.

Aparentemente, hay varios grados de confianza.

—Espera, ¿podemos...?

No tengo oportunidad de terminar de decir lo que quería.

A no ser que quiera hablar con la puerta que se acaba de cerrar en mis narices.

Cosas que dan asco:

- Tengo los ojos constantemente rojos de llorar todo el fin de semana.
- Blake todavía no me habla.
- Erin tampoco.
- Ni Danielle.
- No puedo comer nada sin tener la sensación inmediata de querer vomitarlo.
- Jason y yo nunca estaremos juntos.

Dormir siempre ayuda. Mientras duermes, no tienes por qué pensar en lo triste que es tu vida. Pero cuando te despiertas, todo vuelve a empezar. Tu triste vida.

No quiero levantarme de la cama. No quiero ir al instituto.

Pero me levanto y voy de todas maneras.

En cuanto llego, me doy cuenta de que debería haberme quedado en casa.

Hay un corrillo de chavales alrededor de las taquillas, hablando y riendo. Tienen los ojos abiertos de par en par, con esa expresión que se le pone a la gente cuando pasa algo interesante. Me abro camino a través de ellos para ver qué están mirando.

Están mirando a la taquilla de Blake.

En la que pone MARCA en grandes letras amarillas pintadas con espray.

No me puedo creer que alguien haya hecho esto. Me parte el corazón que la gente sea tan cruel. ¿Por qué no pueden dejarlo en paz?

El corrillo se abre un poco. Blake lo atraviesa.

Todo el mundo deja de hablar.

Nadie le dice nada. Solo se quedan para ver qué hace.

Blake actúa como si no hubiera visto lo que pone en su taquilla. Se limita a girar lentamente la ruedecilla del candado, concentrado en los números. Intenta fingir que no pasa nada para que nadie se percate de su dolor.

La gente sigue mirándolo como si fuera un animal del zoo. Nadie hace

nada para defenderlo.

Me acerco a Blake y me pongo delante de él, plantándole cara al corrillo.

—¿Qué pasa con vosotros? —les digo — , ¿No tenéis nada mejor que hacer?

Blake abre la taquilla y saca sus libros.

—Si queréis hablar mal de mí, adelante. Pero dejad en paz a Blake.

Nadie se mueve.

—¡Marchaos!; — grito.

El profesor Bradley se acerca.

—¿Qué está pasando aquí? — dice.

La taquilla de Blake está abierta, así que no lee la pintada.

—¡Alas aulas! —chilla—. ¡Vamos!

El corrillo se dispersa. Unos cuantos chavales se quedan rezagados, deseosos de ver cómo Blake se derrumba.

Blake cierra su taquilla y se queda mirando la pintada.

—Puedo ayudarte a quitarla — me ofrezco.

—No se va a quitar.

—Sí, se quitará. Puedo pedir que nos dejen un poco del limpiador que usan los celadores para quitar las pintadas de las mesas.

Los celadores me adoran. Les hago la vida más fácil con todas las acciones que One World promueve para que los alumnos reciclen. Me dejarán tomar prestado lo que quiera.

—¿Crees que funcionará? — me dice Blake.

—Estoy segura. Voy a por ello.

—Espera —Blake me abraza—, Gracias.

La gente que quedaba se va, decepcionada por la ausencia de crisis nerviosa. Blake es más fuerte de lo que nunca podrán imaginarse. No va a darles el gusto de demostrar lo mucho que le duele todo esto.

Esperaba que Blake y yo hiciéramos las paces después de limpiar su taquilla pero, mientras frotamos la pintada, no hablamos. Después, se limita a darme las gracias y nos vamos a clase.

Connor es la única persona que sigue siendo amable conmigo. Siempre me acompaña en los intercambios de clase si vamos en la misma dirección. Hablamos por teléfono o chateamos casi todas las noches. Está muy preocupado por mí. Es muy atento por su parte, pero espero que no se esté haciendo falsas ilusiones.

¿Pensaré que, como aparentemente las cosas no han funcionado con

Jason, tiene posibilidades de que salga con él? Espero que se dé cuenta de que solo quiero que seamos amigos.

Cuando Connor me dice que viene a mi casa esta noche, salto de alegría ante la perspectiva de un poco de compañía. El ostracismo es un lugar muy solitario.

Miramos en mi armario e intentamos decidir a qué juego de mesa jugar. Necesito un rato de evasión y no pensar.

¿Qué te parece a las cartas? — dice Connor.

—¿Sabes jugar al 500?

—Pero para eso se necesitan por lo menos cuatro jugadores.

—No, para nada.

—Claro que sí. Si somos solo una pareja, ¿contra quién jugamos?

—¿Eh? ¿Estás hablando de alguna versión canadiense, verdad?

—No. Solo hay una versión. ¿O hay más?

—Aparentemente sí.

—Cielo santo. Podríamos intentarlo con un poco de terapia artística. Eso siempre funciona.

—¿Significa eso que no te apetece jugar al Cluedo?

—¿Qué te apetece más, Cluedo o hacer baba verde?

—¡Baba verde!

—¿Tienes maicena?

—Creo que sí.

Pasamos la siguiente hora en regresión hacia la época de nuestras vidas en que las cosas no eran tan complicadas.

—¿Te sientes mejor? — me pregunta Connor.

—Sí y no. Quiero decir, que esto me ayuda a mantener la mente despejada pero, de repente, lo recuerdo de nuevo y todo vuelve a dar asco.

—Debe de estar siendo muy duro para ti. Sobre todo por lo del accidente y eso.

—¿Cómo sabes eso?

—Alguien me lo contó.

—¿Cuándo?

—El año pasado.

—¿Alguien te lo contó así, sin más?

—La verdad es que no —Connor estruja un poco de baba verde entre los dedos, que pasa inmediatamente de líquida a sólida — . Hubo un día, en clase de Arte, que estabas inclinada sobre un dibujo y pude ver parte de tu

cicatriz bajo el flequillo, así que le pregunté a un amigo cómo te la habías hecho.

-Ah.

—¿Por eso nunca nadas en el lago?

-Sí.

—Perdona, no tenemos que hablar de esto si no quieres. No es...

—No, no pasa nada. Tengo ganas de hablar.

Le cuento todo a Connor. Es agradable hablar de ello con alguien que no estuvo directamente involucrado en el accidente.

Me siento agradecida de que todavía haya alguien dispuesto a escucharme.

— *Gracias a todos* por venir — digo —. Hablemos un poco de quiénes somos y qué hacemos.

La primera reunión de One World siempre es emocionante. Nuestra asociación aumenta cada año. Nunca sabes quién se va a unir; algunas personas siempre son capaces de sorprenderte.

—hay otras que no cambiarán nunca.

Bianca y Marnie siguen riéndose. Cada vez que empiezo a decir algo, se parten de risa.

—¿Te resulta divertido? — le pregunto a Bianca.

—Muchísimo —dice.

—se echan a reír otra vez.

Continúo con la sesión orientativa.

— Llevo siendo miembro de One World desde el primer año de instituto. Como presidenta, es mi deber informaros de que participamos en eventos comunitarios, como limpiezas de parques públicos y actividades de educación complementaria.

Marnie levanta la mano.

—¿Marnie? — le doy turno.

—Sí, me estaba preguntando si podías informarnos de los talleres.

—¿Qué tipo de talleres?

—Ah, pues no sé... ¿no ibas a organizar uno para enseñarnos a robarle el novio a nuestra mejor amiga?

Algunas de las chicas presentes ríen y susurran. Ninguna está de mi lado, excepto Sophie, que acaba de unirse. Danielle ni me mira. Los chicos (los únicos dos que hay) restriegan los pies contra el suelo, avergonzados.

—Quizá lo organice —le digo—, pero creo que no hace falta que te molestes en apuntarte. Ningún chico querría salir contigo, por muchos talleres que hagas.

Los chicos ríen disimuladamente. Todo el mundo mira fijamente a Marnie, esperando a ver cómo reacciona.

—Por lo menos no soy una puta — dice ella.

—Cállate, Marnie — dice Sophie.

Sigo explicando cosas sobre la asociación y sus objetivos. Al menos Sophie no me odia. Por desgracia, no tiene la misma hora para almorzar que yo. Aunque, últimamente, no tengo nada de apetito. Debería dejar de ir a la cafetería directamente. Quizá a partir de ahora tome el almuerzo en el hueco de las escaleras del ala de Ciencias.

Más tarde, por la noche, cuando mi madre me dice que la cena está lista, sigo sin tener hambre, pero no voy a poder escaparme. Si no bajo a cenar, tendré que soportar una interminable batería de preguntas que no quiero contestar. Así que, después de echar de comer a Wallace y Gromit, bajo las escaleras.

Mis padres saben que no estoy bien. Hay demasiada conversación insulsa y nerviosa en la mesa para disimular que no pasa nada.

—¿No tienen estos tomates un aspecto increíble? — suelta mi madre.

—Alucinante — confirma mi padre.

—Acabo de cortarlos de la planta.

—Supongo que el jardín está remontando.

Me observan e intercambian una mirada. Creen que no me he dado cuenta, pero ha sido más que evidente.

Tengo los ojos fijos en el plato: lo raspo con el tenedor y desperdigo las patatas por su superficie.

—Cielo, no has tocado la cena — dice mi madre.

—Sí que la he tocado —replico — . Lo que no hecho ha sido comérmela.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Tienes que comer — dice mi padre.

—No tengo hambre. He comido un montón a mediodía.

Intercambian otra mirada. Estoy segura de que saben que estoy mintiendo. Si eres tan bajita como yo, hasta cuando pierdes un kilo se nota. Y debo de haber perdido bastante más de un kilo desde que empezó el instituto.

—Sabes que puedes hablar con nosotros de lo que sea — me dice mi madre.

—Lo sé.

—O... si quieres, te puedo llevar al centro de salud, para que hables con un especialista.

—¿Qué tipo de especialista?

Se miran otra vez.

—¿Podéis dejar de miraros y decirme qué pasa?

Mi padre no va a replicar ahora. Pincha una rodaja de tomate.

—Ultimamente no comes nada — dice mi madre —. Estamos preocupados.

—¿Es eso? ¿Pensáis que soy anoréxica o algo así?

—Estás muy delgada.

—No tengo un desorden alimenticio.

—Pero no comes...

—¡Pero no es por eso! —No se lo puedo contar. Me da demasiada vergüenza —. Es que... bueno, me ha pasado una cosa. Pero voy a estar bien.

Me permiten levantarme de la mesa. Me escondo en mi habitación durante el resto de la velada. Cuando me meto en la cama, no puedo dormir. Estoy inquieta y nerviosa. Una brisa cálida sopla a través de mi ventana. Quizá dar un paseo me ayude a cansarme un poco para poder dormir.

Me pongo una camiseta y unos pantalones cortos y me llevo las chanclas en la mano. Me escabullo escaleras abajo, intentando no pisar el escalón que cruje.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, escucho chirriar las cadenas del columpio-mecedora del porche delantero. Aparto la mano del pomo de la puerta. Me asomo a la ventana y espío.

Blake está tumbado en la mecedora.

Abro la puerta lentamente para no asustarlo. Blake se incorpora rápidamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? — susurro.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —me pregunta Blake.

—¿Por qué estás... ?

—¿Puedo?

—Sí. Claro.

Me siento junto a él en la mecedora. Estamos así sentados un buen rato antes de que se decida a decir algo.

—No puedo ir a mi casa —dice Blake —. Mi padre me ha echado. Hemos tenido la peor bronca de la historia.

—¿Por qué?

—Se ha enterado de lo de la taquilla.

—¿Cómo?

—El profesor Bradley lo llamó. Una lástima que no se parara un momento a considerar que no todos los padres son tolerantes y comprensivos.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Ya no tengo que preocuparme por salir del armario con mi padre.

Blake siempre ha estado convencido de que su padre lo mataría cuando se enterara de que es gay. Yo sabía que se enfadaría, pero no me esperaba que pasara algo así. ¿Qué tipo de persona echa a su propio hijo de casa?

—No pienso volver —dice Blake — , ¿Crees que podría quedarme un tiempo? Pagaré por la comida y eso.

—Seguro que puedes. Por la mañana se lo preguntaré a mi madre.

Blake se estira en la mecedora, apoyando la cabeza sobre una manta doblada que ha sacado de un arcón.

—Siento haberme enfadado contigo — me dice.

—¿En serio? ¡Pero si todo esto es culpa mía! ¡No puedo creer que haya sido tan estúpida!

—No sabías que Ryan estaba escuchando.

—No quería decírselo a Jason. Lo siento muchísimo.

—Es lo que decía mi horóscopo la semana pasada. ¿Cómo era? «Las cosas que deben salir a la luz no pueden mantenerse para siempre en secreto. Es el momento de un cambio».

—¿Ves como siempre acierta?

—Mmm... Sí, creo que me has convencido.

Me levanto y le tiendo una mano a Blake.

—No puedes quedarte aquí fuera. Ven a dormir a mi habitación.

—¿Jason no se pondrá celoso?

—No sabía que te ponías gracioso pasada la media noche.

Inflar el colchón de aire es demasiado ruidoso, así que extiendo un saco de dormir y le pongo una funda limpia a una de mis almohadas para dársela a Blake.

—Duerme en la cama.

—No, me quedo en el suelo.

—Duerme en la cama.

—Madre mía, qué mandona.

Blake se mete en mi cama y se queda dormido inmediatamente. Yo sigo con el subidón de adrenalina que me ha dado cuando lo he visto en el

porche en medio de la noche. ¿Cómo puede ser que él se haya dormido tan rápido?

Por la mañana, me encuentro a mi madre limpiando verduras en la cocina.

—¿Mamá?

—¡Ay! — Deja caer una remolacha en el fregadero —. ¡Me has asustado!

—Lo siento.

—¿Qué quieres para almorzar: un sándwich o sobras? — me pregunta.

Le dije a mi madre que prefería empezar a llevarme mi propia comida al instituto en lugar de tomar el menú de la cafetería. Cuando me preguntó por qué, le dije que los asquerosos menús del instituto me estaban poniendo enferma. Y aunque no es mentira, tampoco es toda la verdad.

—Mmm... Un sándwich está bien.

Sigue limpiando verduras.

—¿Mamá?

—¿Qué pasa, cielo?

—Tenemos que hablar.

Nos sentamos en la mesa de la cocina. Le cuento lo del rumor de Blake. Le cuento lo de la taquilla y que su padre lo ha echado de casa. Omito la parte en la que yo le dije a Jason que es gay.

—¿Se puede quedar aquí, verdad? —pregunto.

—Pobre chico.

—Le dije que seguramente podría.

—No creo que sea muy buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque el padre de Blake no puede echarlo de casa sin más. Es ilegal. Deberíamos llamar a la policía. O al servicio de protección de menores. Tengo que averiguar qué es mejor.

—¿Por qué no puede quedarse aquí un tiempo?

—Si su padre se niega a dejarle volver a casa, quizá las autoridades quieran que su custodia pase a otro pariente.

Quedar bajo la custodia de otro familiar no es la solución más fácil. El tío de Blake es el pariente más cercano que tiene. Blake me ha hablado de su tío Rick. Es un obrero de la construcción que sobrevive cortando leña y vendiéndola antes de que llegue el invierno y cultivando abetos de Navidad en la dudad.

—Pero su tío es su pariente más cercano y vive como a una hora de aquí.

—Bueno, pues Blake quizá tenga que irse a vivir con él.

—¡Ni hablar! ¡Tendrán que transferirlo a otro instituto!

Mi madre se limita a sacudir la cabeza.

—Esto es un asco — opino.

—Veamos qué pasa primero con el padre de Blake. Estas cosas suelen calmarse cuando pasan unos días.

—No me parece justo que no se pueda quedar aquí.

—Tenemos que hacer lo que es mejor para Blake.

Me la quedo mirando fijamente.

—¿En serio? Porque a mí me parece que estás haciendo lo que es mejor para ti.

Cuando vuelvo al piso de arriba, me pongo a enrollar mi saco de dormir. Blake sale de la ducha y vuelve a mi habitación frotándose el pelo mojado con una toalla.

—¿Cómo estás? — le pregunto.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí.

—Puede que la pregunta te suene tonta pero, ¿por qué?

—¿No es obvio? Ya no tengo por qué tener miedo. No tengo que preocuparme por qué pasará cuando mi padre se entere. Si esta era la peor parte, creo que he salido bien parado.

—¿Y qué pasa con la gente del instituto?

—Son gilipollas. No tengo tiempo para preocuparme por ignorantes.

Blake está llevando esto mejor de lo que me esperaba: o osla teniendo una especie de desajuste emocional o lo ha superado demasiado rápido.

—¿Has hablado con tu madre? — me pregunta.

—Ajá —respondo mientras intento mantenerme ocupada doblando el saco de dormir.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha dicho que... —Dejo de enrollar—. Ha dicho que no.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque se ha puesto imposible.

Estoy muy enfadada con mi madre por no dejar que Blake se quede... Para vengarme, pienso tomarme una ducha larga esta tarde y dejar la luz del baño encendida un rato.

—¿Puedo quedarme por lo menos esta noche? —dice Blake.

—Puedo intentar pedirle que te deje quedarte un par de noches más, pero...

—Mierda —dice Blake — . ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

El mejor cartel que he hecho para One World hasta ahora ha sido reducido a pedazos.

Tardé dos horas en hacerlo. La tipografía era impecable. Usé purpurina de ocho colores distintos. Hasta hice unas gráficas chulísimas y las pegué al póster.

Pero alguien lo ha arrancado y lo ha hecho trizas. Y luego ha esparcido los trocitos por el suelo.

Me agacho a recoger uno de los pedazos. Es una de las Tierras que Jason hizo la noche de las manualidades. La había usado para hacer la «O» de World. Estaba decorada con purpurina azul y verde. Nuestra pequeña y perfecta Tierra de purpurina.

Es una pena que la Tierra no sea perfecta.

Sigo sin poder enfrentarme al panorama de la cafetería. Que no se nos permita salir del campus del instituto no quiere decir que tenga que comer allí. Mi plan es saltarme la hora de la comida terminando cosas de la asociación o yendo a la biblioteca. Mantenerme ocupada es la clave.

Hoy voy a almorzar en el hueco de las escaleras del ala de Ciencias. Necesito pasar un poco de tiempo sola. Si alguien me descubre, ¿qué más da? Creo que ya no pueden humillarme más. Blake comería conmigo, pero hoy no ha venido. Mi madre se ablandó y le dejó dormir en casa una noche más. Su tío Rick ha venido a buscarlo esta mañana.

Después de hablarlo con mi padre, mi madre llamó al servicio de protección de menores para presentar una queja anónima. Le dijeron que el maltrato verbal es tan grave como el maltrato físico. Cualquier tipo de maltrato conlleva daño emocional. El padre de Blake lleva maltratándolo psicológicamente tanto tiempo que ya ni me acuerdo de cuándo empezó a hacerlo. Nadie debería vivir así.

Así que el tío de Blake lo ha arreglado para que se quede con él hasta que vaya a la universidad. No estoy segura de qué va a pasar con su padre. Yo estoy aliviada por que Blake ya no tenga que seguir viviendo con él. Su tío Rick vive a cuarenta y cinco minutos de aquí y Blake tiene que ir y volver al instituto en tren todos los días. Hoy va a ir a casa a recoger sus

cosas mientras su padre está trabajando.

Anoche, mientras Blake y yo veíamos una película, Jason me llamó como mil veces. Al principio no respondí. Sé que, si hablo con él, me será aún más difícil mantener la promesa que le he hecho a Erin. Pero me mandó un mensaje diciéndome que no iba a dejar de llamarme hasta que respondiera al teléfono. Blake me dijo que Jason ya había sufrido bastante y que al menos debería escuchar lo que tuviera que decirme. Así que la siguiente vez que Jason llamó, respondí y fui a mi habitación.

—Has contestado —me dijo.

—Le prometí a Erin que no hablaría contigo.

—Lo sé. Pero tengo que hablar contigo de todas maneras. ¿Puedo ir a tu casa?

—¡No! Si se entera, nunca recuperará la confianza en mí. La semana pasada le dije que no volvería a verte ni nada por el estilo.

—No tiene por qué enterarse.

—Pero yo sí.

—¿Ella es más importante que yo?

—Eso no es justo.

—¿Pero qué se supone que va a probar que te mantengas alejada de mí? Ya sabe que hemos estado juntos este verano.

—Pero no hay por qué empeorar las cosas.

Silencio.

—Sabes que me siento fatal por lo que ha pasado — le digo —. Odio que las cosas sean así.

—¿Y por qué tienen que ser así?

—¡Porque es mi mejor amiga! ¡Por eso!

—No, es porque tú estás haciendo que sean así, pero podrían ser como tú quisieras que fueran.

—Bueno, ¿me estás diciendo que estar conmigo te parece buena idea? ¿Dejarnos ver juntos en el instituto, delante de Erin? ¿Y torturarla más de lo que ya lo hemos hecho? ¿Se supone que deberíamos pasearnos por los pasillos dados de la mano y comer juntos y que me lleves a casa en coche después de clase?

—Ehhh... Sí.

—¡Ni hablar! Eso solo lo empeoraría todo.

—¿No quieres estar conmigo?

—Claro que quiero estar contigo. Ya lo sabes.

—Antes lo sabía, pero ya no estoy tan seguro.

Todo este tiempo he estado tan preocupada por no herir los sentimientos de Erin que no me he parado a pensar en cómo estaba afectando esto a Jason. Sabía que los dos lo estábamos pasando mal, pero cuando le dije que no podía estar con él, lo aceptó en contra de su voluntad, porque le importo muchísimo.

—No quiero que las cosas sean así —dice Jason—, Pero, sobre todo, quiero que seas feliz. Si estar conmigo va a hacer que tu vida sea miserable, entonces me mantendré alejado de ti.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es verdad.

Esta es la peor conversación que he tenido en mi vida. No solo estoy haciéndole daño a Erin: también se lo estoy haciendo a Jason.

Pensaba que las cosas no podrían ponerse peor hasta que llegó la clase de Informática. Lo bueno es que esta asignatura se da en la sala de ordenadores y puedes hacer cosas que se supone que no deberías estar haciendo mientras el profesor no está cerca. Además, hoy tenemos clase con un sustituto que nos va a dejar la hora libre para hacer lo que queramos.

Aunque estaba deseando desconectar de la realidad durante la hora libre, no voy a poder. Me gustaría flotar en una burbuja cibernética hasta que termine el instituto. Y eso es difícil cuando la gente no deja de mirarte y reírse de ti. Pero bueno, da igual, la gente lleva mirándome y riéndose de mí muchísimo tiempo. Aunque ahora es evidente que me miran y se ríen por un motivo concreto.

Echo una mirada a las pantallas de los ordenadores de la mesa que hay frente a la mía. ¿Estoy loca o estoy viendo una foto mía? En internet. Una foto horrible que yo no he colgado nunca en ningún sitio.

En mi pantalla aparece un mensaje de chat. Dice:

Qiers orla?

Y luego me llega un link. Pincho en el enlace. Cuando la página se abre, siento ganas de vomitar inmediatamente. Había dado por hecho que no serían tan crueles.

Me equivocaba.

La página se llama «Comité Antiputas». Debajo de la foto horrible hay un montón de comentarios que dicen que doy asco y que, como no puedo conseguir novio yo sola, tengo que robárselo a mi mejor amiga. Otro

comentario dice que resulta ridículo que me preocupe tanto por aparentar que me interesa salvar el planeta cuando en realidad lo único que quiero es entrar en una buena universidad. Hay otra chica (estoy segura de que es chica porque solo nosotras podemos ser tan crueles) que despótica sobre todas las cosas presuntuosas que se supone que he hecho desde Primaria. Por alguna de las cosas que ha escrito, deduzco que es Danielle.

Danielle ha escrito esto.

Era mi amiga.

¿Qué habrá escrito Erin? ¿Será ella quien ha hecho la página? Es imposible saber quién es el autor. Quizá un grupo de gente. Ahora que todo el mundo la ha visto, no hay nada que pueda hacer para pararlo.

Se me parte el corazón. ¿Cómo puede ser que una persona que significaba tanto para ti un día no signifique nada al día siguiente? Pensé que Erin siempre estaría ahí, sin importar lo que pasara. Pensé que era la única certeza con la que podría contar siempre.

Esto es una prueba de lo rápido que tu vida puede ser destruida incluso cuando pensabas que las cosas no podrían ponerse peor.

Hace una semana, que vi la web. Hace una semana que sé que todo el mundo la ha visto. Una semana más en la que Erin y Danielle me han hecho el vacío. Una semana más evitando a Jason, que es lo más difícil de todo.

¿Por qué no termina ya esta pesadilla? ¿Se supone que, de ahora en adelante, mi vida va a ser siempre así?

Mis calificaciones han caído en picado. Este año no estoy siendo capaz de concentrarme en los estudios. El profesor Bradley me ha llamado a su despacho para que hablemos de por qué mis notas son tan malas. Fue divertido. Tuve que prometerle que estudiaría más para que me dejara marcharme. Pero da igual, parece que últimamente me he hecho experta en romper promesas.

En cuanto termina la clase de Historia, Connor corre a mi pupitre antes de que pueda escaparme.

—Tengo que enseñarte una cosa — me dice.

—¿El qué?

—Aquí no. ¿Qué tienes ahora?

—Pausa para comer.

He vuelto a comer en la cafetería. Blake me ha perdonado, así que me siento con él y con el grupillo de los «artistas».

Adoptaron a Blake gracias a sus impresionantes dotes como soplador de vidrio. Son un grupo de gente realmente interesante. Me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerlos antes de terminar el instituto.

—Vamos.

Connor me guía por el pasillo hacia el ala de Ciencias.

—¿Dónde vamos? —pregunto yo.

—Es un secreto.

—¿Qué tienes ahora?

—Literatura.

—¿Te vas a saltar Literatura para esto?

—Hay cosas más importantes que la Literatura.

Entonces, sucede algo increíble. Connor me lleva a mi escalera secreta.

—¡No puede ser! — digo.

—¡Ssshhh!

—¿Cómo has descubierto este sitio? —susurro.

—¿No lo conoce todo el mundo?

—¡No! ¡Pensaba que yo era la única!

—Bueno, pues no lo eres —Connor saca una nota — , Jason me ha pedido que te dé esto.

Jason no se rinde. No me ha llamado en toda la semana, pero sé que está decidido a recuperarme. Sabía que no tiraría la toalla.

Tengo miedo de lo que pueda decir la nota. Tengo miedo de que vaya a hacer que tenga aún más ganas de estar con él.

—Oh — Tomo la nota —. Gracias. Yo... Ehhh... la leeré luego.

Me la meto en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Te quiero enseñar otra cosa —Connor rebusca en su mochila y saca un cuaderno hecho un desastre —. Este es mi diario de hace unos años.

—¿Tienes un diario?

—Los chicos americanos no suelen tenerlos, ¿eh?

—¿Y qué? Tampoco llaman joggings a los pantalones de chándal. Está claro que los chicos americanos se pierden muchas cosas.

—Podrían esforzarse un poco más. Ser más sensibles, no sé.

—Ojalá...

Esa es una de las cosas que me gustan de Jason, que es sensible y no le da miedo mostrarlo. A la mayoría de los chicos les da vergüenza expresar una micromilésima de sentimiento, pero Jason no es así.

Y tengo la prueba en el bolsillo de los pantalones.

Connor hojea su diario y me enseña una página. Está en francés.

—¿Qué pone? — le pregunto.

—Lo que os está pasando a Jason y a ti me recuerda a algo. Había una cafetería cerca de mi antigua casa, en Montréal. Me gustaba sentarme siempre en la misma mesa, junto a la ventana, ¿sabes? Las mesas tenían unos manteles blancos que parecían servilletas gigantes, de esos sobre los que puedes dibujar. Un día fui a la cafetería y alguien había escrito algo en mi mantel.

Connor me traduce el mensaje del diario: habla sobre una persona que no sabe quién es su alma gemela, pero la está buscando. Una persona que nunca se rendirá. Alguien que, cuando encuentre al amor de su vida, lo reconocerá inmediatamente. Alguien que cree que hay que seguir los

dictados del corazón y encontrar el amor verdadero:

—¿Ves esta frase?

Connor señala una línea que dice:

Rien ne va arrêter ma quête pour te trouver.

—Me abrumó la intensidad de la frase — me dice Connor —. Dice: «Nada cesará mi búsqueda por encontrarte». Esta persona seguirá buscando toda la vida si es necesario. Pero Jason y tú ya os habéis encontrado. Está claro que estáis hechos el uno para el otro, pero no estáis juntos. Y eso es un problema, ¿no?

Tiene razón, pero que no estemos juntos no es mi único problema. Aunque también creo que el desconocido escribió ese mensaje para que Connor pudiera explicarme lo que significaba. Parece que esta vez el destino me ha enviado un mensaje desde otro país.

No debe de ser fácil para Connor contarme todo esto. Sé lo que siente por mí. También sé que está preocupado por lo triste que estoy. Es como si estuviera ignorando sus propios sentimientos por respeto a los míos. Es de ese tipo de personas.

—Gracias por esto — le digo —. Probablemente esto tampoco esté siendo fácil para ti.

—No, no lo está siendo. De hecho, he estado a punto de no enseñártelo pero... es que quiero que seas feliz.

Eso es lo mismo que dijo Jason. Solo quiere que sea feliz.

Pero lo único que podría hacerme feliz es precisamente lo único que no puedo tener. Quiero estar con Jason más que nada en el mundo, pero no puedo romper la promesa que le hice a Erin.

Tiene que perdonarme. Sé que no será fácil y que quizá tenga que esperar mucho tiempo, pero Erin tiene que perdonarme. Y eso no va a pasar si no le demuestro que nuestra amistad significa para mí mucho más que estar con un chico.

Cuando llego a casa, desdoble la nota de Jason. Está escrito en código secreto.

Y, cuando la descifro, leo:

I need you so much closer.

Cuando eres estudiante de último curso, se supone que deberías estar emocionado porque todo acabará pronto. Ojalá pudiera ser feliz, como todo el mundo. Pero a mí no me da esa impresión. Ocho meses no es sinónimo de «pronto». Todavía falta una eternidad para junio.

Pensé que mi último año sería muy diferente. Que todos los alumnos del curso nos sentiríamos unidos por una causa común y que todo sería una fiesta constante. Que no nos importarían los deberes ni las notas después de entregar las solicitudes para la universidad. Que nos concentraríamos en las cosas que realmente importan.

Pero el panorama no es exactamente así.

Connor me dio la nota de Jason hace dos semanas. He estado llorando cada noche, echándolo de menos.

Por si no tuviera suficientes problemas, no soy capaz de encontrar el trabajo de Literatura que tenía que entregar hoy. Se suponía que tenía que estar en mi carpeta. Lo terminé un día antes de la fecha de entrega porque no tenía nada mejor que hacer.

Pongo la carpeta patas arriba buscándolo. Nada.

Después de tirar la mitad del contenido de mi taquilla al suelo, encuentro una nota detrás de unos libros. Es una nota escrita en código, del año pasado. No tengo ni idea de cómo ha ido a parar a mi taquilla, porque guardo todas las notas de Jason en mi casa, en una cajita especial.

La Energía me está mandando una señal ahora mismo.

O quizá no. Así que meto la nota en mi carpeta y sigo buscando mi trabajo de Literatura perdido. Me agacho y revuelvo todo lo que he tirado al suelo.

Alguien se acerca y se queda de pie junto a mí.

Reconozco inmediatamente sus deportivas.

—Hola — dice Jason.

Es maravilloso escucharlo hablar conmigo, pero me da demasiado miedo mirarlo.

Jason me ayuda a recoger mis cosas.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Uno de esos extraños terremotos que solo

afectan a la mitad del pasillo?

—Algo así.

—¿Cómo estás?

—Triste.

Vuelvo a meter las cosas en mi taquilla. Ni siquiera me acuerdo de qué estaba buscando.

—Yo también — me dice.

Finalmente, lo miro. Parece que llevara días sin dormir.

—No puedo seguir con esto —me dice—. No puedo estar lejos de ti.

Algunas personas llevan mirándonos desde que Jason se ha acercado. Estoy segura de que están comentando lo escandalosa que es esta situación.

Oh, mira, Lani no solo le ha robado el novio a Erin, sino que ahora encima tontea con él delante de todo el instituto. Menudo monstruo.

—Nos están mirando — susurro.

—No me importa —me dice—. Tenemos que estar juntos.

Tengo la garganta tan encogida que no puedo decir lo que realmente quiero.

Jason se acerca.

—Erin ya lo sabe. Ya está dolida. ¿De verdad crees que quiere que tu vida sea así de triste?

—No puede estar enfadada conmigo para siempre. Solo tengo que darle tiempo.

—Bueno, pero esto ya no es asunto suyo. Es asunto nuestro —Jason me acerca a él—. Y me da igual quién se entere de esto.

Entonces, me besa.

Justo aquí, en medio del pasillo, mientras todo el mundo nos mira.

Me besa.

Creía que me acordaba de lo que sentía al besarlo.

Pero esto no puede estar pasando.

—Te quiero — dice Jason.

Cuando ha empezado a besarme, todo el pasillo se ha parado a mirarnos. Lo que implica que todo este montón de gente acaba de escuchar a Jason decir que me quiere.

—Deja esto ya — dice Jason—. ¿De qué tienes tanto miedo?

Estoy en estado de shock, demasiado alucinada para decir nada.

Todo el mundo nos mira. Algunas de mis cosas están aún por el suelo. Llego tarde a clase.

—Mmm...

Reordeno mis bártulos rápidamente, los meto de mala manera en la taquilla y cierro la puerta de un portazo. Me tiembla la mano mientras intento marcar la combinación con la ruedecilla.

—Llego tarde a clase.

Sé que Jason quiere que le diga que yo también lo quiero, que deberíamos estar juntos y que ya no me importa lo que piense Erin, pero esto es demasiado.

Jason se queda mirándome, esperando escuchar todo lo que no puedo decir. Alejarme de él es lo último que quiero hacer, pero no sé qué otra opción tengo.

Llegar tarde a Literatura no mola. La profesora Bigelow monta unos dramas tremendos y te quita puntos si no eres puntual. Aunque en realidad da igual, porque mi nota en Literatura es tan mala que unos cuantos puntos menos apenas marcarán ninguna diferencia.

—Ya he recogido los trabajos —dice la profesora Bigelow.

Está esperando a que le dé el mío, así que tengo que admitir que no he podido encontrarlo. No va a haber manera de que me crea.

—No encuentro el mío — admito.

—¿Disculpa? — dice la profesora Bigelow, aunque me ha escuchado perfectamente.

—Lo tenía en la carpeta, pero no soy capaz de encontrarlo. Por eso he llegado tarde.

—Qué pena.

No me cree. Da comienzo a la clase, de todos modos.

No sé qué provoca que me eche a llorar. Quizá sea la frustración de haber hecho el trabajo y quedar como una mentirosa a pesar de todo. Quizá sea porque Jason me ha besado y me ha dicho que me quiere delante de todo el mundo y yo me he limitado a marcharme. O quizá sea por tener que venir todos los días a este instituto en el que todo el mundo me odia. Son motivos suficientes para deprimir a cualquiera.

Siempre tengo un paquete de pañuelos en la mochila. Siempre, absolutamente todos los días, menos hoy. Hoy que no puedo dejar de llorar por mucho que intente autoconvencerme de que tengo que hacerlo.

La profesora Bigelow interrumpe la clase.

—¿Lani? ¿Estás bien?

Asiento. Intento aparentar que me estoy tranquilizando. Pero que me pregunte si estoy bien solo empeora las cosas.

Al fondo del aula, alguien suelta una risa que parece un re soplido.

La profesora Bigelow saca de entre sus cosas un pase para ir al baño y se lo tiende a la persona que se sienta delante de mí en la fila:

— Dadle esto, por favor.

Cuando Marnie se vuelve hacia a mí para entregármelo, me lanza una sonrisa traviesa. Nadie siente pena por mí. Probablemente están pensando:

Esto es lo que te pasa cuando eres una puta. Ah, y no nos creemos que no encontraras el trabajo.

¿Y si Erin no me perdona nunca? ¿Y si estoy alejándome de Jason para nada?

Quizá nuestras vidas no estén predeterminadas por el Destino. Puede que nosotros tengamos algo de influencia. Si deseas algo con mucha intensidad, ¿puedes cambiar tu destino? ¿O las cosas que quieres con todas tus fuerzas se harán realidad de todos modos, sin importar lo que tú hagas para conseguirlas?

Por fin Blake ha tenido un día decente en el instituto.

Ryan Campanelli se ha metido en problemas por la pintada de su taquilla.

Me preocupaba que el autor se saliera con la suya por falta de pruebas. Pero Sophie delató a Ryan. Lo han expulsado una semana. Deberían haberlo echado para siempre, pero su madre está en el consejo escolar.

Sophie sospechaba que había sido Ryan, pero no tenía pruebas. Así que lo estuvo observando para ver si se delataba. Cuando un día, entre clases, a Ryan se le cayó una pila de libros de la taquilla, Sophie miró dentro y vio un spray de pintura al fondo. Se acercó y sacó el bote de la taquilla de Ryan. Era exactamente del mismo tono de amarillo que la pintada de la taquilla de Blake.

— ¡Fuiste tú quien hizo la pintada de la taquilla de Blake! — chilló Sophie, levantando el bote para que todo el mundo pudiera verlo.

El pasillo se sumió en un silencio total. Todo el mundo se los quedó mirando.

Ryan miró a su alrededor y vio que todos lo observaban. Supo inmediatamente que era inútil negarlo.

—¿Y qué? — soltó.

—¿Cómo puedes haber hecho algo así? Es repugnante, incluso tratándose de ti.

Algunos de los chavales que estaban contemplando la escena sonrieron.

—¿ A quién le importa? La gente ya lo comentaba el año pasado. No es que lo haya sacado del armario, precisamente.

—Pues... ¿sabes qué? Eso es justo lo que has hecho —le espetó Sophie a la cara.

Entonces, Sophie le preguntó por qué había esperado tanto para hacer esto si sabía lo de Blake desde el año pasado. Ryan no tenía por qué darle explicaciones. Podía haberse limitado a marcharse, pero creo que, de alguna manera retorcida, está orgulloso de lo que ha hecho. Así que le dijo que, si hubiera extendido la voz a finales del curso pasado o durante el verano, no hubiera tenido la misma repercusión. Quería esperar al primer

día de instituto para que todo el mundo hablara de ello a la vez y que el rumor golpeará a Blake con fuerza. Así, sufriría muchísimo más que si se hubiera extendido durante el verano. Sophie me contó que Ryan prácticamente se estaba pavoneando de su hazaña.

Da miedo lo poderoso que puede llegar a ser el odio.

Ir en tren a casa del tío Rick es más divertido de lo que me imaginaba. No me gusta que Blake pase tanto tiempo solo en el tren, así que le prometí que algunos días lo acompañaría.

El vagón traquetea. Contemplo el paisaje y pienso en la historia de este lugar, en todos los tesoros que oculta y que quizá nunca sean descubiertos. Y en lo mucho en que a Jason le gustan las vías de tren. Entiendo perfectamente lo que ve en ellas. Siento como si estuviera de camino a un destino nuevo, a un lugar que aún no conozco, que no alcanzo a ver desde donde estoy ahora. Un lugar que mi alma solo reconocerá cuando llegue a él.

—Así que he oído que ha habido un poquito de acción hoy en el pasillo — dice Blake.

—No me lo recuerdes — gruño.

—¿Qué? ¿No te ha gustado que te besara?

La verdad es que el beso de Jason me ha dejado tan alterada que todavía estoy temblando. Creo que aún no estoy preparada para hablar de ello, así que digo:

—Pues enfrente de todo el mundo, no.

—He hablado con Erin.

—¿Se lo has dicho?

—No ha hecho falta. Cuando fui a hablar con ella, ya se había enterado, como el resto del instituto.

Vuelvo a gruñir.

—He hablado con ella de Jason y de ti — dice Blake.

—Eso de «Jason y yo» ya no existe.

—Exactamente. Ese es el problema.

—Eres un pesado.

—¿Lo soy? ¿O es que tú estás un poco loca?

—No puedo estar con Jason porque...

—Sí, sí — Blake agita una mano delante de mi cara —: Erin te salvó la vida y se la debes. Pero, si se me permite la observación, ¿por qué se supone que tienes que agradecerse no estando con Jason?

—No quiero hacerle más daño del que ya le he hecho.

—Mmm... Se llama vida. Erin ya es mayorcita para lidiar con ella.

—¿Qué le has dicho?

—Que no puede mantener separadas para siempre a dos almas gemelas.

—¿Le has dicho eso?

—¿Qué pasa, que es mentira? Yo creo que a estas alturas ya lo sabe, pero no quiere admitirlo. Os ha visto juntos.

—¿Qué te ha dicho ella?

—Nada. Ella tenía que irse y yo perdía el tren.

Esto es malo. Muy malo. Probablemente, ahora Erin piense que le he pedido a Blake que vaya a hablar con ella porque no me atrevo a hacerlo yo misma o algo así.

—No te preocupes — dice Blake—, todo saldrá como se supone que tiene que salir. Si Jason y tú estáis destinados a estar juntos, y es evidente que lo estáis, entonces, las cosas saldrán bien.

Ojalá fuera tan fácil.

Las buenas noticias son que el tío de Blake tiene una gigantesca colección de películas. Discutimos sobre cuál ver.

—¿Por qué no podemos ver esta? — pregunto.

—Porque es un rollo.

—¡No lo es! ¿Cómo puede no parecerte buena?

—¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—¿Qué te parece *Juno* ?

—La he visto hace poco, ¿no te acuerdas?

—Ah, es verdad. ¿Qué me dices de *La seguridad de los objetos* ?

—La he visto como cinco veces.

—¿Y qué? Sigue siendo fantástica, ¿o no?

—Estoy de acuerdo.

Me voy a hacer palomitas mientras Blake pone la película. Luego nos acomodamos en el sofá.

—Eso es guay — le digo señalando el delicado jarrón que hay en la mesita de café.

—Gracias — dice Blake —: lo he hecho yo.

—Tío, tienes muchísimo talento.

—La verdad es que no. Me costó muchísimo.

Vemos la película. Tenemos la tele a todo trapo porque no hay nadie en casa para decirnos que bajemos el volumen. Su tío no volverá del trabajo

por lo menos hasta dentro de una hora.

Por eso, cuando la puerta se abre, ni siquiera la oímos.

Algo se mueve dentro de mi campo de visión periférica. Agarro a Blake del brazo.

Su padre acaba de entrar y está en la entrada. Mirádonos.

En estos barrios de la periferia, nadie cierra la puerta con llave durante el día. Sobre todo en un área tan alejada, donde todo el mundo se conoce.

—¿Qué estás haciendo aquí? — dice Blake.

—Quería verte.

—¿Para qué? ¿Para que puedas volver a gritarme? ¿Para que puedas despotricar a gusto sobre lo inútil que soy?

Su padre me mira. No pienso moverme de aquí.

Blake se acerca. No estoy segura de cuándo ha dado el estirón, pero es más alto que él.

—Tú —le espeta Blake— nunca volverás a hacerme daño.

—Me mentiste — dice su padre.

—¿Cuándo?

—Durante años. Me dijiste... Me has mentido todo este tiempo.

—¿Sobre qué?

Su padre no dice nada.

—¿Sobre qué, papá?

—Lo sabes perfectamente.

—Ni siquiera puedes decirlo, ¿no? ¿Que no te lo he contado? No. ¿Por qué crees que te lo he ocultado?

—Oye...

El padre de Blake lo agarra por el brazo.

Blake lo aparta con fuerza.

—¿Por qué crees que no te lo he dicho? — chilla Blake —. ¡Porque, cuando te enteraras, me odiarías! ¡Porque ibas a estar insultándome hasta que me muriera!

Su padre sigue callado.

—¿Tienes idea de lo que es saber que tu propio padre te odia? —Blake chilla aún más fuerte—, ¡Se supone que deberías quererme! ¡Es tu deber! Soy gay y ni siquiera eres capaz de decirlo. No eres capaz de reconocer quién soy realmente.

Tengo ganas de correr hacia Blake, abrazarlo y no soltarlo nunca. Creo que no podría estar más impresionada. Por fin está diciendo todo lo que

lleva tanto tiempo queriendo decir. Ha superado su miedo.

Ahora sería el momento perfecto para que el padre de Blake le diga que lo quiere y que estará siempre ahí para él, sin importar lo que pase. Que acepta a Blake como es porque es su hijo. Que debería volver a casa.

Pero no dice nada de eso.

Simplemente, se va. Cruza la puerta y se marcha.

— Menos mal que tengo al tío Rick — dice.

Luego se sienta en el suelo y se echa a llorar.

Me acerco a Blake y lo abrazo. Su tío Rick cuidará de él. Lo acepta incondicionalmente, como se supone que debe de hacer la familia. Así que, aunque su tío respeta que el padre de Blake sea su hermano, no va a permitir que nadie maltrate a su sobrino.

Eso es lo malo de estar unido a alguien de por vida. Blake y su padre están unidos de la misma manera que lo estamos Erin y yo. Estamos unidas irrevocablemente por nuestra historia, una historia que no puede ser borrada. Aunque quieras negarla, aunque quieras hacer como si nunca hubiera pasado, siempre será parte de ti. Y, de alguna manera, siempre definirá quién eres.

Según la mayoría, de la gente, el otoño empieza el primer día de clase. No estoy de acuerdo. Yo creo que el otoño comienza cuando lo sientes en el ambiente. Como hoy, que el aire es crujiente y frío.

Ya es oficial. Hasta la última voluta de verano se ha evaporado.

Me cuesta estar en mi habitación. Es como si no soportara los espacios cerrados. Necesito estar en zonas amplias y abiertas, sitios de los que poder huir si es necesario. Por eso estoy haciendo los deberes en el porche delantero de la casa, sentada en un sofá de mimbre con una manta en el regazo.

Estoy pensando en cómo Blake le plantó cara a su padre. Le ha tenido tanto miedo durante todos estos años y, de repente, ayer, todo cambió. Blake se enfrentó a su peor miedo. Si no se hubiera encarado a su padre, probablemente su futuro hubiera sido muy distinto.

Y eso demuestra que tenemos algo de control sobre nuestro destino. Si Blake por fin ha podido decir todas las cosas que se ha estado guardando todo este tiempo, después de tanto dolor y tantos años de tener el corazón dividido, entonces yo también puedo lidiar con esto. Mi miedo a enfrentarme a Erin no es nada en comparación con todo lo que ha pasado Blake. Puedo cambiar mi destino exactamente igual que él.

Si quiero que las cosas cambien, no puedo quedarme sentada esperando a que lo hagan solas. Tengo que darles un empujón.

Me levanto de un salto y entro corriendo en casa. Cuando llamo a Erin, me sorprende que conteste.

—¿Dónde estás? —digo.

—¿Por qué?

—Solo dime dónde estás.

—En The Fountain.

—Nos vemos en Green Pond en quince minutos.

—¿Pero qué...?

Cuelgo. Esto solo puedo hacerlo en persona.

Green Pond está demasiado lejos como para poder llegar a tiempo en bicicleta. El coche de mi padre no está en el garaje, así que me va a tocar

conducir con marchas.

Mientras conduzco, mis niveles de furia aumentan cada minuto que pasa. Estoy tan enfadada que se me cala el coche siete veces. La última vez que lo arranco, tiro tan fuerte de la palanca de marchas que estoy a punto de arrancarla y tirarla contra el parabrisas.

Cuando llego, Erin me está esperando. Por la expresión de su cara, soy incapaz de deducir qué está pensando.

Cierro la puerta del coche de un portazo. Muy fuerte.

Erin está junto a la orilla del lago, recogiendo piedrecitas. Cuando me acerco, veo que está intentando lanzarlas para que reboten contra la superficie. Ninguna de las dos hemos sido nunca capaces de hacerlas rebotar, pero seguimos intentándolo.

—¿Por qué sigues comportándote así? — le pregunto.

—¿Comportándome cómo?

—Como si ya no te conociera.

Erin tira otra piedra y se sacude la mano en los pantalones

¿Eso me lo está diciendo la persona que me ha robado el novio?

—No, yo no te robé el novio. Empecé a salir con tu ex novio después de que dejara de estar contigo. Deberías tener eso claro.

—No deberías haberte enrollado con Jason de ninguna manera. ¿Qué tipo de amiga eres?

—¡Eres una egocéntrica! ¡El mundo no gira en torno a ti! No... no te das cuenta de cómo repercuten tus acciones en la gente que te rodea. Nunca te responsabilizas de ellas. Solo te preocupan tus intereses. Bueno, ¿pues sabes qué? El resto de la gente también tiene deseos. No todo gira en torno a ti.

No me puedo creer que acabe de decir lo que he dicho. Mi intención era venir a hacer las paces con Erin, no a cabrearla todavía más.

—No tengo por qué aguantar esto — me dice —. Me voy.

—¡No! — digo mientras la agarro por el brazo.

-¡Ay!

—¡Escúchame! — digo —. No puedo seguir disculpándome. Ya te he dicho que lo siento. No puedo hacer nada más. No puedo cambiar las cosas. Y, si pudiera, no querría. Siento mucho que Jason rompiera contigo. Pero que yo me mantenga alejada de él no ha solucionado nada.

Erin se suelta de mi mano.

Pero no se marcha.

Se queda.

Erin se ha estado comportando como si yo fuera la única que ha hecho algo mal pero, ¿qué pasa con lo de reenviar el correo de Jason? Una cosa es enfadarte con una amiga y otra muy diferente intentar que el resto del mundo también la odie.

—¿Cómo pudiste reenviar el *email* de Jason? —le pregunto.

—Sé que hice mal. Es que... Estaba muy enfadada.

—Pero no es justo que ahora todo el mundo me odie.

—Llevé las cosas al extremo —replica Erin—, Lo siento.

Veo que está dándole vueltas a uno de sus anillos. Está nerviosa, pero intenta disimularlo. Quizá Erin no sea tan valiente como siempre he pensado.

Y, entonces, me doy cuenta de lo mucho que la echo de menos. La extraño muchísimo.

Se me encoge la garganta. Tengo los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo vas a querer que estemos así? — le digo —. Ya nos estábamos distanciando antes de esto. Sé que tú también te estabas dando cuenta.

De repente, Erin se echa a llorar.

—Lo de la página *web* estuvo muy mal — dijo —. No deberían haberla hecho.

—¿La hiciste tú?

—No. Pero sé quién la hizo. La obligué a cerrarla.

—¿Quién fue?

—Da igual.

Una oleada de cansancio me recorre. Mi ira se ha evaporado por completo, dejándome como una flor marchita.

—No me gusta estar enfadada contigo — me dice Erin.

—No quería hacerte daño.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Sí. Quiero decir, que lo entiendo, pero eso no hace que duela menos.

—De verdad, siento muchísimo todo lo que ha pasado.

—Me han contado lo que pasó ayer.

—¡Fue cosa de Jason! Le dije que no quería hablar con él, pero...

—Lo sé —me interrumpe Erin—. Pero quería decirte una cosa. No sé si esto es justo.

—¿A qué te refieres?

—Tú quieres estar con él. Y es obvio que él quiere estar contigo. Así que creo que no está bien que yo intente separaros.

—Es...

—Puede que las cosas entre vosotros no salgan bien, pero no quiero que no estéis juntos por mi culpa.

—¿Ya no me odias?

Erin sonríe ligeramente. Es la primera vez que la veo sonreír desde que empezó este desastre.

— No puedo odiarte, Lani. Hemos pasado demasiadas cosas juntas.

Se suponía que el lazo entre Erin y yo haría que fuéramos amigas para siempre y que nada podría interponerse entre nosotras. Ahora me pregunto si ese lazo es suficientemente fuerte. Quizá nos hayamos distanciado tanto que el accidente ya no tenga importancia. Quizá el resto de cosas que hemos vivido juntas no baste. No estoy segura de que nuestra amistad sea tan sólida como para sobrevivir al año que viene, cuando vayamos a la universidad.

Pero a pesar de todo, nos conocemos mejor que nadie. Compartimos una historia que hará que siempre estemos unidas. Así que tengo esperanza por nosotras.

Es lo único que puedo hacer.

Erin y yo hablamos mucho ayer. Nos quedamos en el lago hasta que se hizo de noche. Aunque le costó muchísimo, dijo que haría un esfuerzo para que volviéramos a ser amigas.

Ayer dejé de esconder mis sentimientos. Así que hoy soy libre.

Monto en mi bicicleta y voy a casa de Jason. No sé si estará allí. Lo único que sé es que tengo que estar con él.

Las flores de plástico que hay en la cesta de mi bicicleta aletean con la brisa. Bajo la colina veloz como una flecha y las flores aletean aún más.

Cuando llamo a la puerta de la casa de Jason, nadie contesta. Phil ladra desde el interior y lo escucho arañar la madera.

— No te preocupes, Phil —le digo a través de la puerta — . Soy yo.

Phil deja de arañar.

Me siento en los escalones de la entrada mientras espero que Jason vuelva a casa. Una paloma torcaz ulula e intento averiguar en qué árbol está.

El sol empieza a ponerse. De repente, se me ocurre dónde puede estar Jason.

Monto en la bicicleta y conduzco hasta el lugar donde me llevó la noche antes de que empezara el instituto. Jason me dijo que es el mejor lugar para caminar por las vías del tren, el único sitio donde puede evadirse completamente del mundo.

Aparco mi bici junto a su coche y busco el rastro de los raíles entre los árboles. Veo un destello de una camiseta roja y lo sigo. Me tropiezo con una rama y me estampo contra la hierba.

—Una entrada triunfal —me dice Jason.

—¿En serio? Es que la he estado ensayando.

Jason me observa mientras trepo a las vías.

No sé qué me estaba esperando. Supongo que había dado por hecho que todo estaría bien entre nosotros, pero supongo que aún hay un montón de cosas en el aire. El beso en el pasillo, Jason diciéndome que me quiere, yo alejándome. A pesar de todo, esperaba que Jason se mostrara aliviado de que volviera a él.

Pero no parece aliviado, sino enfadado.

—Siento mucho lo que pasó —le digo—. No debería haberme ido así.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Tenía miedo. No quería romper la promesa que le había hecho a Erin. Hablé ayer con ella y... bueno no es que lo hayamos arreglado, pero por lo menos se ha dado cuenta de que tú y yo deberíamos estar juntos.

—¿Dijo eso?

—Sí, más o menos.

—Y, ¿ahora qué?

—Ahora podemos estar juntos.

Jason mira a lo lejos, donde las vías desaparecen entre los árboles.

—¿Alguna vez te has parado a pensar en cómo me sentí yo cuando decidiste que ya no podíamos vernos? — me dice—. ¿Tienes idea de lo duro que ha sido para mí? Porque me dolió mucho, Lani. Lo acepté porque odio verte triste, pero nunca me preguntaste qué quería hacer yo.

—Lo sé. Lo siento, pero es que no se me ocurría cómo podíamos estar juntos.

—Deberíamos haber pensado algo, los dos. Pero me dejaste de lado. Es como si nada fuera suficiente para ti. Te dije que te quería y te marchaste. ¿Cómo pudiste hacer eso?

Una sensación de pánico revolotea en mi estómago. Jason lleva un montón de tiempo intentado convencerme de que deberíamos estar juntos a pesar de lo que dijera Erin, pero ahora soy yo la que tiene que convencerlo de que esta relación puede funcionar.

—Nunca antes he tenido novio — le digo—. No sé cómo hacer ciertas cosas. Créeme, yo no quería tomar decisiones unilateralmente. No debería haberlo decidido todo yo sola. Pero estar contigo es lo único que quiero. Necesito que sepas eso.

Jason me tiende una mano.

—Ven —me dice.

Caminamos por las vías hacia donde desaparecen entre los árboles. Nuestro destino no está claro, pero sé que quiero que lleguemos allí juntos.

Lo Desconocido asusta. Siempre me ha dado miedo pensar en qué vendrá después. Pero lo Desconocido también puede ser emocionante. Tu vida puede cambiar en una fracción de segundo, pero quizá ese cambio sea lo mejor que te haya pasado nunca.

Puede que no haga falta conocer cuál será tu destino para saber que todo

saldrá bien. Sea cual sea el mío, sé que estoy exactamente en el lugar en el que debo estar.

Querido Jason:

Las palabras no me bastan para decirte lo mucho que te echo de menos. Así que tendré que esperar y demostrártelo cuando llegue a casa.

Hoy, en el mar, he visto un millón de peces tropicales. ¡El agua es increíblemente transparente! Gracias por no tirar la toalla conmigo. Siempre supiste que podías enseñarme a nadar.

Tienes poderes mágicos.

Nos vemos muy pronto.

Te quiere, desde Hawái,

Lani

Agradecimientos

Desde el momento en que Lani empezó a contarme su historia, tuve un buen presentimiento con este libro. Escribir un libro siempre es un trabajo de equipo, así que me gustaría darles las gracias a los miembros del mío:

El sol

Nada de esto sería posible sin mi familia de Penguin. Quiero darles las gracias especialmente a Kendra Levin y a Regina Hayes, mis magníficas editoras. Su talento, su sensibilidad y sus opiniones hicieron que este libro esté en su mejor forma. Mis más cálidos agradecimientos también para Jillian Laks, Karen Chaplin, Eileen Kreit, Janet Pascal, Abigail Powers, Susan Casel, Jim Hoover, Samantha DeEollo, Courtney Wood, Kim Pranschke y Emily Romero.

El mundo

Los libros pueden ayudar a mejorar la vida de los lectores y a hacer del mundo un lugar mejor de muchas maneras. Ese es el tipo de libros que yo quiero escribir. Escribo para adolescentes inspirada por los libros que me calaron de manera especial cuando yo también lo era. Quiero dar las gracias a los autores que me llevaron a querer ayudar a mis lectores de la misma manera que ellos me ayudaron a mí. Gracias infinitas a Louise Fitzhugh, Sandra Scoppettone, Judy Blume, Shel Silverstein y S. E. Hinton. Cuando alguna vez me sentí completamente sola, sus libros fueron mis mejores amigos.

La estrella

Gracias a mis agentes, Gillian MacKenzie y Kirsten Wolf, que ayudan a que la magia suceda. Y, por último, gracias a Pierre, que siempre cree en mí, incluso cuando yo no lo hago.

Table of Contents

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

Segunda parte

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

Tercera parte

30

31

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[Agradecimientos](#)